

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 19.

NUM. 219.

LA
ESPAÑA MODERNA



Director: JOSÉ DE LÁZARO

—
MARZO 1907
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.



MÁS SOBRE LA EUROPEIZACIÓN

«Se o sangue africano corre nas veias do hespanhol, o caracter original da civilisação iberica consiste exactamente em vasar um genio que no seu fôro mais intimo não é europeu, dentro dos moldes sociaes e historicos do desenvolvimento das sociedades aryanas da Europa.»

Con esta preciosa cita de la excelentísima *Historia da Civilisação Iberica* de J. P. Oliveira Martins quiero empezar esta continuación y comentario al ensayo que, bajo el título de *Sobre la europeización*, publiqué en el número de Diciembre de 1906 de esta misma Revista.

Y en otro pasaje de la misma obra dice el citado pensador portugués: «A Italia tinha un christianismo pagão; a Hespanha, quaesquer que fossem as raizes lançadas pelas religiões da Antiguidade, tinha um christianismo que, á falta de outro nome, diremos africano... alguma cousa semelhante ao ardente mysticismo e ao duro formalismo da religião de S. Agostinho, combinados com o espirito juridico imperial que o doutor introduziu na Egreja de Roma e que espontaneamente o hespanhol metteu tambem na sua Egreja.»

Y repito, porque es preciso escandalizar á los simples: ¿africanos? ¡sí! Y añado que no es lo malo—¿malo?: todo lo contrario; lo bueno es ser lo que se es,—que no es lo malo—digo—ser africano, sino serlo sin saberlo ó sin quererlo, sin conciencia de la africanidad. Si nos conociéramos y nos sintiéramos africanos nos querríamos tales, y al querernos así,

entraríamos en el concierto cultural europeo como beligerantes y no como escuderos, asistentes ó mozos de mulas. ¡Cualquier español que se estime culto se atreve hoy á protestar de los *principios directores de la corriente central del pensamiento europeo contemporáneo!* Y subrayo esto porque ello es, dentro de su inevitable vaguedad, el credo fundamental de los españoles europeizantes á todo riesgo y ventura.

Claro está que todos estos cándidos se nos vienen al punto pidiéndonos una definición de lo que llamamos africanismo, porque eso de las definiciones es muy lógico, muy racional y... muy europeo. Y yo por mi parte me encojo de hombros, pues hay cosas, y esa es una de ellas, que no cabe definírselas á quien no las sienta.

Hay, sin embargo, un método para ponerle en camino de que por sí la busque, y es el método de remoción; puede decirse lo que no es. Y es algo que no es ni sensual ni racional.

Desde luego no es racional.

Y vuelvo otra vez á tomar el genio francés como punto de oposición.

El genio francés es eminentemente racionalista y geométrico, cartesiano. Y esto en el orden de la vida práctica les ha llevado á los franceses á guardarse de no ser *dupes* de nadie, de que no les tomen de primos. Don Quijote no pudo haber nacido en Francia porque un francés nada teme más que el ridículo, y la virtud cardinal quijotesca es el desprecio al ridículo. Un francés se jacta de ser *desabusé*, desilusionado; á él nadie se la pega; es sobrado *malin* para eso. Y esto y la lógica y la sensualidad—hermanas gemelas—le llevan á la *joie de vivre*, y la *joie de vivre* le lleva al *à quoi bon?*, y éste al característico pesimismo francés de que nos hablaba Ferrero.

El cual sociólogo italiano, encantado de la excelente acogida que en París le fué dispensada, nos decía á los españoles desde las columnas de *El Imparcial* que Francia es la síntesis de la civilización moderna, reuniéndolo en sí todo: arte, ciencia, literatura, guerra, política, capital, etc., y aunque otro

país cualquiera pueda superarle en alguna de esas manifestaciones de la actividad humana, Francia los supera á todos en la armónica combinación de ellas. A pesar de lo cual, añade Ferrero que es corriente oír á los franceses quejarse de su país y hasta hablar de decadencia. Y trata luego el sociólogo é historiador italiano de explicarse semejante pesimismo, estimándolo como fruto de la comparación entre su estado actual, privilegiado y eminente, y el ideal de perfección que se forjan.

Comentando Ramiro de Maeztu en uno de los tan sugestivos artículos que publica en *La Correspondencia de España* esas opiniones de Ferrero, dice de la explicación de éste que está al alcance de todas las inteligencias, lo cual equivale á llamarla superficial; y es el juicio, me parece, muy acertado. Más penetrante y honda me parece la explicación del mismo Maeztu cuando atribuye ese pesimismo francés al «¿para qué?»

Dice Maeztu («El pesimismo de Francia», en *La Correspondencia de España* del día 20 de Enero de 1907):

«En cambio, tan pronto como empezamos á preguntarnos el «para qué» de nuestros esfuerzos, nos metemos por una vía en la que indefectiblemente nos proponemos suprimir todos los elementos de dolor de nuestras vidas.

»Esto es lo que se proponen con más ahinco los franceses. Los más de ellos han suprimido ya los terrores religiosos de ultratumba. Están en camino de suprimir la miseria. Los más de ellos son partidarios de que las guerras se supriman. A fin de quitarse de encima gastos, dolores y responsabilidades, han suprimido las familias numerosas.

»Para quitarse la angustia del porvenir casi todos ahorran algún dinero.

»Quisieran borrar, y están borrando, todos los que juzgaban orígenes exteriores ú objetivos del dolor. Y á pesar de la gran cantidad de lógica—el talento francés—que han puesto en esa obra, se encuentran con la sorpresa de que la vida no es ahora más alegre que antes. Han suprimido las supersticiones, el

hambre, el peligro físico y la angustia por el porvenir de los hijos, y ahora observan que no han logrado suprimir el dolor.»

Es muy justo también esto que dice, en el mismo artículo, de Anatole France:

«Es posible que el escritor que mejor representa la Francia moderna sea Anatole France. No es un hombre triste. A veces se ríe uno mucho con sus chistes; siempre es ameno y sabe muchas cosas, y, sin embargo, al acabar de leerle se dice el lector: «La verdad es que no vale la pena de sacrificarse por ningún ideal», y ello se lo dice uno, á pesar de que el autor se muestra idealista en muchos respectos, como en el del socialismo universal.»

Es difícil, me parece, encontrar una expresión más viva, más precisa y á la vez más artística del pesimismo francés que en estos cuatro versos de Leconte de Lisle («Si l'Aurore» en *Poèmes tragiques*):

Puisqu'il n'est, par delà nos moments révolus,
Que l'inmuable oubli de nos mille chimères
A quoi bon se troubler des choses éphémères?
A quoi bon le souci d'être ou de n'être plus?

A quoi bon? He aquí la fórmula suprema.

Fácil me sería multiplicar las citas del descorazonamiento francés. En Flaubert, en Maupassant, en France, en Vigny, en Senancour sobre todo, en aquel gigante solitario que nos dió á *Obermann*, en cien otros podría ir espigando tales citas. Y en el tan característico libro de Jules Gaultier *De Kant á Nietzsche* puede verse cómo el autor funda la superioridad francesa en ser un pueblo libre de ilusiones trascendentes, *desabusé*, racional. Y no ha mucho el ministro Viviani, en la campaña contra todo sentimiento religioso que ha emprendido el Gobierno francés, se jactaba desde la tribuna, como de una hazaña, de que se le ha arrancado al pueblo la creencia en otra vida ultraterrena.

Acaba Maeztu su artículo diciendo:

«Y los franceses vienen á encontrarse con que su confianza en que el reinado de la razón les aseguraría la felicidad no les ha hecho felices; pero, en cambio, les ha arrebatado la fe en el porvenir, y consiguientemente el porvenir mismo.

»Ese descontento no proviene de que sus aspiraciones sean más elevadas que sus realidades, sino de que sus aspiraciones son absurdas, porque son mezquinas, y consiguientemente no las realizan.

»El pueblo que aspire al martirio acaso realice su deseo; pero el que aspire á la felicidad, el que se arranque sus ideales trascendentales, no sólo no realizará su aspiración, sino que verá su propia vida con repugnancia y con cansancio.»

Han tratado de suprimir el dolor, porque el dolor es irracional y adonde se va por ese camino es á suprimir la fuente de la vida. El dolor ó la nada: tal es el dilema. Y yo prefiero una vida de angustia á la paz de la tumba sin ensueños. Y sospecho que conmigo los más de los españoles.

A nada tengo más miedo que á la *joie de vivre*, y para conjurarla medito en el «dolor sabroso» de nuestra Santa Teresa. Y cuando oigo hablar ya del derecho á la vida—concepción jurídica,— ya del deber de vivir—concepción ética,— pienso siempre en la locura de vivir, que no anda muy lejos de la llamada locura de la cruz.

«El pueblo que aspire al martirio acaso realice su deseo», dice Maeztu. ¿Y qué sino martirio, prolongado martirio, es toda vida noble y alta, toda vida verdaderamente fecunda? Nos pasamos la vida como Jacob se pasó aquella noche, hasta el rayar del alba, luchando con Dios para arrancarle el secreto de su nombre, de su esencia, y con él, el secreto de nuestro destino. Y así nos llega el alba de la muerte.

Claro está que ese dolor que es fuente de toda vida intensa y profunda no es precisamente el dolor material, el que nos hace retorcernos en los retortijones de las entrañas carnales, sino el dolor espiritual, el dolor de ser conciente. El alma del

Cristo estuvo triste hasta la muerte, y hasta la muerte vive triste el alma de todo verdadero cristiano. Lo cual no quita que aparezca sereno y hasta risueño, y se complazca en esos pequeños goces que Dios nos envía. Digo aún más, y es que se complace en ellos más y mejor que los que hacen profesión de alegría.

Con esto salgo al paso de ciertos discretos y muy juiciosos reparos que Miguel S. Oliver hizo á mi anterior ensayo, en un artículo, «El culto á la tristeza», muy razonado y muy justo, que publicó en el *A B C* del 24 de Diciembre de 1906. En efecto, San Francisco de Asís se nos aparece regocijado y donairoso Santa Teresa; pero me parece indudable que eran las suyas almas de un fondo triste, como cumple á almas de desterrados. El que vive desterrado de su patria, anhelándola y suspirando por ella, está de continuo sumergido en la tristeza de la morriña, pero ¿no ha de gozar por eso del sol y del aire de su destierro? Sobre todo, si le recuerdan los de su patria. Y así la morriña de la eternidad no quita el disfrute de los goces de lo temporal.

Dice Oliver que la austeridad de los grandes melancólicos castellanos aparece, contra lo que yo insinuaba, después de la era iniciada por los Reyes Católicos, sin que hasta entonces hubiese surgido ese que podremos calificar de trascendentalismo español. ¿Y Séneca? ¿y Lucano? ¿y Prudencio? «*La joie de vivre* nutrió hasta entonces—dice—una gran corriente de literatura franca y popular, ingenuamente sensual y glotona. Jamás la vida y sus apetitos obtuvieron una glorificación como la del sabroso é incomparable arcipreste de Hita.»

No nos dejemos engañar por el arcipreste. Este apareció en España cuando, no constituída aún la nacionalidad, no había adquirido el pueblo plena conciencia de sí mismo, no era aún adulto. Su sensualidad es una sensualidad de juventud, y no es ésta ciertamente la edad en que se pone de relieve el profundo carácter de un individuo ó de un pueblo.

Todo lo que Oliver dice luego respecto á nuestra ojeriza

al trabajo es asunto sobre que he de volver. La vida misma es trabajo, y el delito mayor del hombre es haber nacido (Calderón), delito que se purga viviendo.

Sí, es innegable cierta más que ojeriza, incapacidad nuestra para lo que comúnmente se llama trabajo, para la acción continuada y metódica. Pasamos trabajos con tal de evitarnos trabajo, como he dicho en otra parte (*En torno al casticismo*); y esto nos hace poco aptos, si es que no inaptos, ya que no ineptos, para la labor científica, tal y como ésta se entiende y practica hoy en Europa.

Es preciso confesarlo abierta y lealmente, sin jactancia, pero sin rubor tampoco: el genio español es, en su fondo, refractario á la investigación científica. Una cosa es saber aprovecharse de los frutos de la ciencia, y otra es saber cultivarla, y se puede muy bien ser hasta un excelente consumidor de ella siendo un mediano productor.

A despecho de cuanto se ha escrito sobre la supuesta ciencia española, y á despecho de toda la baratería erudita que cree resolver las cuestiones echando á los ojos seco polvo de noticias seleccionadas, nunca he creído en la ciencia española. La ciencia exige, ante todo, una obra de impersonalización, de objetivación, de renuncia, de pura contemplación, y la ciencia acaba por hacer del hombre un mero espectador del universo.

Nos sentimos con demasiada fuerza á nosotros mismos para perdernos en esa obra; nos cuesta mucho desprendernos de nuestros deseos. La ciencia — no sus aplicaciones, no la ingeniería—es teoría, esto es, contemplación; y el español es ante todo práctico, práctico aun en sus mayores extravíos y en lo que se estima nuestro idealismo. Don Quijote carece de intrepidez mental; sus doctrinas teóricas son las mismas de Sancho; ni una vez siquiera se le ocurre inquirir los fundamentos de los dogmas en que le educaran; su filosofía es la filosofía de todos los que le rodeaban, y su heroísmo se vuelve al lado práctico. Su heroísmo no es idealismo en el sentido estricto,

etimológico y concreto de esta palabra. No trató de reconstruir la sociedad sobre nuevas bases doctrinales, sino de dar sinceridad y valor á las entonces existentes.

El genio español tiene muy poco ó nada de metafísico. Nos preocupan muy fuertemente las consecuencias prácticas y morales de un principio, y lo establecemos en vista de ellas. Nuestros llamados filósofos, empezando por Séneca, son ante todo y sobre todo moralistas. Nos preocupa poco la crítica de la razón teórica, y nos atenemos á la crítica de la razón práctica, que es por donde empezamos y por donde de ordinario concluimos.

Lo que para otros pueblos fué la filosofía, flor del pensamiento colectivo conciente, fué para nosotros la mística. De ella, de nuestra mística y de sus caracteres, traté en mis ensayos *En torno al casticismo*, antes que reunidos en volumen publicados en estas columnas; pero ahora quiero reproducir aquí lo que de ella dice egregiamente Oliveira Martins, al que entonces yo no conocía. Dice:

«Nos sabemos quanto é inconciliavel a absorpção em Deus com a affirmação da independencia do homem. Sabemos que todos os mysticismos, partindo de um systema de definições absolutas do Universo e de Deus, do real e do transcendente subordinam e como que anniquilam tudo na unidade. Como resolvía o genio hespanhol este antagonismo?

»Tal foi o privilegio da ignorancia, tal foi a consecuencia de não serem philosophos os mysticos hespanhoes. A força creadora da natureza produziu espontaneamente um phenomeno singular na Europa. O hespanhol encontrou no mysticismo um fundamento para o seu heroismo, e fez do amor divino a melhor arma para o seu braço. Em vez de se deixar absorver pelo céo, trouxe para dentro de si a divindade; ganhando assim uma força mais que humana, porque a energia da sua vontade se tornou para elle a vontade de Deus encarnada en homens.

»O mysticismo hespanhol tem este caracter proprio, unico,

e verdadeiramente novo: é a afirmação da vontade humana, é naturalista. Combinar n'um equilibrio mais ou menos estavel a liberdade e a predestinação, a razão e a graça, era empresa em que toda a escolastica se empenhara em vão. O hespanhol, na ingenua ignorancia d'esses combates, illuminado por uma visão interior e ao mesmo tempo impellido por um ardor de independencia e bravura ingenitas; o hespanhol que não tem systemas, nem escholas, nem tradições eruditas, não póde resolver o problema por meio das combinações subtis, sem poder ao mesmo tempo negar-se a si proprio e á sua alma heroica, suicidando-se em Deus. Recolhe-se a novas *râbitas*, medita, observa, e do fundo mais intimo da sua alma tira uma solução paradoxal que espanta a eschola dos doutores e dá ao catholicismo um novo alento contra o mysticismo classico da Reforma. Vae conquistar o mundo com a espada e com o verbo sagrado — como os almoravides tinham vindo das fronteiras do Sahara conquistar Marrocos e a Hespanha.»

Hasta aquí Oliveira Martins; ahora yo. ¡Feliz privilegio el de esa ingenua ignorancia que nos permitió no entregarnos á un viento pasajero de doctrina filosófica! Las sutiles combinaciones teológicas para concordar la libertad y la predestinación, la razón y la fe, se han ido como se va todo lo que se funda en sistemas filosóficos y racionales, pasajeros de suyo; pero la visión interior que arranca del corazón, ésta no se va. Cuando sólo los eruditos y los curiosos de doctrinas muertas vayan á leer los teólogos católicos del siglo xvi, se irá á buscar fuente de consuelo, de vida y de heroísmo en San Juan de la Cruz y en Santa Teresa. La íntima verdad, la verdad vital de sus expansiones no está ligada á la doctrina teológica con que tuvieron que revestirla. Y de esto hablaré más adelante.

Nuestra mística, que es una meta-psíquica, es, en el fondo, antirracionalista y materialista. Materialista, sí, no retiro la denominación, sino que paso á explicarla.

De las personas que toman las cosas muy á lo concreto y sensible, decimos: «¡qué material es Fulano!» ó «¡qué á lo ma-

terial lo toma todo!» Y en este sentido somos los españoles materialistas. Nuestro espiritualismo es un espiritualismo á lo material, materialista. Y la ciencia es idealista siempre, como que maneja ideas de realidades y no las realidades mismas. El mismo llamado materialismo científico es un verdadero idealismo, porque la materia que proclama es un concepto y no una realidad; es, en el fondo, un matematicismo.

Entre uno que lo reduce todo á fuerza y materia, ó á energía, pero confesando que no sabe qué cosa sean ni la materia ni la fuerza, y aquel que cree que su espíritu concreto, el que vive y sufre y goza, ha de persistir siempre tal y como hoy vive, con su propia conciencia, y que además ha de reincarnar un día en el cuerpo mismo que hoy tiene, decidme: ¿quién toma las cosas más á lo material? ¿quién es más materialista?

Y ahora ved si con esta tendencia íntima, con esta sed inextinguible y ardiente de perpetuar la propia personalidad concreta, se puede entrar en el alma de la ciencia, que es renuncia completa y total á sí mismo. Y así nuestra ciencia no es sino mezquina imitación, nuestra filosofía polémica para desahogar pasiones, y nuestra erudición baratería y pasatiempo. Todo lo hacemos *ad probandum*.

¿Por esto hemos de renunciar á la cultura y á influir en ella? No; la cultura es más que ciencia, más que filosofía; la cultura es vida. Y á la cultura, que se ahoga en ciencia, habrá que salvarla por la fe, como cuando se ahoga en fe la ciencia es la que la salva. Y nuestra fe no es un *rationale obsequium*. Un africano es el que exclamó *credo quia absurdum!*; y debajo de este grito de guerra, que escandaliza á todos los racionalistas, y á los católicos muy en especial, debajo de ese grito hay todo un mundo de afirmación de vida.

Oliveira Martins dedica todo un capítulo á San Ignacio de Loyola, mi paisano, «a primeira de todas as figuras épicas da Hespanha do xvi seculo», aquel vasco ardiente y tenaz, especie de *marabú* marroquí, como el portugués le llama, que dió al mundo algo del alma de nuestra raza. «O catholicismo deu

heroes. O protestantismo deu sociedades sensatas, felizes, ricas, livres no que respeita as instituições e a economia externa, mas incapaces de nenhuma acção grandiosa, porque a religião começava por despedaçar no coração do homem aquino que o torna susceptível das audacias e dos nobres sacrificios.» Y tened en cuenta que Oliveira Martins no era más católico que lo soy yo en este sentido corriente y ortodoxo y romano. «Não esqueçamos, porém, que o papado a que os jesuitas iam obedecer, seria una instituição *reformada* á hespanhola.»

Y cuando así os hablo de mi paisano Iñigo de Loyola, no me vengáis con los jesuitas de hoy. Entre ellos y sus detractores han oscurecido aquella gran figura. Os diré con Oliveira: «De tal maneira o genio hespanhol, expandindo-se, conquistou a Europa, reformando-lhe a religião. Se essa reforma provou mais tarde ser suicida, não e já a Hespanha a responsavel do facto.»

Todo genio tiene una fuerza expansiva; el comunicarse, el imponerse, es su condición de conservación y de vida. Y nuestro genio tuvo que comunicarse y tuvo que imponerse. Y de aquí surgió una profunda y trágica antinomia que acarreó su derrota.

Comunicar, transmitir, imponer una doctrina, sólo puede hacerse por medio de la palabra—servida ó no por la espada;—de la palabra, que es el órgano de la razón, y la razón es un producto social y un instrumento de comunicación entre los hombres. La Lógica es algo eminentemente social; lo más individual, es decir, lo personal, escapa á ella. Y el genio español se encontró con la necesidad de exponer lógica y racionalmente un sentimiento ilógico é irracional en su fondo. Esta y no otra es la razón de la sinrazón de que tan á tontas y á locas hablan muchos.

Nuestros místicos tuvieron que formular sus sentires en una teología, y la formularon en la de su tiempo y su Iglesia; los cristianos en la suya, y en la suya los mahometanos, lo mismo que Séneca vertió los suyos en el molde estoico. Pero

yo sé que Séneca, San Juan de la Cruz y Algazel se hubieran comprendido á las cuatro palabras.

Había que razonar el antirracionalismo, y hay todavía que razonarlo. Y de aquí todas las aparentes contradicciones en que incurrimos cuando nos metemos á esa tarea. Me veo obligado con harta frecuencia á exponer con términos y doctrinas de la ciencia y la filosofía europeas contemporáneas, sentimientos que no son los que alientan debajo de esa ciencia y esa filosofía. Y es natural, tengo que violentarlas, sin que esto me exima de violentar también mis propios sentimientos.

Esta trágica dificultad sentida y sufrida fué la que trajo la Inquisición, que es, hay que confesarlo, uno de los medios más adecuados para imponer la razón de la sinrazón. De mí he de confesar que cuando leo algún libro agnóstico, y cuanto más profundo y razonado tanto más, y se me demuestra científica y filosóficamente la inanidad de mis anhelos trascendentales y lo pasajero de mi personalidad conciente, concreta, siento deseos de quemar al autor del libro y de quemar el libro mismo. Y si venzo esta tentación castiza, es porque sé refugiarme en la fe, en lo absurdo, *quia absurdum*, en un «¿quién sabe?» que siendo la fórmula del escepticismo puede llegar á ser la fórmula de la fe.

El pensamiento moderno, la filosofía europea post-kantiana, nos ha hecho á los españoles cultos, por muy españoles que seamos, agnósticos y escépticos en cuanto á la razón hace, pero no nos ha arrancado, gracias á Dios, el fanatismo. Dentro de cada uno de nosotros hay un escéptico fanático. Es el africano culto. Y todos, quién con más y quién con menos conciencia de ello, nos repetimos lo de: *¡Soñemos, alma, soñemos!*, abrazándonos á la ilusión trascendente, que es la suprema realidad.

Ello es una lucha trágica y á brazo partido con el misterio; ello es un combate de noche y de día, con la cabeza ardiendo en Dios, según la vigorosa expresión de Oliveira Martins.

Que haya quien razonando haya llegado á la doctrina del *nirvana*, del aniquilamiento final, de la renuncia á la eternidad personal, lo comprendo, ¡no he de comprenderlo! Pero que se resigne á ello y se aquiete y no pelee y no busque la verdad más allá de la razón y contra la razón misma, esto es lo que ya no comprendo. Y al encontrarme con esos resignados, me siento inquisidor. Como me siento tal al encontrarme con los otros, con los brutos, con los que se creen que eso es una cosa probada racionalmente, con los de los argumentos y las respuestas á los argumentos de los impíos, con estos otros racionalistas, no menos miserables que aquéllos.

¡Racionalistas, sí! El catolicismo apostólico romano, el catolicismo teológico ortodoxo de hoy es racionalista, aunque su razón sea otra que la razón de la ciencia. Si alguien cree en Dios, pero sostiene que no hay pruebas racionales de su existencia, viene con el *Syllabus* en la mano, y le anatematiza. Ha sustituido á la religión con una metafísica de la religión y una metafísica del siglo XIII, y se empeña en sostener el escolasticismo tomista, que es una soberbia catedral gótica, pero de adobes.

¡Racionalista, sí! Ha sustituido los misterios con la explicación de los misterios. Si veo á una pobre aldeana ir á buscar fuente de consuelo en la mesa eucarística, aunque yo no crea en el sacramento, me siento conmovido. Le han enseñado que está allí el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y ella no va más allá. Pero si me viene un teólogo sustituyendo al misterio religioso con una explicación metafísica de él y diciéndome que lo que allí está es la sustancia del cuerpo de Cristo bajo los accidentes del pan y el vino, y que la sustancia es una entidad objetiva distinta de los accidentes y separable de ellos, ante este galimatías escolástico me siento repellido. Eso no es ya sustancia, sino concepto de sustancia, y todo eso no es más que monserga racionalista. La pobre aldeana es materialista, y la sustancia en que ella cree es una sustancia material, tangible; el teólogo es racionalista, y la

sustancia de que nos habla no es sino una categoría lógica, aristotélica, un engaño, una mentira hoy.

De uno y de otro racionalismo hay que salvar á la cultura, para que no se ahogue en la razón sin contrapeso.

Hay que salvar al yo concreto y real, al individuo humano, cuyo valor es infinito—cada individuo vale tanto ó más que el universo entero—amenazado por toda clase de panteísmos: religioso, filosófico, político. Y al que hay que salvar es al individuo concreto y real. Pues conviene fijarse en que el individuo de la mayor parte de los individualismos lógicos y racionales que andan por ahí fuera no es más que un individuo fantástico, empezando por el Único de Stirner. No son individuos, sino conceptos de individuos. El yo concreto y real se disuelve en el concepto del yo, en el Yo con letra mayúscula, en el Yo de Fichte, que es lo menos yo que cabe. ¡Claro está, como que es un yo germánico, excelente soldado para Moltke, y capaz de renunciar á sí mismo para sumergirse en el estudio de la histología de un ganglio de un escarabajo!

«Podemos, pois, concluir dizendo que os hespanhoes fizeram uma religião do individualismo, sublimando esse sentimento de independéncia que está no fundo da alma até ao ponto de o divinizar.»

Hubo un momento en la Historia en que España, dentro de las formas tradicionales del pensamiento de entonces, impuso en cierta medida su concepción y, más que concepción, sentimiento, sentimiento de la vida. ¿Qué hizo Íñigo de Loyola?

Al partir de Manresa llevaba entusiasmo y la locura encendida de su fe; pero muy pronto, al choque con el mundo, se convenció de su ignorancia y de la necesidad de la ciencia europea de entonces.

Y se fué á París á estudiar teología. «Pasó del sueño á la realidad», dice Oliveira Martins. A una edad en que se está duro para el estudio púsose á estudiar desde los rudimentos del latín, disminuyendo las horas de oración para dedicar algunas al estudio. «O seu pensamento ia tomando aspectos di-

versos, á maneira que se definia e se determinava, sem se alterar na essencia. A' medida que se moldava ás condições do meio ambiente, ia se, porém, desnacionalizando. Em Paris, Santo Ignacio tem já de hespanhol apenas a *vis* intima: todo ó resto é europeu, francez ó italiano.» Se europeizó, valiéndose de la plasticidad de vasco.

Todo el que ha conocido vascos fuera de su país, en América sobre todo ó en el resto de España, sabe cuán fácilmente se acomodan á nuevos modos de mostrarse, conservando siempre su fondo irreductible. He oído á más de un argentino que mis paisanos, cuando iban á vivir entre gauchos, adoptaban desde luego el traje, las maneras y las costumbres de ellos. La pronta renuncia á las formas exteriores con que un espíritu se reviste y en que se manifiesta suele ser la más favorable condición para mejor conservar incólume el espíritu mismo. Y San Ignacio era de casta. Se europeizó para conquistar, á su manera, á Europa.

Si aquel hombre singular, tan representativo de nuestro fondo irreductible, fué á París á estudiar las disciplinas de su tiempo, empezando por el *rosa, rosae*, ¿no hemos de ir nosotros también á aprender la ciencia de hoy? Para defenderse del jugo corrosivo que lleva en sí esa corriente central del pensamiento europeo contemporáneo, lo primero es conocerlo, analizarlo y estudiarlo.

Jugo corrosivo, sí. El pensamiento puro, el pensamiento por el pensamiento mismo, el saber por saber, es algo corrosivo y destructor.

El delito mayor del hombre es haber nacido, según nuestro clásico y nuestro pensador acaso más representativo; pero el castigo de ese delito es tener que pensar.

¿Y qué hemos de hacer al castigo? ¿Rechazarlo? No, sino abrazarnos á él, pues es nuestra fuente de consuelo, á la vez que nuestro castigo. Hay que pensar y hay que imponer el propio pensamiento, pues la imposición es la condición de su vida.

*
*
*

No faltará quien al leer esto se diga para su capote: Este hombre que así habla y predica no está convencido de lo que sostiene, y todo lo que hace es, á lo sumo, dar voces para convencerse á sí mismo, y acumular paradojas, arbitrariedades é ingeniosidades, mejor ó peor fundadas, para persuadirse de una tesis que su razón repele; y esto en el mejor caso.

Pues bien, ¡sea! Y vamos adelante.

En el capítulo IX, versillos 17 á 29, del Evangelio según Marcos, se nos dice que se acercó á Jesús un padre, diciéndole que tenía un hijo presa de un espíritu mudo que dondequiera le prendiese hacía echar espumarajos por la boca y crujir de dientes, y Jesús, al ver al epiléptico, dijo al padre: «Si puedes creer, al que cree todo es posible»; y el padre del muchacho presa del accidente exclamó: «Creo; ¡ayuda mi incredulidad!»

«Creo; ¡ayuda mi incredulidad!» He aquí una expresión á primer examen contradictoria, pues si creía, ¿para qué pedía se le ayudase en su incredulidad? Y, sin embargo, esa expresión arranca de lo más íntimo de las entrañas, y expresa una verdad entrañable.

La fe activa y fecunda no es la convicción fría y segura y adonde no tienen entrada alguna las dudas. La fe sin dudas es una fe muerta y estadiza. En mi *Vida de Don Quijote y Sancho* he mostrado cómo Sancho llegó á la fe purificadora por camino de dudas.

La fe activa y fecunda, la fe viva, es más una tendencia que un estado. Creer en Dios es ante todo y sobre todo, es en su origen, querer que Dios exista. Y así de todo.

La fe viva es una tendencia, y para subsistir y afirmarse tiene que imponerse: es su inexcusable condición de vida. Sólo nos imponemos la creencia que nos da valor y sentido en el mundo, bregando por imponérsela á los demás. Doctrina que pierde la virtud proselitica languidece y muere.

No conozco quien se encienda y se irrite con el que niegue que los tres ángulos de un triángulo valen dos rectos, y trate

de imponerle esa verdad científica; pero me explico que pierda un hombre la paciencia ante otro que se obstine en negar todo valor trascendente á nuestros anhelos escatológicos.

La fe es una tendencia más que un estado. Cuando llega á estado es que ha llegado á muerte. Entonces es la fe pseudo-racional. Muy poco espero del Dios de aquellos que están convencidos racional ó lógicamente del valor de las llamadas pruebas de su existencia: la metafísica, la física y la moral. Su Dios no es Dios, sino concepto de Dios. Esas gentes se explican—mal explicada, por supuesto—la idea del Universo por la idea de Dios. No son más que unos ideístas.

Los hombres de ciencia poseen una intrepidez desvergonzada ó una desvergüenza intrépida para decir: de aquí no se pasa; lo de más allá es inconcebible; *ignorabimus!* Como si no hubiera más medios que la razón para relacionarnos con la realidad trascendente.

Un puro aritmetista nos diría que no es posible hallar con exactitud la raíz cuadrada de dos, y viene, sin embargo, el geómetra, traza la diagonal del cuadrado construído sobre la unidad y nos dice: ahí está. Y así como hay una geometría más real y más concreta que la pura aritmética, ¿no hay algo por encima ó por dentro de la realidad que puede abarcar la ciencia?

La fe es una tendencia, y toda tendencia, como movimiento que es, implica dejar una posición por otra.

Si nuestra fe española no se encontrase contrariada por el espíritu íntimo de la ciencia europea contemporánea, esa fe quedaría estadiza y acabaría por morir. Y de hecho se queda así en los que no llegan á penetrarse de ese espíritu, en los pobrecitos que ignoran que toda la psicología científica contemporánea es una conspiración contra nuestros anhelos radicales, contra el ansia cardinal de nuestras almas.

Hay también quienes han perdido esa fe—ó por lo menos se imaginan haberla perdido—y han renunciado á toda ilusión, según dicen, contentándose con la verdad, con lo que llaman

la verdad. No les arriando la ventaja de ese suicidio moral.

Tormentas tan bravas como la de la ciencia contemporánea han corrido los anhelos, que son fuentes de nuestra vida íntima, y las vencieron. Y las vencieron afrontándolas y no huyendo; las vencieron luchando con las olas.

Ello es un combate trágico. Sí, solemnemente trágico; os lo digo yo, que lo sé muy bien. El buitre de Prometeo, el pensamiento racional y crítico, nos devora las entrañas del corazón, y éstas renacen y se renuevan sin cesar para ofrecer á aquel buitre pasto y darnos á la vez á nosotros vida. Tenemos que mantenernos espiritualmente, sostener nuestra vida íntima, y, á la vez, mantener de la enjundia de nuestras entrañas, de nuestros redaños mismos, al buitre voraz é implacable que las picotea sin descanso. El combate inacabable entre el corazón y la cabeza es la acción más divinamente trágica que ha podido ofrecernos el destino. En ella no hay ni vencimiento ni victoria, pero tampoco hay tregua ni descanso.

Y este combate que se prosigue sin término en el interior de cada hombre llegado á plenitud de conciencia propia, este mismo combate se riñe entre los pueblos y las edades en el vasto tablado del mundo. Consulte, pues, cada español, puesta la mano sobre su corazón, los latidos del corazón de la patria, y piense después qué camino hemos de tomar si no hemos de desaparecer como pueblo que tiene su lugar y su fin en el concierto de la cultura humana.

Oliveira Martins era, sin duda, un crítico; el buitre le tenía casi destruídas las hermosas entrañas del corazón ibérico. Oliveira Martins era un escéptico sediento de fe, pero suyas son estas alentadoras palabras:

«Cremos en una vindoura Hespanha mais nobre e mais illustre ainda do que foî a do seculo xvi. Acreditamos tambem que já hoje navegamos na viagem para esse porto, embora os nevoeiros conturbem as vistas dos nautas agora que apenas acabamos de largar as costas do velho mundo. Que papel destina o futuro a Peninsula, e qual será a physonomia d'essas

edades vindouras? A historia não é prophécia; mas o estudo das edades passadas deixa entrever muitas vezes as probabilidades futuras; e, quando, atravez de todas as crises, no meio dos ambientes mais systematicamente adversos, observamos que o heroismo peninsular soube vencer tudo com a sua indomavel energia, somos levados a crer que o papel de apóstolos das futuras ideas está reservado aos que foram os apóstolos da antiga idea catholica. A independencia dos caracteres individuaes e a nobreza do character colectivo deram e hão de dar a Hespanha, quando os seus aureos tempos voltarem, esse aspecto monumental e soberano que a distingue no mundo. O estrangeiro póde amar-nos ou odiar-nos; não póde ser-nos indiferente. A Hespanha provocou enthusiasmos ou rancores: já mais foi encarada com desprezo ou ironia.»

Esto último, triste y sonrojoso nos es el decirlo, no es ya verdad; se nos viene mirando desde hace algún tiempo con desprecio y con ironía. Desde que dimos en querer entrar en la dichosa corriente central y en olvidar lo que fué nuestra fuerza, desde que nos empeñamos en europeizarnos pasivamente sin poder conseguirlo.

Hay que aprender, sí, sus ciencias, sus industrias, sus artes, sus habilidades, sus destrezas; pero hay que aprenderlas como acaso las han aprendido los japoneses, con un secreto desdén y una íntima repugnancia al espíritu de desilusión agnóstica que esas ciencias, industrias, artes y destrezas les han acarreado. Hay que ir á matricularse en sus aulas como se matriculó en ellas Iñigo de Loyola.

Si hay español que quiera rendirse, ríndase; pero yo sólo bajaré mi corazón, para ponerlo á su amparo, ante el corazón de quien, con las armas de la civilización europea en la mano, y reventando en fe, diga: Europa empieza en los Pirineos; ¡á conquistarla!

MIGUEL DE UNAMUNO

MODERNISMO SOCIAL

ACTIVIDAD BANCARIA

Say ha recordado que Gladstone, en cierto modo asociándose á Goschen, anunciaron para día no muy lejano el establecimiento de leyes de seguros para obreros y la fundación de Sociedades de socorros mutuos. Por ver que se iniciaba una tendencia nueva, en un todo distinta á lo antiguo, que venía rigiendo en Inglaterra. Sólo que no podía el año 1864 preverse todo el alcance que iba á tener la nueva tendencia. Que la deseada solidaridad no había de llegar pronto, por lo menos sin un período de antagonismos de clase con motivo de la creación de las Sociedades obreras de resistencia. El mismo Goschen hasta el año 1884 no vió claro que lo que se avecindaba era el socialismo del Estado protegido por Bismarck, y que en Inglaterra revestía importancia por la cuestión que tenía pendiente con Irlanda, que cada día pedía con más bríos y mayor fuerza razonable el reparto de unas tierras de las que se apoderaron un día los ingleses.

Con motivo de la Exposición universal de París de 1889, León Say publicó un libro el año 1891, en el que decía lo siguiente:

«Los productos y utilidades de la industria, que son el objeto principal de las grandes Exposiciones nacionales y universales, ponen de manifiesto la grandeza de la humanidad y afirman la dominación del hombre sobre el mundo material, y

eómo se logra poner á su servicio las grandes fuerzas naturales para la satisfacci3n de sus necesidades.»

Con raz3n ha dejado dicho Say que la característica de las fuerzas naturales es su universalidad inagotable, indestructible, por mucho que sea su uso. Así que el abuso se hace imposible en cuanto que esas fuerzas sufrirán transformaciones, nunca extinciones, en el sentido de acabarse su existencia.

Claro está que esas fuerzas naturales y materiales concurren con ellas las fuerzas humanas. El esfuerzo humano, el trabajo, desde el manual hasta el intelectual, se ejercitan poniendo á su servicio todo el material con que brinda la madre naturaleza. Cada individuo tiene personalidad propia, ruda las más de las veces, fina en muchos actos de la vida.

Hoy que la serenidad de los ánimos ha mejorado mucho (aunque con excepciones muy lamentables), al caballero de la espada al cinto ha sustituido el ciudadano de revólver en el bolsillo. Cierta que se busca una conciliación social en el campo del trabajo, donde se presenta el obrero laborioso á proporcionar una utilidad y está apremiante la necesidad del consumo, de la producci3n, que es un hecho restringido por aquél. ¿Cómo repartir ésta? Para ello es preciso un convencimiento general que por ahora está muy lejos su conocimiento positivo, por no acertarse en los medios para llegar á los fines apetecidos. Siendo la finalidad humana perfeccionarse incesantemente y aumentar el desarrollo intelectual y moral. Mas, el egoísmo sale al paso interponiéndose é impidiendo que el amor humano prevalezca sobre los odios. Estos sugieren, entre otras ideas, la de que hay un exceso de producci3n, cuando lo que sucede es que ésta no se pone al alcance del consumo, de que se ven privadas la mayoría de las gentes.

Obreros, patronos y Estado no utilizan acertadamente los agentes naturales que la Providencia ha puesto á su disposici3n.

Le3n Say describi3 en 1891 los seis grupos de la Economía social que estuvieron representados en la Exposici3n univer-

sal de París de 1889. 1.º Esfuerzos sociales para aumentar la parte del trabajo en el producto bruto de las industrias. 2.º Esfuerzos sociales para aumentar el bienestar de los obreros en la previsión. 3.º Esfuerzos sociales para mejorar la situación de los obreros, tanto por la *reducción* de los gastos de la vida como por la *reducción* de los gastos en las pequeñas industrias. 4.º Efectos sociales, mejora de la suerte de los obreros por la acción moral y previsor de la buena constitución del hogar doméstico, y prácticas higiénicas. 5.º Instituciones patronales. 6.º Socialismo del Estado é iniciativa individual. Seis grupos comprendidos bajo la denominación de *Intervención económica de los poderes públicos*.

O sea la tutela del Estado, que es una calamidad nacional cuando vive á merced de las oleadas de la pasión, de los partidos políticos.

El pensamiento de esa intervención está juzgado favorablemente en principio por Say. Sin poder decidir del alcance de su éxito, ocurre que el entorpecimiento subsiste, mientras se hace confusión del concepto del derecho con el de la ciencia económica, queriendo que á aquél viva supeditada ésta. ¿Cómo no encontrar acertado que se quieran dilucidar todas las cuestiones que entrañan las generalidades comunes á todas las Asociaciones cooperativas de crédito? ¿Cómo no convenir ocuparse de las particularidades concernientes á ciertas instituciones de crédito cooperativo?

Say opina que esas preguntas han sido contestadas, dando alguna luz al problema, por un número de trabajos, á los que se ha dado cohesión por los presidentes y secretarios de comités locales. Seguramente que en definitiva una voluntad se sobrepone á las demás. Pero ésta puede ser la menos á propósito ó mal comprendida. Además, cada problema social lleva consigo intereses diversos, cultura distinta, circunstancias diferentes, edades que corresponden á generaciones varias.

Say cita el ejemplo del estudio presentado por el Comité que se ocupa de «Lyon y de los lyoneses». La ciudad de Lyon

es muy digna de estudio por Francia y por Europa. ¿Qué resulta de aquel estudio? Presentarse porción de contrastes. ¡Ah! Estudiada una familia, los caracteres son tantos como las personas de que está constituida. Lyon tiene lo que llama Say la montaña mística de *Fourvières*, con sus conventos, seminarios y hospitales, formando en su conjunto un cuadro religioso. Sobre la montaña de la *Croix-Rousse* están las construcciones industriales, con multitud de departamentos, y éstos con ventanas á centenares. Say afirma que el lyonés es de espíritu concentrado, amante de la soledad y de tendencias levantiscas. Contraste es que toda la ciudad de Lyon está iluminada en la fiesta de la Inmaculada Concepción, y esa misma ciudad queda pasiva ante el espectáculo que da su Municipio, quitando de las plazas públicas y de los cementerios la Cruz, símbolo divino del *Redentor*.

Puede explicarse esto, porque los hombres de acción, los que se llaman así en todas las naciones, son, generalmente, lo que se llama también despreocupados, descreídos. El hombre de acción siente bastante, demasiado á veces, los efectos de la borrachera: que la embriaguez no es precisamente siempre de vino. La palabra embriaga. La sangre, vertida en días de locura inhumana, produce iguales efectos. ¿No fué Lyon una de las poblaciones más castigadas por la Revolución? ¿Ante los crímenes cometidos por el anarquismo no debiera pararse la atención, y ver que, sin creencias religiosas, sin el amor espiritual, el hombre, y lo mismo la mujer, cualquiera que sea su posición social, vive del instinto, y éste por su ejercicio llega á las más crueles maldades? El mal está representado por Dante en la Edad Media; el mal lo ha descrito Proudhon con su aforismo desconsolador en la Edad Moderna. Vosotros, los políticos sin conciencia, creyendo tenerla, ved que León Say, sin misticismos, os prueba que no tenéis remordimientos, por faltar á los respetos que merecen los fueros de la conciencia.

Lyon, con sus contrastes, ofrece una nota consoladora. El ahorro ha logrado tomar allí carta de naturaleza y la caridad

está muy extendida, hasta el punto de superar en organización á todos los demás organismos piadosos de Francia.

Según atestigua Say, en el Departamento del Norte de Francia han tenido que ir aumentándose los precios de los jornales, haciéndose la vida más fácil. Se ha estimado que de 1820 á 1823 el producto del trabajo de una familia ha sido de 670 francos, y de 1880 á 1887 está evaluado en 1.800 francos. Es decir, que el bienestar general de la clase obrera ha mejorado. Que es la opinión general con datos estadísticos á la vista. El día que sean tan exactos como sea de desear, podrán apreciarse los tres factores que interesa averiguar. Si la vida ha encañecido en la proporción que han aumentado los jornales, y si las necesidades del obrero han tenido aumento en iguales proporciones. Porque importa apreciar la proporción material y moral, para apreciar el problema bajo todos sus aspectos.

Say, ocupándose de la *Remuneración del trabajo*, hace consideraciones importantes. Say impugna á Levasseur y Chevallier, por las armas que dan al doctrinarismo alemán, que simpatiza con el socialismo autoritario y anárquico. Según Say, la doctrina de *fondos de los salarios* sólo tiene una importancia histórica. Ella sólo representa uno de los momentos de la evolución económica. Siendo el salario un adelanto pagado de un capital de libre disposición, en la medida proporcional de las relaciones que han de existir forzosamente entre capitalista y obrero. Say afirma, según expone Lavollée, que es un supuesto gratuito y sin comprobación que la cantidad de capital destinada á los adelantos del salariado es limitada y es invariable. Y como consecuencia, que es forzosa la disminución del salario en el caso de debilitarse la potencialidad del capital, todo por no apreciarse debidamente que el obrero representa á su vez otro capital que está en relación relativa, no absoluta, con el capital del capitalista.

Say sostiene que los hechos tienen demostrado hasta la evidencia que los fondos destinados al mantenimiento de las energías industriales puestas en actividad y una parte de ellas, está

representada por salarios; en éstos, la elasticidad es maravillosa. Sábese que las industrias productivas desde hace un siglo, no ha dejado de haberlas en estado próspero, y que si ha habido crisis manufactureras ha sido, más que nada, por la facilidad de disponer de capitales circulantes ó mobiliarios. La decantada abundancia de la oferta ha traído complicaciones y dificultades que vencer, algunas insuperables, siempre por no ponerse esa oferta al alcance de los medios con que brinda la demanda. Con razón dice Say: Pasa con esto como con la abundancia de capital, que da recursos por medio de una deuda flotante, que son la tentación de que un Estado llegue hasta el exceso en los gastos de su presupuesto. ¡Ah! Si en España no se hubiese permitido abusar de la emisión y circulación de billetes de su Banco nacional, seguramente no se hubiese ido á una guerra tan desastrosa como la colonial, en la que no podían ganarse ni honra ni provecho.

Eso sí, digamos con Say. Es preciso no dejarse llevar de las teorías que no pueden tocar á la realidad en la práctica. Entonces se anda por camino estrecho y peligroso. Entonces el trabajo puede encontrar una remuneración mejor, fundada únicamente en un aumento ficticio, por el que tengan los precios corrientes de los artículos de consumo necesario.

Conviene Say, con autores prestigiosos, en que todos los documentos que pueden tenerse á la vista llevan á la convicción de que la evolución á la concentración industrial es un hecho. Que lo es la aglomeración de los capitalistas y de los obreros, sin que por ninguna de esas manifestaciones se revelen perjuicios para la mano de obra, por más que ésta pierda gradualmente en su esfera de acción de los talleres de pequeñas proporciones. Acontecimiento que reclama la atención moral de la sociedad.

Pero es que ésta gana en su vida general. Y lo que se pierda de vida familiar apremia ganarlo en vida cristiana.

León Say es sociólogo, es además parlamentario.

En la sesión de 9 de Mayo de 1891 echó el *resto*, como sue-

le decirse, pronunciando un discurso irrefutable sobre las tarifas de Aduanas, discurso que abarca la protección manufacturera, la protección agrícola, la protección monetaria, la protección obrera. ¡Cuántas protecciones! Unas afirmativas, otras negativas. Unas que aumentan artificialmente el precio de la producción, otras que reducen los medios de vivir del proletariado.

Afirmase la libertad con la doctrina que defiende Say; niégase esa libertad con la teoría que sustenta Méline. Cuando se restringen los derechos individuales se ataca el derecho natural, y esto es la obra de Méline. Cuando se pide el respeto al trabajo, el curso libre de la oferta y de la demanda, es entonces el notable paladín Say. En la lid parlamentaria, la verdad es enaltecida con elocuencia, mientras que el error se presenta con argumentos deslumbradores, que caen sobre la ignorancia y se la llevan de calle. ¡La opinión queda extraviada!

Say recuerda la fructífera campaña de Cobden, con motivo de cita hecha por Deschanel.

Say llama la atención de la Cámara para hacer ver que para Cobden no pudo haber predilección ni por el proteccionismo industrial ni por el proteccionismo agrícola, porque desde el año 1823 la cuestión proteccionista quedó resuelta hasta sus últimas consecuencias, consecuencias que está sufriendo Chamberlain en Inglaterra. Pues si aparece Cobden con preferencias por la reducción de precios de los cereales, es porque esta reducción era la más apremiante. Y para convencerse de esto, bastaba con ver lo ineficaz que era la legislación de socorro á favor de los pobres.

Así que cuando, recordando el año 1859 Méline con una protección como la que predominaba entonces en Europa, se argüía con la muerte, se citaba el hecho de que el año 1888 la importación fué de 4.107 millones, y la exportación de 3.246 millones, en Francia, ó sea 861 millones debidos.

Say decía: resulta que, á partir de 1876 á la fecha, 1892,

la suma excedente de importación es de 14.500 millones de francos.

Con ese razonamiento llegaba á fijarse en Inglaterra, y en publicaciones que tuvieron mucho eco en los *fair traders*, para decir que Inglaterra debía 25.000 millones, cuando en el año de la cita estaba probado que era Inglaterra acreedora de todos los mercados más importantes del extranjero. Giffen lo ha demostrado así á sus conciudadanos con estadísticas que resisten victoriosas la crítica.

Newmann Spallart ha demostrado que en 1879 el total de exceso de las importaciones del mundo ha sido de 5.400 millones. Podrá haber error en el cálculo, pero no lo hay en el hecho de superar las importaciones á las exportaciones. Cuando Thiers ha defendido el proteccionismo, lo ha hecho con argumentos políticos más que económicos, con elocuencia magnífica más que con fuerza de lógica, como decía Say, por el arte con que sabía hablar. El mismo Thiers confesaba á Say que sabía convencer, apoderándose artísticamente del auditorio en los momentos solemnes de su oratoria.

Mas de ésta no puede quedar, andando el tiempo, más que lo que dicte el buen sentido, y á esto se atiene Say. Say, á quien repugna creer, y rechaza con energía, que el encarecimiento de la mercancía sea conveniente.

Sobre todo, lo que se ve palpablemente es que, con superar el valor importado al exportado, Europa eleva de nivel su cultura, aumenta considerablemente su riqueza y facilita bienestar á la clase obrera, por ser el superávit hecho de ley natural.

Llamado solitario librecambista Say por Méline, aquél le recuerda que está acompañado en su soledad por Aynard, Lockroy, Peitral, Raynal, Charles-Roux. Y acompañado Say por millones de consumidores, que claman por que se les deje usar el derecho á gozar de la libertad de la demanda, ¿de dónde viene la restricción de ésta? De la ley positiva. Si en España se hubiese declamado menos por la libertad política y res-

tringido menos la económica, ¿no se disfrutaría de un engrandecimiento de que se carece? Si en España no se hubiese facilitado la importación de material de caminos de hierro, ¿se tendría la red que disfrutaban los españoles? Maldigamos del extranjero cuando se quiere imponer por las armas. Mas bendigámosle cuando nos brinda con las artes de la paz.

Con Thiers se llama la atención por los proteccionistas de los peligros á que se expone Francia de verse invadida por los trigos de la India y de Rusia. Deschanel hace notar la falsedad de la alarma. Giffen advierte que el mundo viejo es el capitalista; natural ha de ser que demande la exportación del mundo nuevo. Y Say comenta la depreciación de la moneda como signo que revela la mejora de valor que tiene la mercancía, sobre todo en artículos como el trigo, de tan primera necesidad. Say define el cambio, que es la indicación de una situación. El cambio, pues, es incorregible como causa; su papel en el orden económico es ser efecto de ésta. Así que, cuando se trata de una situación, estudiada que sea, puede modificarse, y la modificación es lo que representa la alteración del cambio. Éste oscila en Francia é Inglaterra por oscilaciones naturales y obligadas del tráfico. Méline no tiene esta manera de pensar enfrente de Say, como en España no se ha tenido tampoco por nuestros ministros de Hacienda enfrente del país.

Éste, como los del extranjero, obligados por legislaciones absurdas, van á la bancarrota, que es á lo que se llevó á España provocando imprudentemente las guerras coloniales.

Say dice que Francia ha tenido que pasar por una situación excepcional durante un siglo, á contar desde 1785, cuando la refundición monetaria de Calonne, que estuvo basada en el bimetalismo con una relación fija de 15 $\frac{1}{2}$, reforma confirmada por la ley de germinal, año 11. Viéndose una vez más las cuestiones económicas influyendo siempre, más que influidas, sobre las políticas. ¿Qué es hoy la cuestión social en su quinta esencia sino una cuestión económica? Las apariencias en contrario son engañosas.

Hay enlaces en ésta que son indestructibles. La plata sufre una depreciación que coincide con la supresión de derechos de exportación, con la explotación de caminos de hierro, con el abarataamiento de los fletes. En su conjunto, resulta abaratar-se el precio de los trigos y la depreciación de la plata, creándose así una situación inevitable, que altera y obliga á seguir su curso natural al cambio, por la fuerza de las cosas. Enojada ha tenido que quedar España con la república de Cuba en el orden político; mas no por eso ha dejado de conservar (pudiera ser que mejorándolas) las relaciones económicas con su antigua colonia, en la parte conveniente á ambos países. Es más: el enojo con los Estados Unidos ha sido con mayor encono; pero de ellos seguimos siendo tributarios del tabaco. ¡Del tabaco! Un vicio por el que rendimos tributo á los Estados Unidos. Lo que nos permitimos llamar las vías económicas, con sus mayores facilidades. Y por ellas, muchos consumidores de pan de cebada en España han podido sustituirlo por el alimento de pan de trigo. A esto llegarán en su día la mayor parte de los 300 millones de habitantes que está calculado pueblan la India, sustituyendo el arroz con el trigo en la forma conveniente. Say afirma atinadamente, combatiendo á Méline y emplazando á Mallet, á que se le dé la solución de dos desigualdades: una de ellas, la desigualdad de industrias; otra, la desigualdad dentro de cada industria.

Esto se ve palmariamente hoy entre Inglaterra y Alemania, en la actividad general industrial de esos dos países. España y Francia se distinguen por la manufactura de la seda, muy distinta ésta del uno y del otro país en su fabricación.

Say recuerda la situación política que estuvo representada por Rouvier, cuando se dijo: «Nosotros representamos el mayor poder». Mas los diputados que dijeron esto, ¿representaban la más estricta justicia? Esos diputados, era su pretensión disponer de la riqueza del país en provecho propio. A ello se opone Say con esta réplica: «La razón del más fuerte es una doctrina política que no puede admitirse en un Parlamento

francés». No puede admitirse en ningún país civilizado; mucho menos en Francia, donde se ha derramado tantísima sangre por la libertad; donde la industria es tan especial que no puede temer rivalidades extranjeras; donde el trabajo tiene cimentación muy sólida; donde el ahorro está connaturalizado entre las gentes, y donde la previsión viene dando muy repetidas pruebas de estabilidad.

Say expone su opinión sobre los salarios. Quiere que desaparezca el sistema histórico, por el cual se arreglaban los intereses generales á favor de los particulares. Quiere que prevalezca el estado general de todos los ciudadanos franceses. Y cuando los legisladores hagan una ley abusiva porque restrinja la libertad, habrá que oponerse á su prosperidad y sanción. Todos han de ser iguales ante la ley, y ésta interpretación fiel del derecho natural. Esta, que según el sistema inglés, ha procurado con su buena aplicación el mejoramiento de los jornales, prestándose los obreros á ser dignos de él. Mas si, como se pretende con frecuencia, el propósito es aumentar el precio del trigo, el derecho para hacer este uso es contrario al verdadero derecho, que consiste en hacer justicia, á la que se falta impidiendo el mercado de trigo en buenas condiciones libres.

En realidad de verdad, sólo puede haber una República digna de este nombre: la que ampare en todo momento los intereses generales, que son la suma de los diversos intereses particulares.

A Say se le imputó que defendía en la soledad lo que él consideraba lo mejor en orden á los intereses materiales, lo justo en orden á los intereses morales, lo equitativo en orden á los intereses sociales. Y Say replicaba á sus adversarios. Un insigne orador del Parlamento inglés lo ha dicho: El pan está demasiado caro; de esto sois responsables los proteccionistas, y en especial vos el ministro. El acusador era Cobden, y el acusado Roberto Peel. Peel, que ante la inmensa responsabilidad que vió contraía, se rindió, pasando á ser aliado fiel de Cobden.

Es preciso, pues, y además urgente, que sean atendidas las peticiones del pueblo, que recibís—decía Say—como yo las recibo también, en las que se pide que no se haga ninguna ley que pueda servir para aumentar los precios de los artículos de primera necesidad. Es preciso que se supriman intermediarios onerosos, que son destructores de la distribución racional de la riqueza, y que se funden sociedades cooperativas por las que se consiga abaratar la vida en sus múltiples manifestaciones.

El ejemplo de la cooperación estaba dado por Bélgica, Suiza, Inglaterra. ¿Cómo no había de ver Francia su eficacia? Francia no es España en cuanto se refiere á la conveniencia del país, no obstante sus tremendas caídas...

Siempre ha encontrado Francia un áncora de salvación con la que ha podido conseguir que los más no sean sacrificados á los menos. Siempre el estadista patriota ha encontrado opinión en que apoyarse para acudir bien en favor de los desvalidos, por muchos que hayan sido. El caso de las sociedades cooperativas lo prueba; la afición al trabajo lo ratifica. Por la opinión se aplaude al rico, y si no todos los franceses, la mayor parte quieren serlo por la senda del trabajo y la del ahorro.

Esto puede ser una filosofía egoísta, según unos; una filosofía prosaica, según otros; pero lo cierto es que en Francia la generalidad cuida de inspirarse en la filosofía del *bienestar*. Inspirándose en la de Hegel, Fichte, List, etc., etc. En algo que sea un maduro examen de lo que es lo *plástico* de la vida. Que al fin en mucha parte somos puro barro, y la materia vive de la materia.

Importa, termina Say diciendo, no confundir el efecto con la causa, que es de lo que puede acusarse á Méline. La libertad no es más que el medio de que la sociedad, que en este caso es causa de vida, pueda, por la libertad como medio, lograr el fin apetecido de vivir bien. No puede ser esto más que dejando correr las corrientes por sus cauces naturales, que son

ir y comprar donde parezca haber mejor mercado. Constituirse y robustecerse una nacionalidad donde los impuestos se dividan y acepten: los unos, *impuestos de consumo*; los otros, *impuestos de riqueza*. Hora es ya de que el programa de 1789 se cumpla el año 1889. Quiere decir, sin que los presupuestos del Estado formados para surtirlos de contribuciones indirectas ó directas pueden ocasionar graves errores económicos, asegura Say.

Say asegura también que todo cuidado es poco para evitar que el impuesto sea injusto, y lograr que á la vez sea equitativo. Say afirma: «La contribución mobiliaria es pura y simplemente un impuesto de consumo, y en tal sentido, un impuesto *antiproporcional* á la renta de los contribuyentes».

La discusión que motivó el discurso de Say sobre nuevas tarifas de derechos de Aduanas, dió el resultado de calcularse en 140 millones de pesetas el aumento de ellas.

ANSELMO FUENTES

RECUERDOS

Pasando de recuerdos insustanciales, como eran los que se referían á la cuestión de empleados, que fué en mi tiempo y para mí, como habrá sido para otros muchos ministros, la cuestión de las cuestiones, á pesar de su insustancialidad; pasando, digo, á otros recuerdos, aunque de más substancia, áridos y enojosos ante mis lectores, empecé en la crónica precedente á hacer el recuento y la clasificación de las fuerzas revolucionarias allá por los años de 68, 69 y 70.

Como sucede siempre, tras un gran movimiento político, cuando éste termina por una revolución, las huestes vencedoras se habían dividido, como dijimos, en dos partes.

Las unas se apoderaron del poder, las otras pasaron á la oposición.

Estas últimas se componían casi en su totalidad de republicanos, y de éstos, casi todos, los unos por sus ideas antiguas, los otros por haber vivido durante la emigración en Suiza, trajeron la idea de la República federal.

Los federales se llevaron, pues, casi todas las masas populares, y no porque en las capas inferiores de la sociedad se supiera á punto fijo lo que la República federal significase.

Los jefes lo sabían, aunque no todos con claridad perfecta; los soldados del partido no creo equivocarme al asegurar que lo ignoraban: ni las predicaciones de los primeros eran para ilustrar mucho á los segundos.

—¿Qué preferís — preguntaba un propagandista á su

auditorio, compuesto de gente pobre:—comer perdices ó comer patatas?

Y todos contestaban á una voz:

—Las perdices.

Y el orador clamaba:

—Pues esa es la República federal.

—¿Qué preferís—continuaba preguntando:—vivir en una miserable casucha, ó vivir en un palacio y tener coche?

—El palacio y el coche—vociferaba el coro de esta tragedia política.

Y el orador afirmaba:

—Pues esa es la República federal.

—¿Qué preferís: que se queden con vosotros vuestros hijos, ó que se vayan á servir al Rey?

—Nuestros hijos con nosotros—gritaba una sola voz que brotaba de miles de corazones.

—Pues esa es la República federal.

Con lo cual no hay que decir si la República federal tendría prosélitos entre las clases humildes y desamparadas.

En muchas provincias ya se daban definiciones más concretas de esta organización política, que, como digo, habían recogido sus partidarios de los Estados Unidos y de Suiza.

Por ejemplo, en Sevilla.

En Sevilla era muy popular D. Federico Rubio, el sabio ilustre y humanitario, que tanta gloria alcanzó más tarde, aunque por otros derroteros.

Y preguntaba un federal á otro:

—¿Tú sabes lo que quiere decir República federal y por qué le dan ese nombre?

Y el interrogado, frotándose la frente para que á ella acudiesen las ideas, contestaba:

—Pues claro está: es República porque es República.

—Esto ya lo entiendo—decía el otro:—es República para que mandemos nosotros; pero ¿por qué la llaman federal?

Y el compañero, haciendo alarde de ingenio, decía:

—¿Quién es nuestro jefe?

—Don Federico Rubio, el gran republicano—le contestaba el otro.

—¿Y cómo se llama de nombre?

—Mira qué pregunta: D. Federico.

—¿Y no es republicano como nosotros?

—Sí que lo es, y de los buenos.

—Pues entonces nuestra República es la República de don Federico. Y ello lo está diciendo: la República de D. Federico es la República federal: *Federico*, pues *federal*.

Yo no sé si este individuo acabó por mandar papeletas sobre etimologías á la Academia Española; pero algunas andan por el mundo que no son más desatinadas.

*
* *

De este gran partido de oposición, en que había hombres tan ilustres como Castelar, Pi, Figueras y otros muchos, entre los cuales se contaba el venerable marqués de Albaida, algo diré más tarde.

Pero no puedo pasar más adelante sin consignar un recuerdo de este último.

Su oratoria era sencilla y humorística.

Le agradaban los chistes y juegos de palabras, y, siempre que podía, regocijaba á la Cámara con sus ocurrencias.

Por ejemplo, y valga una de ellas:

No podía sufrir que un diputado se declarase independiente; esto de que se llamaran independientes algunos le crispaba los nervios, porque decía que los independientes eran unos egoístas que iban á lo suyo, y que no pensaban en los intereses de los grandes partidos.

Todavía en aquella época se hablaba y se creía en los grandes partidos.

—Sea usted progresista—decía el marqués de Albaida, que lo había sido antes de ser republicano;—sea usted demócrata, sea usted federal—nunca dijo unionista, porque á la Unión li-

beral le tenía ojeriza;—sea usted lo que usted quiera; hasta moderado; pero no diga usted que es independiente, porque en los independientes no creo.

Y hacía en plena Cámara el análisis de la palabra y de los diputados que la tomaban por mote.

—Quite usted al independiente—decía—el *in*, que es la tapadera, y quedará reducido el independiente á ser un diputado *dependiente*.

¿Dependiente de qué?

De que el poder le halague, de que el Gobierno le dé el turrón, de que el ministro A ó el ministro B coloque á sus hijos ó á sus sobrinos, á los del ex independiente—agregaba,—que á los suyos ya habrá tenido buen cuidado de colocarlos.

Pues en cuanto el *dependiente*, una vez satisfecho por las propinas ministeriales, pierde el *de*, que se le cae al mismo tiempo que se le cae la vergüenza, queda pendiente de la voluntad ministerial, es decir, de la voluntad del amo; que estos independientes lo que buscan es un amo que les dé de comer.

Todo esto lo decía entre las carcajadas de la Cámara.

—Pero hay más, hay más—continuaba el buen marqués.—El *dependiente* se va deshaciendo como el azucarillo en el agua; y como había perdido las anteriores sílabas, pierde otra más, la sílaba *pen*, y queda reducido á lo que constituye su propia naturaleza, el *diente*.

Yo creo que el independiente nunca fué otra cosa que *diente*. Diente que antes pedía algo que mascar, y que al fin masca gracias á su independencia.

Pero el turrón es malo para la dentadura; los dientes se desgastan y al fin pierde el *di*, y al fin queda reducido á ser un *ente*, ente miserable, digno de desprecio, y por eso para mí siempre todo diputado independiente no es, en realidad, más que un *ente*.

A este análisis le tenía el marqués de Albaida gran afición, y se lo he oído en público y en privado muchas veces.

Y como éste tenía otros varios en su repertorio, que aplica-

ba impasible cuando llegaba el caso, sin cuidarse de nadie ni de nada.

*
* *

Pero sigamos nuestra enumeración.

De las fuerzas revolucionarias habían llegado al poder, como en la crónica anterior decía, tres grandes partidos.

El progresista.

El de la Unión liberal.

Y los demócratas.

De los primeros algo dije como primer esbozo.

Vamos á los últimos, á los demócratas.

¿Eran un partido?

Por las ideas, sí.

Era el partido de más ideas. Traían sus hombres el programa de la revolución de Septiembre; las líneas generales de la Constitución del 69; todos los gérmenes de libertad que se han desarrollado por manera más ó menos perfecta, ó con mayores ó menores imperfecciones, desde aquella época hasta el momento presente.

Los demócratas en aquellos tiempos eran sospechosos, por lo avanzado de sus ideas y por lo revolucionario de su credo, hasta para los mismos progresistas.

Hoy todo el mundo se llama demócrata, aunque más adelante estableceré algunas diferencias entre la democracia de hoy y la de entonces.

Diferencias doctrinales, entiéndase bien.

De modo que el grupo ó el partido democrático era un gran partido por las ideas.

Era también un gran partido por los hombres: estaba Rivero, el gran Rivero; estaba Martos, el gran demócrata y el prodigioso orador; estaba Gabriel Rodríguez, estaba Moret, estaba Romero Girón, estaba Becerra, estaba Sanromá, estaban muchos krausistas, estaba Paco Canalejas, de inteligencia poderosa, de palabra formidable, aunque por azares del período electoral no formó parte de aquellas Cortes Constituyentes.

Como dicto rápidamente y de memoria, claro es que no puedo irlos enumerando todos.

En suma, era un Estado Mayor; pero hay que reconocer que si el partido democrático tenía ideas y tenía jefes que formaban un espléndido grupo, no tenía ejército. El ejército se lo habían llevado los federales.

El ejército se lo prestaron más tarde los progresistas. Quiero decir, el ejército del partido, los soldados rasos de la democracia. Se lo prestaron para formar al fin el partido radical; se lo prestaron por la atracción de las ideas; más que por la atracción, por la imposición de las ideas.

Una gran parte de los antiguos progresistas, con Zorrilla y con Figuerola, vinieron á fundirse, al fin y al cabo, con los jefes de la democracia monárquica y con algunos demócratas de provincias.

Queda el tercer partido, el de Unión liberal. Este partido era una gran fuerza, no por las ideas científicas, que de ellas no hacían alarde sus prohombres, aunque tenía hombres de mucha ciencia y de mucho mérito; pero no era ésta su nota característica.

La Unión liberal trajo á la revolución el ejército, trajo al ilustre duque de la Torre y á multitud de generales de gran valía; trajo hombres de administración, de aquella administración que se había formado en los cinco años, de otra multitud de personas, algunas de origen progresista, con valor propio y grandes prestigios. No citaré más que tres: Lorenzana, el formidable periodista; Ayala y Núñez de Arce: dos grandes poetas y dos glorias literarias.

Pero como fuerzas políticas, sólo dos: el ejército y los generales.

Por ellos la revolución triunfó de hecho y rápidamente.

Las ideas siempre triunfan cuando son ideas de progreso.

La masa popular siempre triunfa.

Pero á la larga; para un momento dado, para una victoria

rápida, para la lucha material, sin el ejército no hay revolución triunfante.

Ya tome parte activa, ya permanezca neutral, como algunas veces en Francia.

De modo que, en síntesis, podemos decir que trajeron á la revolución de Septiembre:

La democracia, las ideas y un Estado Mayor intelectual.

Los progresistas, la masa popular, la tradición de la libertad y el general Prim.

La Unión liberal, el ejército; los generales, entre ellos y á la cabeza el simpático duque de la Torre, y otro gran elemento, la confianza de las fuerzas conservadoras del país, que á decir verdad no confiaban mucho, ni en los demócratas ni en los progresistas.

*
* *

Fuerzas y elementos poderosísimos traían, pues, los partidos revolucionarios.

Tal exuberancia de vida y de energía, que aun después de divididos, para constituir una situación de gobierno y otra de oposición, la oposición y el gobierno resultaban formidables.

En el gobierno, ó si se quiere en el poder, estaban unionistas, progresistas y demócratas agrupados por el lazo de la revolución, y constituyendo una coalición ó una concentración, ó désele el nombre que se quiera.

Representaban los progresistas, como hemos dicho, la tradición liberal de casi un siglo, con sus glorias y sus martirios, sus caídas y sus triunfos, rica en sacrificios y en sangre vertida, toda una historia; estaba el ejército y casi todos sus generales, y la gran fuerza administrativa de la Unión liberal, que también es una historia, ó forma parte de ella: lazo de la revolución con los elementos conservadores; estaba, por último, la democracia con los ideales y el porvenir.

Qué más puede pedirse: el pasado, el presente y el porvenir.

Claro es que todas estas fuerzas y elementos no formaban todavía una masa compacta: el hecho revolucionario, el ins-

tinto de vida, y gran número de ideas de las que flotaban en la atmósfera y en que todos los partidos respiraban, hacía de los partidos revolucionarios algo más que una coalición; pero no ha de olvidarse que al principio había luchas intestinas, desconfianzas mutuas, antiguos odios tal vez.

Todo esto fué poco á poco desapareciendo entre rozamientos y conflictos transitorios, hasta llegar á la constitución definitiva de grandes partidos.

Por el pronto, el gobierno representaba siempre los tres elementos. Siempre había ministros demócratas; yo fuí el primero con Becerra; mejor dicho, Becerra y yo fuimos los primeros que entramos en representación de la democracia; Prim, Zorrilla, Sagasta y Figuerola representaron en diferentes períodos al partido progresista. Topete, por ejemplo, representó durante mucho tiempo á la Unión liberal.

De suerte que eran, como he dicho antes, gobiernos mixtos, en que no siempre dominaba una unidad absoluta.

Sin embargo, en el primer año hubo un objetivo; que cuando muchas fuerzas políticas tienen un objetivo, y el objetivo es grande y trascendental, hasta que se realiza, se conserva la unidad. El objetivo era formar una Constitución, la que llegó á ser del 69.

Una Constitución que expresase el máximo de libertad y progreso de aquella época.

Una Constitución que fuese algo así como una legalidad común de todos los partidos de España.

Que como legalidad común la aceptasen, no sólo los progresistas, los demócratas y los unionistas, sino los mismos republicanos federales, y hasta los tradicionalistas, y hasta los alfonsinos.

Una Constitución tan amplia, tan elástica, por decirlo así, que en sí misma llevara la fórmula y la posibilidad de su propia reforma, por lo cual todos los partidos y todas las parcialidades podían lógicamente aceptarla sin hacer traición á sus principios.

La aceptaban como terreno neutral y porque era reformable, y la aceptaban con el propósito de reformarla pacíficamente, empleando los mismos medios que la Constitución les daba.

La palabra es la que acabamos de escribir: *pacíficamente*. Era una Constitución que pretendía cerrar la era de los pronunciamientos y de las revoluciones.

Idea noble y generosa, para la cual todos trabajaban de buena fe.

Y que al fin realizaron aquellas Cortes como mejor pudieron, creando la Constitución del 69, que yo no he de juzgar, pero que hoy, aun los mismos que la combatieron, la respetan como página histórica de las que hacen honor á un pueblo.

*
* *

¿Cuáles eran las ideas dominantes?

Porque para juzgar de una época, no hay que atender sólo á las luchas de los hombres, á sus intereses ó á sus pasiones, sino á las ideas directoras.

Sí; yo he creído siempre y creo que las ideas son las que se imponen y dominan cuando son claras y fuertes, y se apoderan de las conciencias después de haberse apoderado de los cerebros, concluyendo por dominar tras luchas más ó menos largas las mismas voluntades.

¡Ah! Cuando las ideas faltan, cuando son vagas y confusas, cuando por su vaguedad y su confusión pueden interpretarse de muchos modos, entonces la política no tiene rumbo fijo y las pasiones pueden imponerse.

Y de esto citaré ejemplos más adelante, ejemplos nobles de hombres ilustres; citaré uno solo por el momento, sin hacer otra cosa que citarlo: cuando Rivero se sometió á la jefatura de D. Manuel Ruiz Zorrilla. Y no es que uno y otro no estuvieran dotados de altas cualidades políticas; es que Rivero representaba el programa democrático, y sin embargo, acató como

jefe al jefe progresista, porque altas razones de política aconsejaban este sacrificio del amor propio.

Entre las ambiciones nobles y legítimas de uno y otro, el interés supremo de la idea, consultando á la realidad del momento, decidió lo que ambos aceptaron. El demócrata, aceptando la jefatura del progresista; el progresista, aceptando el credo democrático.

Pero yo voy alterando las fechas, voy mezclando los acontecimientos; no soy yo quien va recogiendo recuerdos; son los recuerdos los que me llevan á mí tras su enredada maraña y su caprichosa resurrección.

Voy dictando lo que me va ocurriendo, y así sale todo revuelto y confuso.

Volvamos á recoger el hilo.

Todavía no era yo ministro; era director de Obras públicas.

Zorrilla traía gran espíritu reformista, su actividad pasmosa, su energía de carácter, su deseo de hacer muchas cosas, y todas muy *liberales*.

Porque cada época tiene su palabra propia.

Los progresistas eran aficionados á la palabra «libertad». Los decretos, las leyes, todo había de ser muy liberal.

Liberal había de ser todo ciudadano.

Un honrado liberal era el hombre más simpático de la creación.

Hoy se ha cambiado la palabra: hoy es preciso ser demócrata, muy demócrata.

Tanto, que los que entonces lo eran se encuentran algo distanciados.

En aquellos tiempos, para las personas de orden los demócratas éramos por lo menos sospechosos.

Hoy la palabra demócrata es ya de uso universal; sólo que á veces se insinúa un adjetivo á su lado, y resulta el demócrata socialista, y á veces el socialista á secas.

Porque en esto de los nombres hay también sus modas.

En mi tiempo, muchos moderados decían, hablando con un

hombre de la revolución: «Pero si yo soy más demócrata que usted».

Y muchos proteccionistas nos decían: «Pero si yo soy más librecambista que usted pueda serlo».

Era la moda ser librecambista y demócrata.

Hoy la moda está del lado del socialismo; todo el que pretende alardear de ideas avanzadas, dice con profunda convicción: «Pero si yo soy socialista; si soy más socialista que usted».

Pero, dejémonos de palabras, y vamos al fondo de las cosas.

Claro es que la política no es la aplicación inmediata de ninguna ciencia abstracta, ni de ninguna filosofía determinada, ni de ningún sistema social preconcebido, como la Industria no es tampoco la Física Matemática, ni las altas teorías de la Química en acción.

Las ideas no encarnan directamente, flotan en la atmósfera como las nubes; pero es necesario que se condensen en lluvia, que abandonen las regiones elevadas, que batan contra la costra sólida del globo, que impregnen los terrenos, que formen manantiales y fuentes y que corran por los ríos, y desde ellos, por canales, á los terrenos de cultivo.

Otro tanto hacen las Ciencias Morales y Políticas antes de encarnar en la realidad, antes de impregnar la masa social y de tomar forma tangible en los partidos y en los gobiernos.

Pero si con las ciencias no se gobierna directamente, mal andan los gobernantes si no tienen ideales y en ellos no se inspiran.

Partidos, situaciones, gobiernos sin ideas, vagan al azar, viven en pleno empirismo, y mueren, no de muerte natural, sino por accidentes inesperados.

Y entonces sí que, como en cuerpo que se descompone, imperan y dominan los hombres, y en ellos sus pasiones y sus intereses.

Podrá decirse lo que se quiera de la revolución de Septiem-

bre: yo aquí no la discuto; podrá juzgarse con espíritu benévolo ó con espíritu hostil á la democracia de aquella época; pero lo que no puede negarse es que trajo ideas, y que estas ideas estaban sujetas á principios y estaban encerradas en una gran unidad.

¿Cuáles eran estas ideas, estos principios y esta unidad?

Reuniendo mis recuerdos, y si otros recuerdos no se me cruzan en el camino, procurando coordinarlos, los expondré en el próximo artículo; pero conste que no respondo de cumplir esta palabra, porque cuando de nuevo me ponga á dictar, yo no sé por dónde irá mi imaginación, ni qué nuevos caprichos de la memoria me marcarán rumbo, y al volver la vista atrás, qué viejos horizontes de lo pasado aclararán sus nieblas ante mis ojos.

JOSÉ ECHEGARAY

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

III

BALZAC

Lo que va á leerse acaso acaso no parezca muy nuevo; pero válgame la aserción de uno de los biógrafos de Balzac, Gabriel Ferry, el cual aseguraba, ha pocos años, que la mayoría del público francés apenas si conoce de Balzac dos ó tres libros y el sonido del nombre, siendo, por lo tanto, permitido creer que los lectores españoles aun conocerán menos.

Honorato de Balzac nació en Tours el año de 1799, de familia ni muy aristocrática ni opulenta; su padre era reflexivo, su madre imaginativa y activa—combinación que se refleja en el temperamento del hijo.—No fué Balzac un niño prodigioso como Víctor Hugo; al contrario: en el colegio—aturdido por una especie de congestión de ideas, ahito de lecturas furtivas, mal acomodadas aún en su memoriación,—parecía un sonámbulo. La familia no le creía capaz de nada extraordinario, y si se le escapaba al muchacho una frase, su madre exclamaba riendo: «Ni tú mismo sabes lo que acabas de decir».

Cuando la familia se trasladó á París, contaba quince años Balzac. El futuro autor de *La Comedia humana* tuvo ocasión de atender á las lecciones de Villemain, Guizot y Cousin, que le entusiasmaron. Los padres de Balzac sufrieron quebrantos en su fortuna; se recogieron al campo, y quisieron que entrase en el estudio de un notario su hijo; éste se negó y se quedó en París, en la clásica buhardilla bohemia del literato novel. Allí empezó el ejercicio violento de la voluntad de Balzac. Casi en la

miseria, sufriendo hambre, escribía á su hermana Laura, su confidente, que desde un principio tuvo fe en su aptitud: «Voy á pedirle á Su Santidad la primer hornacina de mártir que quede vacante». Compuso una tragedia, la leyó á varios amigos, y el fallo fué que debía dedicarse á cualquier cosa—excepto á las letras.—No se desalentó: tenía resortes de acero, y falta le hacían, pues á nadie se le regateó tanto el triunfo, ó, mejor dicho, se le negó hasta última hora. Otros escritores—Chateaubriand, Víctor Hugo, por ejemplo—fueron célebres desde su revelación. Balzac recorrió una senda de abrojos, escribió con ansia, unas veces por el arte y otras *pro pane lucrando*, y se negó resueltamente á reconocer la paternidad de varios libros que no parecen suyos, aunque lo sean.

Los tanteos y desorientaciones de Balzac se explican. No había nacido ni para poeta lírico ó dramático, ni para novelista romántico, que fué otra forma de poesía (recuérdense *Pablo y Virginia, Atala, Valeria, Graziella*), sino para novelista épico, género que no existía aún; y era esta vocación, mal definida, que no acertaba á concretar, la que le infundía ardiente admiración por la novela histórica amañada é insincera de Walter Scott, haciéndole escribir á Laura: «Te recomiendo que leas *Kenilworth*: es la cosa más hermosa del mundo». Pensando así de Walter Scott, Balzac calificaba sus primeros ensayos de *porquerías*, y sólo echaba tales abortos al mercado á fin de poder comer.

Entretanto, su instinto le guiaba confusamente á frecuentar algunos salones literarios, entre ellos el de Sofía Gay, donde entonces se hacía á todo trapo *filhelenismo*. Para satisfacer estas aficiones de observador, el menesteroso Balzac tenía que valerse de trazas parecidas á las que en alguna de sus novelas reseña. Allí se granjeó el entonces desconocido escritor esos primeros amigos literarios, que al llegar la hora de la victoria suelen convertirse en enemigos; y allí sufrió torturas de amor propio por cuestiones de indumentaria y posición, semejantes á las de su héroe Rubempré. Lamartine describió,

á lo vivo, en esa etapa, el aspecto de Balzac, con frac corto de mangas y camisa gorda y mal hecha. Cuando un provinciano en este equipaje se cae bailando, la risa de las mujeres corea su desgracia. Martirizado en la vanidad, tan próxima á la sensibilidad profunda, Balzac vió con lucidez la terrible energía de dos factores sociales á que los novelistas anteriores (excepto el abate Prévost) no habían solido otorgar toda su importancia: el dinero y las exterioridades del lujo. Sus estudios, en este respecto, son definitivos.

La imperiosa necesidad de dinero fué causa de que pensase, en mal hora, en negociar. La literatura tardaba en producir, y el padre hablaba otra vez de protocolos. También este episodio de su vivir aparece con sorprendente vigor reflejado en sus novelas; porque Balzac, el novelista épico, puso en la obra tanto de sí mismo como el más lírico—sólo que lo puso por modo impersonal, tomándose por ejemplar de un estado y una época.—La biografía de Balzac, que no encierra acontecimientos dramáticos *por fuera*, está, sin embargo, llena de intensas emociones, exageradas por una sensibilidad fogosa; dramas interiores proyectados después en los vidrios de la mágica linterna que se llama la *comedia humana*, mediante ese dón de generalizar lo particular, propio de los grandes creadores. Por eso no cabe prescindir de la biografía de Balzac, clave de su producción novelesca. Las angustias del vencimiento de pagarés, las torturas morales de la quiebra, los terrores de la ruina de *César Birotteau*, los padeció Balzac.

Decíamos que acometió diversas especulaciones, metiéndose en empresas editoriales, en negocios de imprenta y fundición, que no sólo le salieron mal de remate, sino que le atollaron en deudas. Era Balzac delicado y probo; quiso pagar y se impuso una labor hercúlea, de buey uncido al arado día y noche. A veces sentía impulsos de arrojarse al Sena, y no lo hacía por no defraudar á sus acreedores. Tuvo temporadas de no salir á la calle por no gastar ropa. «Vivo—solía decir—como liebre corrida.» Para trabajar más, comía á las cinco, se acos-

taba á las seis, dormía hasta media noche y á esa hora se levantaba, y entre silencio y quietud escribía catorce ó diez y seis no interrumpidas horas.

Esta labor antinatural, necesariamente malsana, es otra circunstancia que conviene no olvidar para explicarse las imperfecciones de la obra de Balzac, sus excesos y sus defectos. No es criatura nacida normalmente, sino extraída con el forceps, cuyas huellas se señalan en las carnes. Intoxicado de café, braceando en un mar de tinta, anhelando para llegar al número de cuartillas exigido por el editor, trazó Balzac (que no tenía la producción fácil) muchas páginas maravillosas, plantó en pie ejemplares típicos de humanidad; pero la genial fundición trae escorias y rebarbas, como el modelado traía desproporciones y descuidos.

Fué curioso que donde Balzac puso la mano para pretender negociar con desdicha, viniese después otro especulador y se enriqueciese. Una de las empresas de Balzac merece contarse porque revela el poderío de su imaginación y la increíble fuerza de su voluntad. El episodio parece de novela y es auténtico —pero ¿quién ignora que la realidad en sus combinaciones es más novelesca que la ficción?—Era, pues, Balzac muy aficionado á la lectura de Tácito, y en Tácito había visto que en la isla de Cerdeña existían minas de plata, explotadas por los romanos en otro tiempo. Se le incrustó la noticia en el magín, y hallándose en Génova en 1837, tuvo ocasión de hablar de este asunto con cierto industrial, al cual dijo que siendo imperfectos los sistemas romanos de explotación, debían de quedar en las abandonadas minas abundantes residuos de mineral. El genovés convino y quedó en enviar á Balzac á París muestras de los residuos: si el negocio prometía lo explotarían á medias. Pasó tiempo y nada enviaba el socio; pero Balzac, que no cesaba de soñar en sus ideales minas de Cerdeña, empeñó alhajas, pidió prestado y juntó fondos para el viaje. Cinco días en el *cupé* de una diligencia, alimentándose con leche por ahorrar; travesía molestísima de Tolon á Ajaccio; espera en Ajac-

cio de la chalupa de un pescador de coral, que gasta otros cinco días en trasladarle de Córcega á Cerdeña, con la incomodidad y suciedad que se presume; al llegar á Cerdeña, cuarentena por causa del cólera, teniendo por lazareto la misma chalupa, aguantando las rachas á vista del puerto; desembarco al cabo de otros cinco días, en medio de una horda, en un país entonces bárbaro é inhospitalario; expedición á lomos de un mal rocín á través de montes y breñas, vadeando ríos con el agua á la cintura, en busca del distrito de Argentara, donde estaba el tesoro: tal fué la tremenda odisea de Balzac. Y cuando rendido, pero no exánime, llega al distrito de tan significativo nombre,—encuentra que aquel negociante de Génova á quien se había confiado estaba explotando la mina por cuenta propia: en las escorias y plomos había plata por valor de un millón de francos.—Con tal motivo, Balzac escribía á uno de sus amigos: «He estado en Cerdeña y no me he muerto: he encontrado el millón que soñaba... pero en manos de otro, desde tres días antes de llegar yo. He sentido como un desvanecimiento... y cuento acabado.»

Así la posesión del cerebro analítico más observador de la amarga realidad es compatible con el candor, con esa instintiva y temible confianza en nuestros semejantes, el mayor peligro en la vida de relación humana. *Acuérdate de desconfiar*, había dicho otro gran novelista; Balzac lo olvidó — y le costó recibir lección tan dura. — Rastros de la aventura de Cerdeña y de las demás empresas de su autor encontramos en la obra. La novela que empezó á dar á Balzac algún renombre, la original *Piel de zapa*, traduce ese mismo fantástico sueño de oro, que llenó la existencia de un hombre por otra parte desinteresado y desprendido hasta lo sumo. En una sociedad donde aparentemente se luchaba por idealismos políticos y religiosos, Balzac adivinó la verdadera fuerza que movía los resortes, la cuestión económica imponiéndose á todas las demás. Este problema Balzac nos lo ha hecho tocar con la mano, ver con los ojos de la cara. Su vida entera es un comentario de esa

ley: comparadla á la de Lamennais, turbada por los problemas de la conciencia; á la de Jorge Sand, agitada por los de la pasión; á la de Víctor Hugo, devorada por el ansia de popularidad y renombre; en Balzac sólo hay (aparte de un romántico amor tardío, que también se vió cohibido y malogrado por el maldito dinero) lo económico, que le atormenta doblemente, por lo mismo que no es Balzac un vulgar codicioso, sino un poeta que aspira al oro, porque el oro, como dijo Bécquer, sirve para hacer poesía. Hombre de su época, y siendo su época la del refinamiento y exaltación del goce por la riqueza, Balzac quería ser rico para realizar sueños hermosos. El estudio de la fuerza implacable del dinero ha dictado las páginas tan conmovedoras de *Eugenia Grandet*, las desgarradoras de *Papá Goriot*, las escritas con vitriolo de *La prima Bette*, las fantásticas de *La piel de zapa*. Será inútil que Zola escriba más adelante una novela toscamente titulada *El dinero*, pretendiendo agotar la materia: sólo conseguirá demostrar que el recargo de notas es una cosa, y otra la lucidez para sorprender y captar el alma de una tesis. Lo que podríamos llamar *la piedad y el terror económico*, nadie los ha sentido ni los ha hecho sentir como Balzac.

El cual, á pesar de todo, jamás hubiese sido rico, porque era caprichoso y fastuoso — aspecto de su personalidad que también resalta en sus libros.—Una de las cosas que en mayores apuros le pusieron fué la adquisición de cierta casa de campo cerca de París, llamada *Les Jardies*, adonde van ahora en piadosa peregrinación los admiradores de Balzac, y que yo he visitado. La casa era mezquina, en declive, sin arbolado la finca—pero Balzac se enamoró de tan desagradable oasis.—Por poseerlo volvió á entramparse cuando estaba ya casi desahogado, y se pasaba de claro en claro las noches trabajando para los editores como un negro. La manía de Balzac era reunir en tan mezquina residencia las mejores joyas artísticas, lo más exquisito en mobiliario y decoración. Nos dice León Gozlan que los proyectos de Balzac para *Les Jardies* eran infinitos,

y que sobre la pared de cada aposento había escrito con carbón las riquezas de que pensaba dotarla; y durante muchos años pudo leerse sobre la paciente superficie del estuco: «Revestimiento de mármol de Paros... Techo pintado por Delacroix... Tapicería de Aubusson... Pavimento de mosaico de maderas preciosas...» Nunca pasó este programa de la fantasía á la realidad; pero Balzac, tan moderno en todo, lo fué también en esta necesidad del interior rico y poético — anhelo que no vió satisfecho sino á las puertas de la muerte.

La *Comedia humana* no merecería su título profundo, si en ella no palpitase la otra fuerza elemental de la vida: el amor, ó (si la palabra parece timbrada de romanticismo) el instinto de reproducción y sus consecuencias pasionales y sentimentales. Y, en efecto: así como lo encontramos en la biografía de Balzac, lo encontraremos en su obra. La mujer influyó decisivamente en la existencia de Balzac, por lo mismo que aquel hombre grueso, pequeño, de facha ordinaria, era un sentimental, casi un platónico, y necesitaba á la mujer para la comunicación espiritual principalmente. Sus amistades, sus afectos, entre mujeres los eligió. [Sin hablar de su madre, — su hermana, la duquesa de Abrantes, la duquesa de Castries, Jorge Sand, la Carraud, madama de Berny, la condesa Hauska, — fueron modelos de esa serie de mujeres encantadoras y tan sentidas y verdaderas que desfilan por los cristales de la *Comedia humana*. Madama de Berny es la heroína de *La azucena en el valle* (1); *Camila Maupin* es Jorge Sand; la *Duquesa de Langeais* es la duquesa de Castries — una coqueta que desesperó á Balzac; — Madama Carraud es el tipo de la *mujer incomprendi-*

(1) En España ha sabido traducirse *le lys dans la vallée* por *el lirio en el valle*; pero *lys* es *azucena*, á no ser que sea propiamente *lys*, la flor que figura en las armas de los Borbones, y que en la Naturaleza es roja, á pesar de la frase usual «las blancas lises» que parece indicar confusión con la azucena. Existe una flor blanca, muy fragante, llamada en castellano *lirio del valle* ó *combalaria*; pero Balzac, en francés, la hubiese llamado *muguet*, que es su nombre.

da, tipo que es á la vez una conquista propia de Balzac y una nota característica del romanticismo: el *Quijote* de este tipo específico lo escribió Flaubert en *Madama Bovary*. Acaso ningún novelista superará á Balzac en el sentido y percepción del eterno femenino, perspicacia no incompatible con la ilusión realmente cándida y delicada que demostró en materias amorosas. El autor de la *Fisiología del matrimonio* y de los *Cuentos de burlas ó gorja*, fué muy rendido y finísimo amante, como lo demuestra en la historia de sus largas relaciones con la condesa Hauska, aristócrata rusa, con puntos y ribetes intelectuales, admiradora de Balzac, al cual, en los principios de su amistad apasionada, inspiró la idea de la novela místico-espiritista *Serafita*. Bien puede asegurarse que esta pasión sincera y constante, y contraída en la madurez, no favoreció al atareado y siempre ahogado autor de la *Comedia humana*. Acaso excitó su imaginación de artista, pero contribuyó poderosamente á destruir su organismo, ya tan gastado, por las emociones del orden moral que le produjo. Las frecuentes, interminables ausencias, los celos continuos de perder un bien tan estimado, la esperanza de asegurarlo, el dolor de ver correr años sin conseguirlo, debieron de contribuir á causar á Balzac el padecimiento cardíaco que le llevó al sepulcro. Diez y siete años perseveró en un sentimiento sólo interrumpido por la muerte, y en el cual había todas las ternuras de la amistad y todo el fuego del amor. He leído en algún biógrafo que la condesa no pagaba ni estimaba en su valor el apego absoluto é incondicional, extremoso, de Balzac. La observación me ha parecido inocente: sería verdadero milagro que no sucediese así. Todavía puede considerarse feliz al novelista si sólo tropezó con un egoísmo casi inconsciente, y no con algo peor y más cruel.

No existe, entre las novelas que Balzac pudo escribir (con los elementos autobiográficos y los caracteres de autorretrato que se encuentran, por ejemplo, en *Albert Savarus*), ninguna tan triste, amarga y hecha para sancionar el concepto

más pesimista, como la vida íntima del propio escritor. Causa una impresión de fatiga, desaliento y piedad infinita considerar la eterna, febril, gigantesca labor de Balzac, su aspiración exaltada á ganar el desahogo y el reposo para los últimos días de la existencia, y con el reposo un hogar y la dulce compañía de una mujer intensamente idolatrada; pensar que quien así combatía y se afanaba sin tregua era el genial autor de tanto estudio maestro, de tanto perfecto análisis; y ver que, al poner la mano sobre el fantasma de su dicha, iba el fantasma á deshacerse en niebla de cementerio. En Marzo de 1850, hecho un cadáver, se unió por fin Balzac á la condesa Hauska; en Agosto falleció.—Se representó en su destino el dramático asunto de *La piel de zapa*: al cumplirse el deseo, se acorta y encoge la tela del vivir, y con la última y suprema aspiración, desaparece...

Cuando apenas quedaba de la piel de zapa un retacillo imperceptible, Balzac lanzó á la obra de toda su existencia esa ojeada lúcida con que en la postrimería se contempla el pasado en su conjunto; y suplicante, lívido, humedecidas ya las sienes por el sudor de la agonía,—pidió al médico que le asegurase seis meses, seis semanas, seis días para retocar la *Comedia humana*, eliminar las páginas inferiores, sobrantes, acentuar las hermosas y superiores. Dícese que el médico movió la cabeza y que este movimiento fué el tiro que remató á Balzac. Sea verdad ó no, la insensata súplica de Balzac pátentiza que en el grave momento comprendió dos cosas: que su labor está llena de imperfecciones, que es recargada, excesiva como una pagoda asiática—y que, con todo eso, su labor es su gloria, y que los demás afanes que le torturaron—posición política, sillón no obtenido en la Academia, antigüedades preciosas, riqueza,—eran apariencias, ilusiones, engaños; que él era novelista, creador de un género y descubridor de un mundo—y que por eso y sólo por eso, al caer sobre la almohada su cabeza inerte, empezaba su victoria.

EMILIA PARDO BAZÁN

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

ISABEL DE BORBÓN

De ninguna de las damas reales del tiempo de Felipe IV quisiéramos tener con más gusto un buen retrato que de su primera mujer, la hermana de Enrique IV y de María de Médicis. Un noble carácter de reina, llena de dotes y virtudes de gobierno, las cuales, por cierto, sólo se apreciaron después y poco tiempo, elevándola sobre todas las demás reales damas de aquella época (1).

Isabel era dos años mayor que su esposo, al cual fué entregada en 1615; pero su vida matrimonial no empezó hasta algunos años después. Las delicadas cualidades que mostraba la joven reina despertaron en la juventud pasiones románticas; después, en los últimos tiempos, como regente mereció el respeto de la Nación. Conocemos por las Memorias de Madame d'Aulnoy el ensueño aventurero que la consagró el ingenioso conde de Villamediana, célebre por sus versos satíricos. En un carrousel apareció con un traje en que llevaba sujetos unos realitos de plata, con la divisa *Mis amores son reales*; provocó

(1)

La más bella,
la más pura, más fragante
flor, la flor de lis, la reina
de las flores.

CALDERÓN, *Casa con dos puertas*, I.

en su propio palacio un incendio para sacar á la reina en sus brazos. Esta locura le costó la vida. Ya el orador mantuano decía de la princesa á los diez y ocho años, que era de gran espíritu (*d'alti spiriti*) (1), y Bossuet, en la oración fúnebre á la muerte de su hermana María Teresa, la pinta como «la mejor reina y la más llorada que hubo en el trono español». Olivares, que tenía su influjo sobre el rey, tuvo con ella al principio cierta «competencia de amor y celos», arrebatándola no sólo el influjo político, sino también el corazón de su esposo, cuya sensualidad distrajo en cómodas aventuras de alcoba. Su desgracia, en la cual tuvo el rey parte, fué la pérdida de sus hijas, cuatro hermanas muertas hacia 1629. Don Gaspar la dió á su deformada esposa por camarera mayor; fué su carcelera y á la vez agente secreto de su esposo. Veinte años soportó con la mayor paciencia y dominio de sí misma las indiscreciones (*indiscretezza*) de la condesa. Esta hostilidad ejerció tal impresión sobre sus movimientos y espontaneidad, que pronto llegó á ser objeto de compasión general. Era menos libre que la última de sus doncellas. Sus sentimientos de francesa fueron brutalmente heridos (2). Y, sin embargo, se interesaba mucho en la suerte de su país, viendo con amargura que podía aconsejar al rey mejor que sus ministros.

Sólo hay en Madrid un retrato de Isabel, y según parece, sigue en España; de él hablaremos con ocasión de los retratos ecuestres. Otros muchos están diseminados por el extranjero.

(1) Despachos BONATTI de 17 Abril 1621. Archiv. de Mantua.

(2) Una reina puesta en suma estrechez y con ninguna libertad, y que apenas le pueda hablar un religioso. NOVOA, Doc. inéd., 65, 113. Su confesor, un dominico, la consoló en cierta ocasión de una mala nueva con estas palabras: «Che non sene pigliasse fastidio, perche non ostante tutti questi successi, il Ré di Spagna non estimava quel di Francia con tutti i Francesi quanto un paio di scarpe vecchie». La reina calló; el sacerdote volviése á una de sus damas: «Che le pare non ho io detto bene?»— «Padre mio, no, perche S. M. della Regina è sorella del Ré di Francia.»— «Oh, é vero, ed certo che io non me n'ero ricordato. Bacio á V. S. le mani, a le prego dal signor ogni contento!»

Si bien de diferente valor, manifiestan todos cierta uniformidad, que parece incluirlos bajo una misma filiación. Todo lo más quedan del retrato ecuestre dos ejemplares, que después de detenido examen, no vacilo en colocar entre las obras originales. Son más dignos de confianza que aquella restauración muy posterior de una obra extranjera; como quiera que se encuentran en poder de particulares, son poco conocidos y apenas se habla de ellos. El uno, de cuerpo entero, vestida de negro, propiedad de Mr. Hulh, procede de la galería española del Louvre (núm. 249, £ 300), ostenta un anillo en el dedo meñique de la mano izquierda y tiene un abanico blanco cerrado. Un tierno rostro claro; muy poco española es la viva y bondadosa mirada de sus brillantes ojos negros, con cierta chispa de travesura. El otro, un busto, procede de la colección del general Meade y es propiedad de Richard Ford; el vestido es amarillo con flores oscuras.

El que entienda de retratos no desconocerá en estos cuadros el trabajo naturalista, aunque no se echa de ver tan pronto como en otros la mano de Velázquez. Pero no es la única vez que esto sucede en sus primeras obras. Además, el retrato de una mujer y de una reina pide un procedimiento especial: no conocemos ningún otro retrato de mujer en estos primeros diez años de Velázquez en la corte. Se ha dicho que Velázquez despachaba las manos bosquejándolas ligeramente. ¿Cómo tuvo paciencia para trabajar tan acabadamente estas suaves y blancas manos de mujer? Pero igual sucede en los ya referidos retratos de Felipe y su ministro. El cuello blanco, de piedra de molino, sin almidón, encuéntrase exactamente en el retrato ecuestre. El vestido negro realza la esbeltez del talle.

Hay otros cuadros de estudio que en parte fueron destinados para regalo de los amigos de la corte. Pertenecen á la serie de retratos insignificantes que llevan el nombre de Velázquez.

Cuando la duquesa de Chevreuse pidió un retrato para su hermana de Inglaterra, la reina manifestó que no le gustaba

que la retratasen (1). Esta circunstancia quizás explique la monotonía y falta de vida de tales retratos. ¿Acaso el pintor repitió de mala gana su tarea? ¿Pero de qué proviene esta aversión? La manera de concebir de los pintores españoles de cámara difiere considerablemente del gusto de los franceses.

La gran figura de Hamptoncourt fué llevada á Inglaterra con el rey (2). Allí aparece ante una gran columnada; un perro ladra mirándola. Las manos no son dignas de ella. Parecido á éste es un lienzo descubierto recientemente en la Galería de Viena, en que la figura llega hasta la rodilla, que según documentos auténticos, fué mandado por Velázquez con el del rey como presente de la corte á Viena. En este ejemplar, la fisonomía es poco más ó menos de la misma edad; la expresión es seria y triste, quizá de aburrimiento. Ostenta un vestido bordado de plata, con corpiño color perdiz, más bien de tono madera oscuro; por debajo se acampana cubriendo los pies; collar de perlas con muchos cordones. Más claro y rico parece en cambio el traje de su parienta de nombre y estirpe Isabel de Valois, la tercera esposa de Felipe II. ¿Tuvieron acaso las gracias más franco acceso en el *cuarto de la reina* del severo déspota que en esta otra corte llena de vida?

Sabido es que Rubens en Madrid hizo en 1628 un retrato de la reina. Está muy vulgarizado por las copias; el original, probablemente en la Galería de Viena (873). En él tiene un pañuelo y un abanico. El doble collar llega hasta la cintura; en el rubí, con cuatro esquinas engarzadas en oro, tiene suje-

(1) Decía que no se dejaba retratar de buena gana. *Memorial Histórico*, XIV, 275 (1637).

(2) I shall the king and Queener pictures for the Queenes, escribe sir A. HOPTON en 26 Julio 1638; SAINSBURY, Rubens 353. En 29 Octubre 1651 fué comprado bajo el Convencion realth. «The now Queen of Spain at length». El retrato del rey por £ 40. MRS. JAMESSON le llama «a very intelligent face, with an expression of consideration and decision». Companion to the private galleries of art in London. L. 1844, p. 307. Hamptoncourt Nr. 90, 99 × 58. STIRLING poseyó una miniatura; un grabado de ésta aparece sobre la portada de la biografía de Velázquez.

ta una gran perla. Pero aquel rostro resplandeciente, rebosante de salud, propio de Juno, de sociable animación, de ojos embriagadores y fuerte barbilla afilada y retraída, es una adaptación de sus facciones al conocido tipo de Rubens, en el cual apenas se reconoce á la hija de Enrique IV; una de sus más osadas fantasías fisonómicas.

OLIVARES

Simultáneamente á la instalación de Velázquez en Madrid aparece el nombre del ministro sin cuyo favor no se hubiera concebido su puesto en la corte y al lado del monarca. Allí trabajó casi únicamente para el rey, y el ministro vigilaba y proveía personalmente todo lo concerniente al artista y á su hogar, hasta lo referente á la indumentaria; así, veremos la mano del favorito en todos los importantes acontecimientos de la historia de su carrera artística. Se conocen pocos detalles de sus relaciones particulares.

El toscano Aberardo de Medici llama á Velázquez en el año 1629 su favorito (1). Puede creerse que el artista vió en aquel hombre, juzgado por los demás sólo desfavorablemente, un protector y amigo fiel y celoso, y que D. Gaspar apreció en su joven paisano no sólo el genial pintor que había de inmortalizar su figura, no sólo el consejero de buen gusto de sus proyectos, sino también al hombre honrado.

Extremado tanto en el favor como en el odio, con frecuencia hizo por sus amigos más de lo que ellos mismos esperaban (2). ¿Cómo había de olvidar el pintor tampoco aquellos terribles y decisivos momentos en que con motivo de sus instancias en la corte el conde separó á todos los favoritos con una

(1) Carta al arzobispo de Pisa, 22 Septiembre 1629. Medic. Archiv.

(2) Se s'applica a favorire, fa piu di quello che si pretende. MOCCENIGO.

palabra? Su agradecimiento había de manifestarse algún día con muestras inequívocas.

D. Gaspar Guzmán nació en Roma en 1587; era el segundo hijo del conde Enrique, embajador ante Sixto V, virrey de Sicilia y Nápoles y *alcaide* del Alcázar de Sevilla. Su madre era una Fonseca (condesa Monterey). El abuelo, D. Pedro, primer conde de Olivares (1), fué uno de los generales de Carlos V. «Nació en Roma—dice Khevenhiller,—pero Andalucía es su segunda patria y fué criado en la corte de España; de aquí que *natura patria et educatione* fuera bastante extraviada y pésima» (2). D. Gaspar fué destinado á la Iglesia; había sido al principio lector en Salamanca; recibió después la encomienda de la Orden de Calatrava, por muerte de su hermano mayor. Heredero entonces del mayorazgo, cambió la «toga de la escuela» por la capa y la espada, casóse con su prima la vieja, jorobada y odiosa hija del virrey del Perú, Inés de Zúñiga (1607), y fué á Sevilla para estar más cerca de su *bien*. Allí vivió largos años completamente entregado á sus inclinaciones de temperamento y educación. El Alcázar de Don Pedro el Cruel era un centro de sabios y poetas; tenía él allí reputación de fastuoso, pródigo y caballeresco. El duque de Lerma le llevó á Madrid en 1615 y le dió al príncipe como *gentilhombre de cámara*. En lo sucesivo trató de sacarle de todo aprieto, tanto en los buenos como en los malos asuntos.

Lentamente ganóse su confianza. Cuando murió Felipe III vió llegada su hora (3). Al principio fué director del rey en sus pasatiempos. Su tío Gaspar de Zúñiga cuidaba de los negocios. Trató con fortuna de sembrar la discordia entre el rey y la reina. Después dió rápidamente el paso de *privado puro* á *privado aguado*, como dice Alarcón en *Los pechos pri-*

(1) Su retrato de Pourbus en Wien: un hombre de poderosas y expresivas facciones, mirada severa y dominante, continente altivo.

(2) KHEVENHILLER: *Annales Fer*, IX, 1255 (1621).

(3) Debió decir entonces á su antecesor Uceda: *A esta hora todo es mio.—¿Todo?—Todo, sin faltar nada.*

vilegiados (1). Felipe le hizo duque de San Lúcar; de aquí el nombre de conde-duque. Había llegado á la *mitad del camino de su vida* sin haber conocido los negocios de Estado. Asombraba en Madrid el saber que el más alegre caballero de la corte empezaba á ocuparse en política. «Olivares—escribe el mantuano Bonutti en 5 de Julio de 1621—es más poderoso que nunca.» Los acostumbrados regalos de la época de Lerma fueron severamente prohibidos; nadie sospechó que sus manos no jugasen limpio (2), pero en cambio depuso las corteses maneras de aquél sustituyéndolas con la conducta más altanera, brusca (*scabrosità*) y descortés (*maloriató*) hasta con las personas importantes, cosa nunca vista en aquel puesto, hasta llegar á ser en estos primeros años objeto del «odio general» y hacer que se pidiera su alejamiento de la corte. ¡Quién había de sospechar que su dominación se prolongara aún veintidós años! Ningún ministro atrajo sobre sí tal número de epigramas; «todos anhelaban su muerte»; hasta se llegó á desear la del rey (deseo que él mismo hubo de leer) para desembarazarse del ministro. Desde el fallecimiento de Zúñiga (Octubre 1622) no tuvo rivales. Ya en la primavera de aquel año se apoderó de la real *estampilla*, por lo cual la regia antecámara quedó vacía. Como en cierta ocasión sólo aparecieran dos memoriales y el rey manifestase su asombro, el ayuda de cámara condújole á una ventana y desde allí mostróle el enjambre que se agitaba á la puerta del despacho de Olivares. Para dar al joven monarca una abrumadora impresión de la baraúnda de los asuntos de gobierno, se presentaba ante él á menudo cargado de legajos, con un montón de memoriales metidos en un gran sombrero de fieltro (ri de papelli) y rebosando consultas

(1) El uno trata con el rey sólo las *cosas de gusto*, el *mezzano de'gusti*:

—que es del peso del gobierno
un lustroso ganapán.

(2) Il quale é però *neto di mani*, et non piglia dachi si sia. 19 Noviembre 1623. Despachos ARTI Farnes. Archiv.

por pecho y cintura; cuando salía en coche llevaba consigo libros y mapas con registros. Llamábanle por esto *el espantajo de los reyes*. Realmente anduvo celoso en poner al corriente los asuntos atrasados. Renunció á los placeres; su mesa era frugal, su ajuar sencillo; trabajaba día y noche, tanto que su resistencia causaba asombro; levantábase una hora antes que el sol. Con frecuencia recibía las embajadas en la cama, cuando se acostaba para descansar de los negocios ó por estar indispuesto. Felipe no podía hacer nada sin él. La primera salida matinal de D. Gaspar era para ir á ver al rey; le solía encontrar acostado, y allí le leía, arrodillado, la orden del día; luego volvía después de comer y antes de la hora de acostarse. Para distraer al coronado joven (por el cual mostraba una idealista veneración) de las tareas del gobierno con la elaboración de planes, nadie estaba tan convenientemente preparado como el antiguo bachiller de Salamanca, el cual en su espionosa vida ministerial mantuvo vivas relaciones con hombres de ingenio como Quevedo y Góngora. Gran número de obras estaban dedicadas á él, como la *Circe*, de Lope, ó la continuación de los *Anales de Zurita* el Petronio, de 1629, por Argensola. Llevó su gran biblioteca á la habitación que ocupaba debajo del cuarto del rey, en el ala occidental de palacio; á su caída fué transportada en cien grandes cajones. Los únicos regalos que se arriesgaban á hacerle eran cuadros y obras de arte (1). Los grandes cuadros decorativos de Rubens en su capilla de Loeches, ahora en Grosvenor House, eran regalo del rey.

Estos fueron los comienzos de aquel hombre de estado, del que se dijo que quitó á la monarquía más países que un conquistador; de aquel rival de Richelieu, al cual envidiaba y temía, tratando en vano de lograr su caída,—de aquel favorito

(1) Crederei poi, per quanto io giudico; che non riuscisse difficile l'accertare il gusto del conte duca, col donargli alguna pittura isquisita, que egli n'é assai vago, et é di natura che ama le blandizie. G. B. RONCHI al duque de Módena, 15 Septiembre 1930.

que dominaba á su rey, «no como un ministro, sino como un director ilimitado de todos los negocios de Estado» (Correr), uno de aquellos hombres que el destino como el genio del mal envía á las naciones decadentes.

Los retratos que de él pintó Velázquez, al principio y al fin de su carrera, pertenecen á las primeras cabezas de carácter de la pintura de este género.

Tal carácter era en alto grado laberíntico; su viva y penetrante inteligencia, su valor y su celo son indiscutibles. En él tomó figura el instinto de dominación universal de la España de Carlos V. Estas aspiraciones son, en hombres del temperamento de Olivares, inseparables de sus ambiciones personales. Sin embargo, él creía indudablemente trabajar sólo por su rey, al cual, anticipándose á los triunfos que pensaba proporcionarle, le obligó á llamarse *el Grande*. Sobre esto, dice Baltasar Gracián: Muchos han merecido el sobrenombre de grandes, que corresponde á César y Alejandro; pero en balde, porque sin realidades la palabra es sólo un *poco de aire*.

Donde se producía cualquier querrela, se apresuraba á intervenir; el completo agotamiento del tesoro del Reino á consecuencia de la decadencia del comercio y la industria, le tuvo sin cuidado. Es verdad que no poseía temperamento político, y su desgracia fué no haber tenido aprendizaje de gobierno cuando llegó al timón del Estado. Su inteligencia era insondable y rara; la sátira le llamaba *borracho*; ciego para toda reforma, carecía de tacto para la elección de sus consejeros. Cuando comenzaba una empresa no medía sus dificultades, perdiendo el aplomo ante el fracaso, en el cual, en la medida de lo posible, no quería creer una vez pasado. A veces lloraba y el mismo rey tenía que consolarle. Esto sin perjuicio de la ciega y cándida terquedad con que se internaba por una falsa ruta á despecho de los más siniestros augurios. Poseía una elocuencia original, teñida del color de la época, tan pronto sarcástica como fanática, y que no carecía de interés; gustaba de hacerse oír, pero la impetuosidad de sus desbordamientos in-

dicaba unos nervios sobreexcitados. ¿De qué le servían su desconfianza en los hombres, su maquiavélica indiferencia en la elección de los medios, si sus pasiones le delataban? Una palabra bastábale para colmar de injurias y amenazas á los príncipes, naciones y ministros delante de sus enviados. Era sensible y serio; no sólo devoto, sino melancólico y supersticioso. Hablaba del mundo y de sus grandezas como un capuchino, y tenía en su cuarto un féretro, en el cual solía introducirse á losacentos de un *De profundis*. Envidio, decía, la suerte del último *barrendero*. Se cree ver en su carácter su educación eclesiástica; hay algo clerical en su tendencia á los procedimientos tortuosos y á la intriga, en su ardiente despotismo y deseo de venganza, en sus prolijas predicaciones. Mostraba horror á la efusión de sangre. Al cabo hubiera tenido éxito si su política hubiera sido conducida según el espíritu de la época. Pero chocó con el irresistible movimiento de retroceso de España, de su efímero poderío mundial hacia sus límites naturales de la Edad Media.

En el Museo de Madrid se encuentra sólo un retrato del Conde Duque, del maestro, que pertenece á la última época de su vida. Pero ¿es posible que en el curso de veintidós años sólo una vez le retratase? Además del propio modelo algo vanidoso, ¿no obtuvieron los príncipes extranjeros ningún retrato del temible favorito? Asimismo es de suponer que á su caída desaparecieran. ¿Quién hubiera querido ver ya á su lado aquella siniestra cabeza? Y en efecto, en el extranjero hay además innumerables cuadros de estudio de aquella época y copias, también algunos originales incontrovertibles, así como un grabado en cobre de un original extraviado de Velázquez.

Dichos cuadros y grabados podemos dividirlos en dos grupos. El uno, poco numeroso, le representan en la mitad de los treinta á los cuarenta años, y son del primer estilo del maestro. Una magnífica cabeza de rasgos pronunciados; pero no vulgares, detrás de los cuales más se adivina un *Condottiere* de la guerra de treinta años, que el intrigante orador y es-

critor de la alta política é intendente de los *menus plaisirs* de S. M.

Así pudiera representarse á su glorioso antepasado, Guzmán (1) el Bueno, cuyos rasgos reviven quizás en este pacífico descendiente suyo. «Es de presencia distinguida y parece un emperador romano», dice Khevenhiller. Todavía se encuentran en él huellas de la descripción de Voiture: «bien portado caballero, el más galante de la corte y el mejor jinete de toda España».

En todo el apogeo de su poder le presenta el retrato de Dorchester House, probablemente de la colección Altamira, que heredó el Duque de San Lúcar. Es el más importante del primer estilo, y la falta de conocimiento de éste ha hecho que se ponga en duda su autenticidad (2). Los detalles de la figura y cabeza perspicazmente observados y expresados con finura, la exactitud con que el ministro y el pintor se compenetraron para presentar el conjunto de actitud, traje é insignias hacen de la figura un compendio de la biografía, pintado cual lo haría en sus memorias un embajador veneciano.

Esta excelente obra parece pintada para hacer pareja con el retrato del rey (V. 153); quizás estaban los dos destinados al Conde; por esto se sacó una copia del favorito para S. M. Esta copia casi exacta de la pareja (si la relación no está invertida) se encuentra asimismo en Inglaterra, en posesión de Mr. Huth. Falta la cortina roja en el rincón y el anillo en la mano derecha (3).

Sobre el fondo gris claro está el político bastante vuelto á la izquierda, completamente de negro y con la penetrante mi-

(1) Nombre del antiguo alemán Guotman, Cuodman, Godman.

(2) En la subasta de la Col. Hugh Baillie en 1858 alcanzó 598 £ 10 s., en la de Mr. Charles Scarisbrisks (Mayo 1861) sólo 262 £ 10 s. 85 cm. alto por 51 cm. ancho. Curtis, núm. 171. Exhibition of Old Masters, 1887. En el extremo de abajo, á la izquierda, está *El Conde Duque*.

(3) Este cuadro pasó de una colección de Madrid á la galería española de Luis Felipe, y fué comprado por Henry Farrar en 1865, por 325 £ 10 s. La figura tiene el mismo tamaño, pero el lienzo es más pequeño.

rada de lado, dirigida al espectador. Sobre la alta frente, con sus pronunciadas protuberancias (especialmente la del centro), descansa la peluca. Nariz inclinada, labio superior vuelto y algo saliente, barbilla pronunciada (en armonía con el alto y poderoso occipucio) y perilla cuadrada, ancha y recortada. Los ojos, algo cansados, son serios, en carácter con la amplia y larga capa que pende elegantemente sobre el hombro izquierdo, dejando la figura casi completamente libre. La poderosa mano derecha descansa sobre la mesa, cubierta con tapete de terciopelo rojo; ostenta la insignia de *caballerizo mayor*. Este destino influyente, que desempeñó en otro tiempo Ruy Gómez y Lerma, era la llave de la voluntad del monarca. Parece estar dispuesto á obedecer á una señal de éste, pero igualmente parece decir: *todo es mío*. La mano izquierda, robusta y poderosa, descansa sobre el puño de la espada, oculto por la capa. También la espada queda invisible, pero se percibe en la silueta de la capa, la cual levanta por detrás. De la cintura pende la llave de gentilhomme; la banda con hojas de oro cruza el pecho; en el jubón y en la capa está cosida la cruz de Alcántara. Sobre la mesa, el sombrero con presilla de piedras preciosas y el bastón de mando.

El dibujo, amplio, es seguro y fácil; los rasgos, de fino empaste, anchos y fundidos; el modelado, obtenido por medio de sombras desvanecidas; el tono, gris claro con toques amarillos.

El retrato es realmente un expresivo *pendant* del de Felipe, el juvenil, ignaro y amable mozo, consagrado sólo á los deportes, á las comedias y á las damas, y el viejo zorro, experto en toda clase de aventuras. El aplauso que halló lo demuestran las copias aún existentes (1).

(1) Una copia procedente de la colección del rey Guillermo de Holanda se halla ahora en la de Ermitage (núm. 921). Fué hecha más tarde, pero sobre nuestro retrato; la fisonomía fué transformada á medida del tiempo. En el gesto de cortesía, un tanto bizco; en los dobleces de los guantes, y en la revuelta caída del tapete, así como en el tono, se revela la mano de un ayudante.

Más antiguo, pues falta la peluca, es el original del magnífico grabado de Pablo Pontius antes de su viaje á España, el cual trazó la orla emblemática (1). El boceto se encontró recientemente en la Hamilton-Galerie, y ahora en Amberes. En la primera reproducción llega la barba sólo hasta la *goli-lla*. Los cabellos son claros, y faltan encima de la frente. Viste armadura con banda carmesí. El dibujo ha sido fielmente conservado por Pontius. Pero en el resplandor del rostro y en la viveza de la mirada se reconoce la escuela de Rubens. Según reza la inscripción latina, el homenaje es á la vez al profundo, serio y honrado político y al ingenioso orador (2).

Sobre el zócalo que ostenta los dísticos de Gaspar Gerartius, y en cuyos lados están sentados dos muchachos con alas, con los emblemas de Minerva y Hércules, se eleva la basa con el escudo, y encima el retrato con un sencillo marco elíptico, orlado de perlas y de ramas de palmera, antorchas y trompetas. Encima, un grupo simbólico representando los ideales que aquella *frons* serena ocultaba; el globo terráqueo, coronado de alada guirnalda de laurel, y encima el lucero de la tarde encerrado en una serpiente que se muerde la cola, es emblema de los dominios españoles, en donde no se ponía el sol. Esta dominación universal era, según Olivares, la garantía de la paz del mundo (3).

Olivares era cargado de espaldas; y si hemos de dar crédi-

(1) Ex Archetypo Velázquez.—PP. Rubenius ornavit et delineavit.—Paul Pontius Sculp.

(2) Elucet voltu Probitas, frontique serenae Pondus adesti; mixta stat gravitate Lepor, etc.

(3) Esta hoja fué grabada en tamaño pequeño por CORNELIUS GALLE en aquel año, sin los ángeles y sólo con los emblemas. Asimismo está copiado de Pontius el grabado de MATTHAUS MERIAN que adornó la edición de Francfort dedicada al ministro. Después del año 1626 esta edición (Extrema editio ex musoeo D. Josephi Gonzali de Salas) fué hecha por el grabado de Pontius antes del viaje de Rubens á Madrid (1628). Después aparece con otro peinado, como en el de P. de Jode, donde está lo mismo, pero ya tiene peluca. Sustenta en la mano izquierda un despacho.

to al grabado de Pedro Perret que acompaña á una descripción de Constantinopla, dedicada al ministro de Felipe IV, su figura no correspondía en modo alguno á la descripción de Voiture (1). Los atavíos de que le cubre el pintor disimulan aquel defecto (2).

La barroca y enigmática figura del palacio del DUQUE DE VILLAHERMOSA en Madrid, involuntaria caricatura que se dice representa al joven Olivares, no es de Velázquez (3). Por el contrario, el retrato, que se encuentra también allá, del viejo DON DIEGO CORRAL, con severa y senil mirada y larga capa blanca, recuerda al de Olivares en Holford.

*
* *

A los primeros retratos que Velázquez hizo en Madrid pertenece asimismo el de CARLOS STUARDO, Príncipe de Gales, el cual, en el año en que el pintor se trasladó á Madrid, emprendió aquel romántico viaje de novio. El Príncipe le vió brevemente, por primera vez, antes de su partida; hizo el pintor sólo un boceto, que el Príncipe pagó con cien escudos; también debió de dar al artista «pruebas especiales de afecto». Este boceto no aparece mencionado en ningún inventario; hace algunos años un inglés levantó cierto revuelo con su pretendido hallazgo.

Para la Corte española, la estancia del Príncipe, que estaba dotado de facultades artísticas y conocía el arte, no dejó de tener consecuencias; su entusiasmo por la pintura, especialmente por la veneciana, quizá fortaleció el interés del joven monarca hacia los cuadros de pintores españoles.

Cuando vió en el palacio del Pardo el célebre cuadro de

(1) *Extremos y grandezas de Constantinopla*, compuesto por RABI MOYSEN ALMOSUINO HEBREO. Traducido por Jacob Causius. Madrid, 1638. Figura una Quimera. «Cor meum, vigilat.»

(2) CURTIS, núm. 173.

(3) El color me da que pensar. 1.^a edic., II, 81. Beruete, que la reproduce en una lámina, la tiene por auténtica.

Antiope de Ticiano la *Venus del Pardo*, con su magnífico paisaje habló con tanto elogio, que el rey, dada la proverbial cortesía española, creyó un deber regalárselo. Mandó, por decreto de 11 de Junio, al marqués de Flores-Dávila, entregar dicho cuadro á Balthasar Gerbier, pintor del almirante de Inglaterra, «porque había oído ser de gusto del Príncipe» (1). El marqués no transmitió, sin embargo, la orden al conserje del Pardo, Carlos Balduin, hasta tres semanas después (1.º de Julio). Este cuadro era altamente estimado; cuando Felipe III recibió la noticia del incendio del palacio, en el cual se perdieron los mejores retratos, especialmente la galería de Felipe II, su primer cuidado fué para este Ticiano; dijo al saber su salvación: «Basta, que lo demás se volverá á hacer» (2).

Según el catálogo de la colección Carlos I de Bathoe, trajo también á España: una muchacha con pelliza, la cual pasó á la colección Rozert, y de ésta á la Ermitage; Juan Bautista, mostrando la cruz de caña, y el retrato de Carlos V con el perro irlandés. Este le compró después el embajador español, de su herencia. Pero, según Carducho, todavía el rey le hizo presente de varios cuadros de Ticiano, de asuntos mitológicos; del «Jardín del Emperador»; el pintor real vió las dos Dianas en el baño, la Danae y la Europa, «con algunos otros» ya empaquetados (*encajados*) (3).

El Príncipe partió, sin llevárselos, sin duda por haber ya resuelto renunciar al matrimonio. Sin embargo, seis años después sir Francis Cottington trató de deshacerse de ellos.

Estos regalos y compras fueron los comienzos de lo que

(1) Su Magestad me manda que será bien se entregue luego á Balthasar Gervier, pintor del almirante de Inglaterra, la pintura de la *Venus* que está en esta casa, de la cual había entendido tenía gusto el Príncipe de Gales, etc.—VILLAAMIL.

(2) CARDUCHO: *Loco citato*, 351. Palabra real que recuerda á la frase del cónsul Mummius.

(3) I will inquire for thos pictures of sue conde de Benavente; & indever to geth allzo thos of Titians wch I left in ye Palace ye ist time. COTTINGTON an Endymion Porter. 2 Nov. 1629. SAINSBURY, Rubens, 293.

llegó á ser después la primer colección europea de Ticiano. Cinco años más tarde fué adquirida la galería Gonzaga, de Mantua.

Cuando no podía hacerse con los originales, mandaba copiarlos á Miguel Cross en el palacio de Madrid y en el Escorial, y al miniaturista Pedro Oliver, pensionados por él para este objeto. Cuando el conde Harrach visitó el alcázar en compañía de Carreño, encontró en él un pintor que le surtió abundantemente; adquirió de él cuatro Guidos y dos pequeños Correggios (1).

PINTORES DE LA CORTE, ITALIANOS

En estos años pintó Velázquez su primer cuadro de historia: un episodio de los últimos acontecimientos. El cuadro, que es único en su aspecto alegórico, se ha perdido. Pero las circunstancias que rodean su origen arrojan grandes luces sobre los detalles y corrientes de aquel mundo de artistas y la representación de Velázquez en él. Podía considerarse feliz por el honroso cargo que le había tocado en suerte, pero pisaba un terreno que en los éxitos, aparentes ó reales, le habían de recordar, por sus efectos, que estaba en la corte. Un escritor de entonces afirma que había en Madrid tantos brillantes talentos, y tan osados pintores, que bastaban para una ciudad, y aun para un reino. La ponderación del mérito de los vivos y de los muertos era el tema predilecto de los círculos más escogidos; los pocos que conseguían sobresalir estaban expuestos á la más severa crítica. Velázquez no se libró de juicios algo mortificantes.

A la cabeza del vulgo de pintores madrileños figuraban los restos de la colonia artística del Escorial, que, bajo el anterior monarca, aparecía numerosa en la decoración del palacio del

(1) *Diario*, 4 Marzo 1675.

Pardo. Había tres italianos que disfrutaban el codiciado, aunque no espléndidamente retribuido, título de *pintores del rey*. Velázquez halló, en 1623, como colegas, además de González, á los dos italianos Vicencio Carducho y Eugenio Caxes. Carducho había nacido en Florencia, pero vino á España en su primera juventud, con su hermano mayor Bartolomé. El otro era hijo de un aretino, pero nació en Madrid el año 1577. A la muerte de González llegó un tercero (1615), Angelo Nardi, educado en Italia. Velázquez, pues, tenía al lado suyo tres artistas de origen toscano, hombres que, si bien uno de ellos no había visto Italia, sentían á la italiana, estaban estrechamente unidos, é hicieron muchos trabajos juntos, persuadidos del nativo genio de su nación. Nadie podía ponerse al lado suyo en ciencia, destreza y fecundidad. Sus trabajos en los más ricos y principales sagrarios, en el de Toledo, Guadalupe y en muchas fundaciones de ricos prelados, dan testimonio de su prestigio. Eran también escritores, en parte de obras originales, en parte de traducciones de importantes libros italianos para el mejoramiento de la educación artística de entonces. Con su nativa flexibilidad, se adaptaron, como tenía que hacer todo el que quisiera mantenerse allí, á la manera española. En sus cuadros no se echa de ver al pronto un italiano. Si bien después Carducho llamó á los tiempos del Escorial la época «en que se introdujo en España los verdaderos conocimientos y la estimación del arte», y aunque dos de ellos tuvieron estrecho parentesco con el pintor de Felipe II, su estilo no tuvo nada de común con los maestros del Escorial, Pellegrino Tibaldi, Zuccari y Cambiari. No pudieron sustraerse á los cambios de la época, á pesar de que consideraron la actualidad como decadencia. Los cuadros de Vicente Carducho tienen poca analogía con los de su hermano Bartolommeo; guardan con ellos una relación parecida á la que ofrecen los de Cristóforo Allori con los de su padre Alejandro. Ni el fuerte sentimiento del estilo de aquellos manieristas alabados por él, con sus formas ideales y contrapuestas, ni la sabiduría y poder de

su dibujo, ni su claro, fresco y chisporroteante color se encontrará en ellos. Pero sí se les ve ceder al gusto español y sujetarse en ocasiones al individualismo popular, al detalle de objetos secundarios, al colorido, tan pronto fantástico como real, y á los efectos de luz, con lo cual *ellos* creían rebajarse.

El padre de EUGENIO CAXESI fué aquel Patricio contratado por el embajador español Requesens, en Roma; cerca de Rómulo Cincinnato por encargo de Felipe II (1567), el traductor de los *Cinco órdenes*, de Vignolas (1593). La madre de Eugenio fué una española, Casilda de Fuentes, hija de Juan Manzano, carpintero del Escorial. En sus cuadros se advierten grandes masas de luz y de sombra, con olvido del tono medio y del color local, tipos nacionales y una sombría *grandeza*. Por sus cuadros de la Pasión en la iglesia de Alcalá, se le pudiera incluir entre los *tenebrosi*. Su Madona es una castellana de negras cejas y pequeños ojos negros (Museo del Prado, 698). En Madrid, en la iglesia de San Antonio de los Portugueses, se ven aún su Santa Isabel y Engracia, dos figuras claustrales severas, pero arrogantes, con su leyenda ingeniosamente esbozada en el fondo. Su Agamenon (perdido) del salón nuevo de Palacio, fué tasado en mil ducados (de los cuales no recibió ninguno) (1). En un cuadro histórico de la época se acerca á Velázquez, con el cual quiso rivalizar.

El florentino ANGELO NARDI se había formado con los venecianos en los principios de la Academia de Bolonia; aportó á la escuela un rasgo de actualidad (2). Una idea de sus facultades da el ciclo de cuadros en la iglesia edificada por Juan Bautista Montenegro: las Bernardas de Alcalá, que ejecutó para su fundador, el cardenal arzobispo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas († 1618), y que, según la inscripción, fué terminado en 1621. Su obra halló tal aplauso, que pronto

(1) Junta de obras y bosques. Acta de 28 Febrero de 1631 (Simancas).

(2) Según el Memorial de 4 de Enero de 1831, hacía ya quince años que trabajaba en España para el Palacio Real (ibíd.); por tanto, debió llegar sobre el año 1615.

recibió otros encargos semejantes, y aun más importantes, del alto clero.

En Alcalá pintó siete grandes cuadros de altar, y dos para los muros laterales de la capilla mayor. En ellos se ve un artista que se había apropiado todos los procedimientos de los italianos, según la fórmula de Caracci. El sabio dibujo de la escuela romana, mezclado con los efectos pictóricos de los italianos del Norte, el fuerte claro-oscuro y los fríos escorzos de Tintoreto, la magnificencia en el color y los ropajes de Paolo. Su juvenil y hermoso San Sebastián, su poderoso Pedro crucificado, sobresalen entre muchas otras obras de la misma manera. Innovación en la inventiva, viveza de la narración, fuerte movimiento (el caballo que salta, varias veces repetido), dan interés á estos cuadros. Sobre todo se sirvió con fortuna del claro-oscuro para marcar los planos y echar adelante ó atrás las figuras principales; cuadros nocturnos y de gloria, en los cuales deja caer una luz bien calculada sobre el grupo principal.

El éxito de estas obras pudo inclinar á Felipe IV á nombrarle pintor de la corte (el día 4 de Junio de 1625); primeramente sin paga, pues quería amortizar en lo futuro el salario de sus pintores y pagarles cada trabajo particularmente. Pero en el año 1631, ¡le debía ya la corte 22.536 reales! Al rey le sirvió de mucho su experiencia para la estimación de los cuadros que le enviaban de Italia.

El tercero y más importante de los «pintores del rey» (1609) fué VICENCIO CARDUCHO, un florentino, cuyo hermano BARTOLOMÉ ayudó al Zuccaro en la cúpula del Domo florentino. Los pocos cuadros que de él han quedado (la Cena y el Descendimiento, en el Museo) son las más puras y concienzudas de todas las de este pintor del Escorial, y ofrecen en su colorido una reminiscencia de Andrea del Sarto.

Vicencio, á quien se llamaba el heredero universal de su arte, tenía toda la constitución de los grandes prácticos italianos: su movimiento y adaptación, su asombrosa constancia en el

trabajo. Sus retratos, en lo que se refiere al número y tamaño, no han sido superados por ningún pintor español. Como era buen maestro, pudo atraer gran número de discípulos para la ejecución de tan vasta obra. De su pericia con la pluma dan hermosa muestra sus escritos sobre la pintura. Se nos presenta allí como hombre serio, con severos principios y alto concepto de la dignidad del arte. Pero le faltaba la gran personalidad que un artista de tales conocimientos debe tener. La expresión es algunas veces enojosa, la acción teatral, los efectos forzados. Su retrato, que posee sir W. Stirling, así como el cobre hecho para su obra, muestran una cabeza alargada, de alta frente, de seriedad casi ascética, fuerte y pesada mano. Sus cuadros, especialmente los primeros (San Francisco, en Valladolid, 1.606; La Predicación del Bautismo, Academia, 1.610), demuestran que había elegido Valladolid como teatro de su pintura. En los cuadros del retablo de Guadalupe tiene fuertes efectos de luz; en la historia de San Juan de Mata (Galería D. Sebastián) presenta en cambio la clara manera de las segundas escuelas florentinas. Sistemáticamente cultivó los asuntos predilectos de la devoción española, los cuales representó á su público de un modo simpático. Estas figuras conventuales de remendadas sotanas, de agitados movimientos y encantadas miradas; aquellas rubias que vagan en un irisado rayo de luz, sus niños-ángeles, algo dulces, y la orgullosa y un tanto amanerada Madona, están pintadas con talento, pero sin la unción que después supo darlas Murillo. Sin embargo, dice sir Willians Stirling, de la Aparición de la Virgen (en la vida de San Bruno), que «pocas castellanas alcanzaron su tierna y soñadora belleza».

Justamente hacia la fecha en que aparece en nuestro relato, emprendió la más importante obra de su vida: las cincuenta y cinco historias de la Cartuja, cuadros al óleo de gran tamaño para el Paular. Fueron salvados en la exclaustación por su traslación al Museo Nacional de Santa Trinidad de Madrid; algunos de los mejores se ven todavía en la galería alta

del *Ministerio de Fomento*. Recibió por tales trabajos seis mil ducados en cuatro años (1624-32). A más de sus dibujos en papel azul con relieve blanco, pintó también esbozos en color. En la Galería Nacional irlandesa de Edimburgo se ve con el nombre de Velázquez el *Sueño del Papa*, un ingenioso cuadro que dice más de él que sus más acabados lienzos. Las ricas tonalidades rojas del primer término con la tienda del pontífice, el paisaje encantador del fondo, todo salpicado de reflejos de plata, forman un conjunto que explica el título del cuadro.

Si se lee el libro de Carducho, se imagina una obra de severo estilo, algo como *Le Sueur*, con el cual no sólo sir W. Stirling, sino los mismos franceses, comparan los cuadros del Paular, dándoles la preferencia. Todo lo contrario. El estilo español no entraba en un cerebro de tal manera teórico como el de Vicencio.

Verdaderamente, la composición demuestra mucho arte: las blancas casullas de los viejos monjes están perfectamente estudiadas. Pero lo más digno de aprobación en estos cuadros es precisamente lo que él condenaba en teoría: la abundancia y riqueza del colorido épico en la parte histórica y episodios, la riqueza escénica de su fantástica arquitectura, amplias y teatrales vistas de castillos, tipos conventuales y campesinos, se sumergen en los ingenuos, soñadores y terribles asuntos de la leyenda de la Cartuja. La condenación de Raymundo es una escena de crueldad cortesana. Carducho, para dejar el estilo conventual español, hizo un viaje á Valencia y estudió las obras de Ribalta, y un segundo viaje á Granada, donde el cartujo Juan Sánchez Cotan († 1627), en otro tiempo del Paular, pintaba estas mismas historias en la santa casa, ante la puerta de Elvira.

LOS DISCURSOS DE CARDUCHO

Estos tres toscanos, rodeados ya de gran prestigio en Madrid, solicitados de todas partes donde se quería obtener cuadros de primer orden, vieron repentinamente al lado suyo á un joven provinciano, honrado con rentas y empleos palatinos, y favorecido como nadie desde los días de Felipe II, podía gloriarse de haberlo sido. Ciertamente que no trató de entrar en su dominio, ni solicitó pintar retablos ni techos de palacio. Pero las heridas de la vanidad son más amargas que los perjuicios económicos. ¿En qué fundaba el recién llegado tan ruidoso éxito? ¿Dónde estaban las pruebas de su nobleza? Retratos, bodegones, asuntos que hacían despertar dudas sobre una verdadera vocación pictórica. Casi no había demostrado poder entablar con ellos una verdadera competencia. Pronto se vieron dos campos uno frente á otro. Vicencio habla de esto varias veces; por último, llevó sus rencores y sus quejas al papel, con ocasión de su libro de asunto de interés general.

Cean Bermúdez llama á los *Diálogos sobre la pintura* (1633) el mejor libro español sobre la pintura (I, 251). Créese allí en ocasiones oír hablar á su Mengs. Está escrito en una prosa clara, viva, libre de estilo culto; presenta sus tesis acompañadas de demostraciones y seguidas de corolarios, y como producción literaria aventaja indudablemente á las de igual especie de sus paisanos. También manifiesta más ingenio que Pacheco, si bien carece de su frescura y abundancia de datos originales. El artista, que habla por su cuenta siempre, no escatima sus elogios al mérito, sea de la especie que fuere, aun cuando se oponga á su modo de pensar; el orgulloso manierista aparece allí completamente encerrado en sus principios, atento en su aplicación y extraño á toda otra manera. Los anales del pasado tienen para él interés como fuente de testimonios sobre los honores que merecieron los verdaderos artistas. La descripción de Italia en labios de un viajero, con que empieza

el libro, está copiada de Vasari; pero el español Pacheco sabía más de Florencia, «la moderna Atenas, el verdadero asilo de nuestro arte», que este florentino, el cual atribuye El campanario de Santa María á Cimabue, el Perseo al Bramante, y cita á Fiesole entre los escultores. Hace admirar á sus viajeros la estatua de Julio II en San Petronio, en Bolonia; llama á la estatua de Lorenzo de Médicis Octaviano (p. 50), y llama al David de su ídolo Miguel Angel, «tan admirable» como el Hércules de Bandinelli.

La causa ocasional del libro fué la siguiente: Los pintores castellanos andaban hacía treinta años cada vez más irritados á causa de un impuesto que en Castilla se había establecido sobre las ventas de cuadros. Esta *alcabala* fué, según la relación de Morosini, elevada hasta un extremo insoportable en tiempo de Felipe II. Gravaba del 8 al 10 por 100 el precio de venta, como la de los huevos y la sal, cobrándose varias veces sobre un solo objeto en el mismo día. Las consecuencias fueron que los Municipios contrataron una indemnización con las autoridades del fisco, la cual reportó al Estado en el año 1581 unos cuatro millones y medio en oro. Los recaudadores del impuesto no cesaban de vejar á los pintores. Primeramente, Domenico Theotocopuli, cuando en 1600 fué llamado á Illescas, puso pleito al *alcabalero*, y obtuvo sentencia favorable del *Consejo de Hacienda* de Madrid. La odiosidad de esta gabela, más que en el daño económico, consistía en el menosprecio de su arte, que ellos tenían por noble, al igualarla con las artes remuneradas ó industria. Artistas que vivían en relación con la grandeza y con la corte, fueron colocados por tal impuesto en violenta situación. Argucias de juristas, erudición histórica, metafísica de las bellas artes, fueron puestas á contribución, así como las mejores plumas de los *Ingenios de la corte*, para sacar esta espina de la carne de los artistas. Poco menos de una tercera parte del libro de Carducho está formada por siete dictámenes en favor de la proposición del pintor al Consejo de Hacienda. Entre ellas figuran nombres

como los de Lope de Vega y Jáuregui. El pleito fué decidido en su favor.

Esta controversia forma el objeto de los *Diálogos*, los cuales son en su mayor parte largas jeremiadas sobre el menosprecio del Arte en España, antiguo tema tratado ya por Francisco de Holanda y puesto en labios de Miguel Angel. Con ella alternan testimonios de su exaltación desde la antigüedad hasta el curioso registro (en el libro VIII) de los Mecenas, aficionados y coleccionistas de la villa de Madrid. La animación del artista, sediento del aplauso, pende de estas contradictorias condiciones. Cree que se trata de una cuestión vital para el Arte. Su progreso y decadencia dependen de la estimación y favor de los monarcas (1). Y uno de sus abogados, el jurista Juan de Butron, decía que en España no faltaban talentos ni estudios, sino estimación, recompensas y favor (2).

Si la cuestión del impuesto fué sólo la causa ocasional de la obra, el fin más trascendental que se propuso su autor fué la polémica sobre el naturalismo. Su odio contra éste nace de su «estimación por la pintura y el temor de su ruina» (3). Hace manifestar su extrañeza al *Discípulo* por el lugar que ocupa en el edificio de la enseñanza esta clase de pintura, «tan viva y natural que á todos asombra y maravilla y que estriba en colocar y tener ante la vista las cosas que se quiere copiar». Esta cuestión proporciona al maestro asunto para una violenta polémica. El interés de la causa guarda, á sus ojos, estrecha solidaridad con la nobleza de la pintura. Pues la dignidad que pide para su arte le corresponde por su carácter intelectual, su

(1) Todas las cosas tienen alientos y desmayos, según son estimadas y favorecidas de los reyes y monarcas (pág. 85).

(2) JUAN DE BUTRON, *Discursos apologéticos*. Madrid, 1628. Esta obra es, de todas las que en España se escribieron sobre pintura, la más estéril, por cierto.

(3) Escribe zeloso de su estimación, temeroso de su ruina. Pág. 19. Analog. Franc. ALBANO EN MALVASIA. Felsina II, 144 (il precipitio, e la total ruina).

«espíritu científico». Su gran (tercera) época, la época de Miguel Ángel y Rafael, fué la época de las reglas científicas, de la *docta pintura*. Buonarrotti fué el maestro de los maestros por su saber; la idea del Papa de llevar sus restos á San Pedro fué un homenaje á la ciencia (1). «¿No son, acaso, nuestras creaciones un asunto de ingenio? ¿No es nuestro trabajo una especulación? ¿No es esto el alma de la pintura, así como lo que forma el cuadro? Y sólo en ello se funda su pretensión á figurar entre las Artes libres». Por lo mismo son los grandes poetas de nuestros días—cita, entre otros, á Calderón, Lope, Camoens, pero ante todo á Góngora—verdaderos pintores (2).

Así, pues, el verdadero artista es un pensador, un dialéctico, que con pluma y pincel «afirma, demuestra, discute y argumenta»; por el contrario, el naturalista es un lector que no piensa nada más que lo que encuentra en el libro. Si sólo se pinta lo que la Naturaleza nos ofrece, ¿qué le queda al espíritu? El Arte sería cosa práctica, manual, de artesano. Aquella «verdad y viveza» que tanto seduce y cautiva al profano, es un producto de la sola *potentia operativa*. Los que para adelantar un cuadro dibujan sin boceto, con lápiz sobre un pedazo de tela pintada, sin retocar su vista del natural hasta media figura, sin saber cómo será la otra media, no son artistas, sino secretarios, como los llamaba un príncipe en Madrid. Estos son los que desacreditan la pintura. Los que pintan al pueblo (habla de los cuadros de género) «perjudican al Arte y no cosechan mucha honra».

¿Se equivocó, pues, el maestro Aristóteles cuando opuso á la actividad teórica del Arte su condición práctica? Carducho no puede negar que entre saber y hacer hay la diferencia de que sólo lo realizado (*el actuado*) se comprende y se alaba. La lógica enseña que el uso de la ciencia no es ciencia. El natura-

(1) Advierte la estimación del saber (pág. 51).

(2) Parece que vence lo que pinta, y que no es posible que ejecute otro pincel lo que dibuja su pluma (pág. 146).

lismo sólo es costumbre y práctica, sin aquel arte que debe ser ejercitado. Por esto excluye el autor este sistema de la pintura.

¿Quién podrá, con verdad, negar que estos cuadros naturalistas están llenos de vida? Pero tal vida no tiene gran valor. La vemos en las obras de los héroes del pasado. Les falta «esa pronta viveza, esa afectuosa verdad exterior». Nuestra época cree equivocadamente estar por cima de las épocas clásicas. Pero todo aquello que se jacta de hacer, imitación del natural, color, viveza, paisaje, frutas, animales, fué tenido por los grandes pintores como frivolidad. La época que busca en tales objetos su grandeza es una época decadente. Miguel Angel y Rafael son las «columnas de Hércules».

«Dibujar y vuelta á dibujar, estudiar y dibujar de nuevo es la tarea del pintor. Bosquejar, borrar, bosquejar otra vez, *nulla dies sine linea*, es el camino de la grandeza. El Arte consiste en la invención y composición, en las buenas formas y proporciones. El dibujo es el fundamento y el todo de la pintura, su rayo de sol vivificante.» Él forma la imagen; el color sólo es un adorno que contribuye al resultado final. Pero su encanto puede perjudicar á la verdad y encubrir muchos errores. La escuela veneciana aspiraba en todo tiempo á la belleza y espontaneidad del colorido, desdeñando el dibujo como si rehuyese el trabajo de pensar. De los pintores venecianos se ha dicho que son grandes coloristas y poco dibujantes, grandes prácticos y malos teóricos.

Bien se ve que el orgullo de los manieristas no tiene idea de aquel afán de contemplación y reproducción de la Naturaleza sensible y sus secretos, del profundo trabajo de exploración por el océano de los encantos de las cosas visibles, hermano gemelo del espíritu científico de investigación.

Ocupado en todo tiempo con su «Máquina», no tuvo espacio para solicitar de la madre Naturaleza sus favores. ¿Qué es para el artista la Naturaleza? Sólo un medio para el fin. «Por eso yo dijera que se ha de estudiar del natural, y no copiar, y así, el usar de él será después de haber raciocinado, especulan-

do lo bueno y lo malo de su propia esencia y de sus accidentes (como dijimos en el docto Pintor) y hecho arte y ciencia de ello, que sólo se sirva de una reminiscencia y despertador de lo olvidado, porque lo que se ha ido de la memoria apela sobre el saber y será acertado tenerlo tal vez delante, no para copiar sólo, sino para atender cuidadoso y que sirva de animar los espíritus de la fantasía, despertando y trayendo á la memoria las ideas dormidas y amortiguadas, por la fragilidad de la potencia memorativa (1).

Sobre los principios expuestos, apoya Carducho sus ataques contra el gusto de su tiempo, sus siniestros vaticinios.

«Ha surgido un falso profeta, cuya aparición ha de considerarse como la señal de la ruina y fin de la pintura (pág. 203 y sigs.). Oí decir á un celoso de nuestra profesión, que así como al fin de este mundo visible, el Anticristo, con falsos y portentosos milagros y prodigiosas acciones se llevará tras de sí á la perdición tan gran número de gentes, movidas de ver sus obras, al parecer tan admirables (aunque ellas en sí engañosas, falsas y sin verdad ni permanencia), diciendo ser el verdadero Cristo; así este Anti-Miguel Angel con su afectada y exterior imitación, admirable modo y viveza, ha podido persuadir á tan grande número de todo género de gente, que aquella es la buena pintura y su modo y doctrina verdadera, que han vuelto la espalda al verdadero modo de eternizarse... Con su nuevo plato, con tal modo y salsa guisado, con tanto sabor, apetito y gusto, que pienso se ha llevado el de todos con tanta *golosina* y *licencia*, que temo en ellos alguna apoplejía en la verdadera doctrina: ¿por qué le siguen glotónicamente el mayor golpe de los pintores, no reparando si el calor de su natural (que es su ingenio) es tan poderoso ó tiene la actividad del otro (Miguel Angel) para poder digerir simple, tan recio, ignoto é incompatible modo como es el obrar sin las prepara-

(1) Reproducimos el texto de Carducho, un tanto mutilado y tergiversado por Justi. (*N. del T.*)

ciones para tal acción? ¿Quién pintó jamás y llegó á hacer tan bien como este monstruo de ingenio y natural, casi hizo sin preceptos, sin doctrina, sin estudio, mas sólo con la fuerza de su genio y con el natural delante, á quien simplemente imitaba con tanta admiración?»

¿Pero cómo sale de su empeño el tal naturalismo cuando aborda los asuntos más elevados?

«Pues veamos también: cuando al simple imitador del natural se le ofrezca pintar una *Resurrección de Lázaro*, ¿cómo sabrá combinar tanta variedad de personas y afectos como para tal caso se juntaron? Dirás que para la persona de CHRISTO nuestro Señor tendrá delante un hombre mozo, el que á él se pareciere más á propósito; otro para la de San Lázaro; un viejo para la de San Pedro; otros para los demás apóstoles; una mujer para la de la Magdalena; otra para la de Marta; con lo cual compondrá su historia, á Dios te la depare buena. Esto me parece que, hallándose uno sin vista y sin olfato entre muchas flores, se pusiese á componer un ramillete, ó como ponerse á hacer una conserva aquel á quien para darle el punto le faltase el sentido del gusto. Pues no de otra suerte sacará una pintura el que sólo fuese imitador del natural; porque si bien retratará aquel hombre para CHRISTO, que parecerá vivo, y las ropas naturales, hasta engañar (porque lo alcanza un cuidadoso uso de imitar lo que tiene delante). ¿Pero dónde ó en quién verá aquella majestad severa, aquellas lágrimas tiernas y respetables, aquel hecho grave lleno de caridad y omnipotencia? ¿Dónde la igualdad de perfectas proporciones? Y en Lázaro, ¿dónde aquella admiración devota, dónde aquel cuerpo deshecho y con el decoro y respeto que se debe á tal acción? ¿Dónde el júbilo envuelto en llanto y agradecimiento de las dos hermanas, activa y contemplativa, el pasmo de los circunstantes, la santa admiración de los apóstoles, la prudente y grave ordenata, la fábrica conveniente, los conceptos de las sombras y luces, la diversidad, adjetivación y concordancia de colores, la diversidad de los hábitos para distribuirlos

con cordura y prudencia sabia, si no ha estudiado estas partes? ¿Cómo, si no las tiene delante, las podrá hacer? Y cuando tenga alguna todo es imposible.

«¿Pues qué si es una Transfiguración, ó alguna otra historia en que haya resplandor, serafines, querubines y las demás jerarquías, con Dios Padre? Aquí cesa su sabiduría, remitiéndolo á campo negro, socorro general y fácil para que salgan las figuras y hagan ruido en la vista, huyendo el cuerpo á la ocasión de la dificultad; porque ¿adónde (como ya he dicho) hallarán resplandores y luces soberanas para poderlas imitar?.....

»Es imposible sin ciencia; y con ella todo esto se halla; porque el docto y perito pintor está adornado de un perfecto conocimiento de las partes hermosas y de las feas, de las buenas y de las malas, y otros no».....
.....
.....

Y ganan honra para la pintura «los artífices que poco han sabido ó poco se han estimado abatiendo el generoso arte á conceptos humildes, como se ven hoy de tantos cuadros de *bodegones* con bajos y vilísimos pensamientos, y otros de *borrachos*, otros de fulleros, tahures y cosas semejantes, sin más ingenio ni más asunto de habérsele antojado al pintor retratar cuatro pícaros descompuestos y dos mujercillas desaliñadas, en mengua del mismo arte y poca reputación del artífice» (p. 253).

«Pero tampoco han de bajarse tanto que al pastor le pinten con los pies desnudos asquerosamente, como algunos han usado (aunque en figura de Jacob), ni á Raquel con sayuelo sucio y remendado, con un mal é indecente tocado, debajo de un techo ahumado, con un gato ó perro á la sombra de un tosco tajo ó banquillo de tres pies, á quien cubre cualquier jarro ó plato, si ya no alguna rueca de la sierra muy descompuesta» (p. 148).

Sólo queda como último reducto los retratos. ¿Y no hay

tampoco aquí otro método que el de la naturaleza ante los ojos? Puede ser esto cierto, pero téngase en cuenta que los retratos constituyen un género inferior. «Los grandes y eminentes pintores no fueron retratadores (p. 127), pues el que lo ha de ser se ha sujetar á la imitación del objeto malo ó bueno, *sin más discurrir ni saber*; lo cual no podrá hacer sin mucha violencia de su Minerva el que tuviere habituado el entendimiento y vista á buenas proporciones y formas». Carducho satiriza el abuso de los retratos, á que entonces se habían entregado los pintores. Como Francisco de Holanda reservaba este arte para los políticos importantes bienhechores de la humanidad y santos. La causa de tal abuso está en el exceso de vanidad. ¡Cuán diferente Ticiano, el cual, habiéndole pedido Felipe II que se retratase, se pintó con el del rey en la mano! «...el cual, hallándose con su humildad indigno, que en el mundo se hiciese caso del, se retrató en este modo que te refiero, diciendo en este modesto lenguaje que el lugar ó estimación que se diese á aquella pintura ó retratos no era al suyo, sino al de Su Majestad» (p. 250).

Se ve, pues, el mismo tono que resuena en la obra de Malvasia. El enemigo es el mismo; sin embargo, el punto de vista es diferente. Carducho estaba alejado de la Academia de los italianos; en su obra no aparece ni uno solo de los nombres que entonces andaban en boga en la escuela de Bolonia. Y ¿cómo pudo en España fomentarse el eclecticismo? Allí donde los héroes faltan es preciso tomarlos prestados. En los *Discursos* de Carducho habla el Manierismo del Cinquecento.

LA EXPULSIÓN DE LOS MORISCOS

Nadie leerá estos apasionados ataques sin pensar que iban dirigidos á determinada persona. Esta tendencia no era la de ninguna escuela determinada de la capital; los naturalistas de Sevilla ni de Nápoles no podían apasionarle de tal modo. Te-

nía forzosamente que presumir que los lectores de Madrid, al hablar de *bodegones*, *borrachos*, retratos, del método sin cartones bosquejado sobre el lienzo, según el natural, habían de pensar en el pintor favorito de la corte, por lo cual debía haber prevenido este juicio con alguna protesta ó reserva si su intención no hubiera sido la de aludir al citado artista. Carducho sólo rompe una vez en sus *Diálogos* (p. 350) el *silentium livoris* con respecto á Velázquez con motivo de la noticia sobre la nueva sala de los espejos del Alcázar, en donde manifestamente cita á los autores de los grandes cuadros sólo para poner al lado de Ticiano, Rubens, etc., el nombre de su amigo Caxes y el suyo (1).

Es verdad que su libro no apareció hasta 1633, pero creo poder deducir de lo que sigue que frases como las anteriormente citadas pudieron ser la causa determinante del concurso de que vamos á dar cuenta.

El pintor Jusepe Martínez, que, como sabemos, era amigo de Velázquez, refiere (2) que se hicieron determinadas manifestaciones al rey con relación á Velázquez. Pero D. Diego había llegado ya á ese grado de favor en que los grandes confían antes que á nadie la delación al delatado.

(1) Sir W. Stirling deduce de esta cita (p. 350) que Carducho habló de Velázquez: «With respect and admiration». Anales, I, 418. Se ha comentado una supuesta alusión á Velázquez en el cap. VI, p. 206, en que Carducho trata del influjo de los defectos corporales, del temperamento, etc., sobre el dibujo. Hela aquí: «Conocí un pintor digno de alabanza y veneración por grande estudiante en la Facultad, cuidadoso en la observancia de los preceptos y riguroso en ellos, y en descuidándose algo se conocía luego la flojedad de su condición y mal proporcionado cuerpo y disposición, lo cual disimulaba cuando advertido obraba. Conocí á otro tan osado como favorecido en la pintura, de quien podíamos decir había nacido pintor, según tenía los pinceles y colores obedientes, obrando más el *furor* natural que los estudios». Pero ¿es posible que Carducho eligiese á aquel tan concienzudo y exacto dibujante de natural temperamento fleumático como ejemplo de un bien dotado é ignorante pintor de bravura, de un impresionista?

(2) JUSEPE MARTÍNEZ: Discursos practicables, ed. V. Carderera, Madrid, 1866. Pág. 117.

«Se le reprocha—dijo Felipe un día—que no sabe pintar más que cabezas». El pintor contestó: «Esos señores me hacen mucho favor; yo en cambio no conozco uno siquiera que sepa pintar una cabeza». Pero no se contentó con esto; por poco que compartiera la opinión de sus compañeros sobre el arte de las cabezas, se creía bastante hombre para tener con ellos un cuerpo á cuerpo en el terreno de la pintura histórica.

Se trató de organizar un torneo de pintores, y quizá fué Velázquez mismo el que propuso al rey esta forma caballeresca de combate.

El rey indicó un asunto de la historia nacional, el cual debían ejecutar en igual tamaño sus cuatro pintores, Carducho, Caxes, Nardí y Velázquez: tres *varas* de alto por cinco de ancho (1). Una comisión debía decidir. Asunto y jurado fueron así elegidos de modo que ningún partido podía quejarse.

El asunto escogido fué la expulsión de los moriscos de Valencia, llevada á cabo bajo el reinado de Felipe III (1609). La política hacía ya largo tiempo que pedía la realización de tal medida, consumada por el fanatismo del arzobispo Ribera de Valencia, en aquel tiempo lumbrera del clero español. Este hecho nefasto fué considerado por los españoles, convencidos de la infalibilidad de la tradicional política eclesiástica, por la más gloriosa hazaña del siglo, fin y remate de la reconquista y heroica acción de un santo rey.

Por el tercero santo, el mar profundo
al Africa pasó (sentencia justa),
despreciando sus bárbaros tesoros
las últimas reliquias de los moros.

LOPE, *Corona trágica*, 1627.

Por cierto que estos «bárbaros tesoros» significaban nada menos que la prosperidad de un reino; pero la expulsión de

(1) Invent. de Pal. de 1686 y 1703. Otro quadro del mismo tamaño (como las sabinas de Rubens), la Expulsión de los Moriscos por el rey D. Felipe tercero, original de mano de Diego de Velázquez.

cien mil laboriosos campesinos fué sólo un eslabón en la cadena de los actos suicidas, con los cuales España aceleró su decadencia política y financiera.

Su Majestad el Azar quiso castigar irónicamente este desprecio á los «bárbaros tesoros», haciendo que llegase al mismo tiempo la noticia del apresamiento por los holandeses de los galeones en las islas Azores.

Tal acontecimiento, compartido en tiempo y en espacio por las más diversas y complicadas causas, sólo podía, como es natural, ser representado por un cuadro alegórico, lo cual caía de lleno dentro de los dominios de la imaginación. Los italianos habían dicho:

«Y si acaso este tal pintor práctico quiso hacer una cosa de su inventiva y caudal, sin tener el natural delante, ni otra cosa, la memoria é imaginativa (con sólo la noticia que tiene de las cosas), dieron materia á las manos para que manifestasen el caudal de su dueño, que como pobre y desnudo descubrió su necesidad y poco saber» (1).

Este era el caso: había muerto Felipe III; los trajes eran otros, el escenario, la costa, lejos. Pero se trataba de un asunto de color local español; había muchos que no conocían ni las personas ni la escena y no podían pintar el cuadro con la máquina de las recetas de un Agamenon de Caxes.

En el cuadro que Velázquez presentó aparece el rey en medio en traje blanco, con armadura; á su izquierda una matrona que representa á España en traje romano, sentada en un trono, á los pies de un edificio; en la mano derecha el escudo y la espada, en la izquierda un haz de espigas (quizá la única figura alegórica que pintó). Felipe III señala con el bastón á la costa. Moros de todas edades y sexos lamentanse al marchar y son escoltados por soldados. Las embarcaciones se ven en el fondo.

Por excepción autorizó el cuadro con su firma, la cual apa-

(1) Diálogos, IV, 127.

rece en el último escalón, en una hoja de pergamino figurada, y dice:

DIDACUS VELAZQUEZ HISPALENSIS.
PHILIP IV. REGIS HISPAN. PICTOR
IPSIUSQUE IUSU, FECIT, ANNO 1627.

Los árbitros elegidos como garantía de imparcialidad fueron un español y un italiano: Maino, el dominico de Toledo, y el italiano Crescenzi, ambos autoridades en la corte.

Gio Battista Crescenzi, proveniente de una noble familia romana, aprendió en otro tiempo la pintura con Roncalli delle Pomarancie; pero después se dedicó á la arquitectura. El joven de hermosa figura ganóse el favor de Paulo V, el cual le hizo *sopraintendente* de sus edificios. Baglione alaba su cortesanía, su desinterés en la elección de los talentos (1). El ministro español en Roma, cardenal Zapata, el cual le conoció por el cardenal Crescenzi, su hermano, le persuadió á que se fuese á España con él. Presentóle á Felipe III, el cual encargóle el Panteón del Escorial. La muerte del rey distrajo la atención de esta obra; pero Crescenzi obtuvo bajo su sucesor la intendencia general de edificios reales, y como presidente de la *Junta de obras y bosques* (1630) emprendió otras muchas obras de arte. Fué hecho marqués de la Torre y caballero de Santiago.

El fallo recaído fué en favor de Velázquez.

Cuando á principio del año 1630 fué dispuesta la nueva Sala de los Espejos, con balcones sobre la puerta principal de la fachada del Alcázar, donde se hallaban reunidas las mejores obras maestras, tuvo allí su sitio la *Expulsión de los moriscos* al lado de Tiziano, Rubens, Felipe II y IV. A su lado estaban también el noble de Velázquez, el Scipio de Carducho y la *Cressida* de Caxes (2). En el inventario de 1686 fué tasa-

(1) G. BAGLIONE: *Le vite de pittori*. Roma, 1642, pág. 364 y sigs.

(2) CARDUCHO: *Diálogos*, 350. El salón grande que se hizo de nuevo.

do el cuadro en 600 doblones. También es citado en la testamentaria de Carlos II, abierta en 1701. Ultimamente lo vió y describió Palomino, 1724 (1). Después desapareció del inventario. La conjetura de que Sebastiane le trasladase á la gran sala del palacio del Rey en el Buen Retiro no merece ninguna fe (2). Se perdió en el incendio de palacio en 1734. Ningún dibujo ni copia han sido hallados. Posible es, sin embargo, que el interesante cuadro de Maino, de que hablaremos después, se haya inspirado en aquél.

A pesar de lo mucho que lucharon Naturalismo y Manierismo, no se volvió á incidir en esta idea de un torneo pictórico.

No se ha hablado en ningún siglo en los círculos de pintores tanto ni tan trágicamente de «grandes batallas» como en el nuestro. Tanto se enardecen los cerebros; como si del reconocimiento de una nueva manera por el jurado de una Exposición no sólo dependiese la salud del arte, sino la moral y el porvenir de la nación, y aun de la humanidad. Hasta hemos tenido una controversia sobre profundísimos principios, que ha podido llegar á ser decidida por las armas. La práctica del arte ha podido ahorrar muchas preocupaciones, palabras y papel. Dejémonos de la humareda de frases, de delirios de persecuciones y de grandezas; dejémonos de la pintura del «porvenir», de la pintura mesiánica, que cada cinco años aparece de nuevo. Hagamos en silencio obras maestras.

Quizá hubieran cambiado las cosas si el proyecto de Carducho de fundar una Academia en Madrid (*Diálogos*, 38) se hubiera realizado. Si bien no se llevó á cabo, sin embargo, la

(1) Museo pictórico, II, 327. Lleva la inscripción: «Philipp. III Hispan. Regi Cathol. Regum Pientissimo, Belgico, Germ. Afric. Pazis, & Justitie Cultori; publice Quietis assertori; de eliminatos Feliciter Mauros, Philippus IV robore ac virtute magnus in magnis maximus, animo ad maiora nato, propter antiq tanti Parentis & Pietatis observantiaequae ergo Trophaeum hoc erigit, anno 1627.»

(2) CARDERERA: *Discur. Mart.*, pág. 117.

Escuela de Madrid vivió hasta finalizar el siglo con bastante prestigio, y no sin fisonomía propia. Sería malicioso afirmar que mereció el aplazamiento de dicho proyecto. Posteriormente, en el mismo siglo XVIII, bajo los Borbones y en Sevilla, en éste se hablaba poco de grandes pintores.

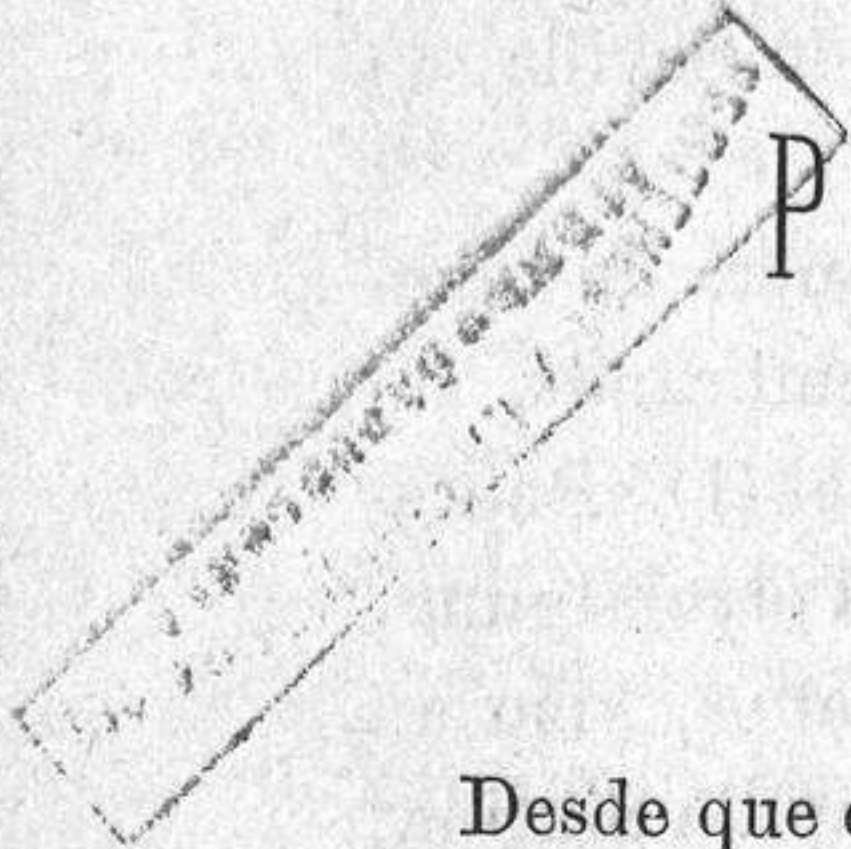
Velázquez no se sintió jefe de escuela á la manera de aquellos que no pueden admirar la *Anatomía*, de Rembrandt, sin echar una mirada de lado á la *Teología*, de Rafael (1). Representaba sólo su manera personal, no envidiando á otra alguna. Tres años después de su victoria sobre los italianos, hizo un viaje de estudio á Roma. Echó una ojeada á la capilla Sixtina, donde su celebrado paisano sólo dijo: *Esto no sirve*. Las extensas relaciones de su maestro, padre y amigo, y la familiaridad que en su casa adquirió con los pintores del pasado, pudieron habituarle á tiempo á distinguir entre la ciencia y la práctica; mientras en España sólo seguía su genio y el gusto nacional, era amplio de espíritu; á lo menos (como decía Leibnitz de sí mismo) no era un *esprit desapprobateur*. La verdad no funda ninguna secta.

Carducho no dejó de hacer concesiones posteriormente al método naturalista, una vez que hubo desfogado rencores ante el público. Pero no se entraba por este camino en el favor del monarca. Cuando Caxesi, en Febrero de 1631, pidió que se le aumentase la paga en consideración á los honorarios que se le debían hacía largos años, Felipe escribió al marqués: *No es tiempo de crecer salarios*; y con ocasión de otra demanda semejante de Carducho, contestó: *pida otra cossa*.

CARLOS JUSTI

Por la traducción,
EDUARDO OVEJERO

(1) W. BURGER: *Musées de la Hollande*. Paris, 1858. Pág. 203. *G. Droy Babolain*, pág. 152.



POLÍTICA COMERCIAL

Desde que en 1776 publicó Adam Smith su libro *La riqueza de las naciones*, y sobre todo durante los dos últimos tercios del siglo XIX, apasionadas y al parecer interminables contiendas, en que los partidarios del libre cambio y la protección pusieron al servicio de sus respectivos ideales verdaderos tesoros de ingenio y de inteligencia, conmovieron al mundo civilizado.

Ambas escuelas, la primera tal vez por su mocedad, si no con más fe con mayor brío en sus afirmaciones, cifraban en la adopción del método que cada una preconizaba las esperanzas de una humanidad rica, poderosa, fraternal, casi perfecta, con la sola diferencia de que los librecambistas hacían depender tantas venturas de la derivación que el bienestar de la colectividad mundial había de reflejar en las individualidades representadas por las naciones, mientras los del bando contrario, los proteccionistas, aspiraban á idénticos resultados, buscando la riqueza general por el conjunto de la particular de cada uno de sus respectivos países.

Sostenida la discusión por los hombres de mayor autoridad en la ciencia económico-financiera, el incontrastable empuje de los partidarios del libre cambio, que lo fueron la mayoría de los intelectuales de las nuevas generaciones, no tardó en conseguir que del terreno puramente científico é ideal en que al principio se planteó, pasara al de la práctica en las esferas gubernamentales, tanto por la legítima influencia moral de los

mantenedores de la doctrina, como por la material que el advenimiento de muchos de ellos á las esferas del poder en diversos pueblos ejerció forzosamente en la marcha política y económica de ellos.

Llegó á la vida pública el autor de este modestísimo trabajo cuando los triunfos parciales del librecambio: el natural cansancio que á la larga produce toda controversia; las enseñanzas de la experiencia y las sucesivas y constantes modificaciones de la producción y el tráfico universales, habían templado los ánimos y hecho desaparecer el sectarismo intransigente de los primeros tiempos; y dentro de este ambiente de calma y de transigencia procuró formar su criterio, atendiendo más que á disertaciones siempre luminosas, pero extremadamente interesadas de escuela, á las necesidades materiales de este nuestro país, y utilizando con preferencia por la mayor suma de elementos su paso por las esferas del Gobierno; pues desde ellas, contra la creencia adversa, bastante generalizada, se perciben y estudian mejor que en ninguna otra aquellas necesidades, aunque no siempre, por multitud de concausas que no son de este lugar, resulte posible su inmediato remedio.

Como fruto del estudio de actos y obras ajenos, no ha de exhibir la inmoderada pretensión de aportar nuevos razonamientos en defensa de una ú otra tesis, pues todos están hechos y repetidos, con brillantez insuperable, hasta la saciedad, en diferentes formas y una sola esencia; ni de formar escuela, tarea en que fracasaron preclaras inteligencias, ni aun la más modesta, pero admisible en un país de especialistas económicos, de generación espontánea, de descubrir ignoradas orientaciones de política económico-comercial.

Limitáanse sus anhelos á presentar ante los lectores de este estudio, con la mayor concisión posible, para que la aridez inevitable en estas materias sea más llevadera, las diversas fases que la aplicación del librecambio y el proteccionismo han reflejado en la riqueza de las naciones según los tiempos y las

circunstancias, y á deducir de ellas lo que más conviene á la nuestra.

Ni el tratarse de asunto al que no se presta desgraciadamente toda la atención que su importancia demanda en beneficio de los intereses del país; ni las deficiencias de los autores españoles, que por regla general menospreciaron tratar de estas materias, han de ser partes á que desistamos de nuestro propósito; pues nunca pueden ser añejas cuestiones de que depende no sólo la prosperidad, sino la vida de los Estados, y lo que no encontremos en nuestros tratadistas se hallará en los extranjeros que mayor notoriedad alcanzaron y que tantas veces sirvieron de fuente de inspiración á más conspicuas personalidades, sin que la omisión de citar á cada uno de ellos deba atribuirse al propósito de que por referirse en casi toda esta parte de la obra hechos históricos del dominio público é inmutables, sea cual fuere la literatura en que se relaten, pretendamos atribuirnos el mérito de su descubrimiento, porque con ello perderían una autoridad que no disfruta el autor de este libro.

El régimen arancelario constituye en la actualidad la honda preocupación de todos los países. La mayor ó menor prosperidad de las industrias, la expansión comercial, la potencia productora de los pueblos descansan y confían en los frutos que produzca una buena política arancelaria. Pero no se llega á ella sin una laboriosa preparación, no bastando que los Gobiernos de cada país tengan idea exacta de su producción, sino que al mismo tiempo deben conocer con la mayor exactitud posible la de los demás países, único medio de poder celebrar tratados en condiciones favorables, para no entregar por ignorancia la producción propia á la despierta diligencia de la extraña.

Al tener que intervenir desde el Gobierno en cuestión tan importantísima, en los días mismos en que se estaba llevando á cabo la reforma arancelaria, nos encontramos con la dificultad de no tener los necesarios antecedentes ni de disponer de

una estadística completa que permitiera clasificar y valorar con acierto; y en nuestro deseo de trabajar con perseverancia y buena voluntad en empresa de tal magnitud y trascendencia, procuramos ante la urgencia, y luchando con la falta de tiempo, reunir antecedentes y datos que facilitaran la ejecución de la obra.

Un ilustre economista, reputado profesor de esta clase de enseñanzas en la Universidad de Barcelona, el Sr. Flores de Lemus, que ha adquirido en el extranjero, y sobre todo en Alemania, vastos y profundos conocimientos en política comercial, nos prestó su concurso, dando muestras de su competencia en su libro *Bosquejo de la política comercial alemana durante el gobierno de los tres últimos Cancilleres*.

En el prólogo de ese interesante libro, publicado por el Ministerio de Hacienda, consignamos de una manera precisa nuestra opinión. Reproducimos aquí sus principales párrafos, porque en ellos se encierra nuestro pensamiento y nuestros propósitos sobre política comercial.

«Una de las cuestiones de mayor importancia, por lo que afecta á la producción y al desenvolvimiento de la riqueza del país, que al encargarme del Ministerio de Hacienda encontré planteada, era la reforma arancelaria, como medio de responder á las reclamaciones de la industria en sus distintos aspectos, y á las aspiraciones de los grandes intereses comerciales.

»El término del Tratado con Suiza en 31 de Agosto de 1905, Tratado que regula y que constituye la base de nuestras relaciones comerciales con distintos países, ha dado á este asunto carácter de acentuada preferencia, y ha obligado á preparar, dentro de la Junta de Aranceles y Valoraciones, todos los necesarios trabajos para establecer un nuevo régimen que responda á las aspiraciones y necesidades sentidas.

»Falta en nuestro país, para llevar á cabo una completa y beneficiosa reforma del Arancel, la preparación, el trabajo y el estudio que existen desde larga fecha realizados y reunidos en los países que tienen conciencia exacta de lo que influye el

régimen arancelario no sólo en la prosperidad interior, sino en la política de relación con los demás pueblos. La reforma arancelaria que entre nosotros se está llevando á cabo constituye para nuestra vida económica una obra de condiciones tan excepcionales, que sobre ella ha de descansar, seguramente, cuanto se haga en pro de la producción nacional.

»Por fortuna, los intereses que parecían antagónicos han llegado á soluciones de concordia, y en todos los trabajos preparatorios del Arancel, tanto en los que podemos llamar de carácter general y que están contenidos en las bases aprobadas, como en los de clasificación y valoración, el elevado espíritu y el deseo de acertar en los dignos individuos que constituyen la Junta, ha logrado, si no unanimidad de opinión, un estado de armonía tan eficaz y provechoso, como lo demuestra el asentimiento con que ha sido sancionado su criterio, sin que se hayan llegado á manifestar claramente tendencias contrarias.

»En las esferas del Gobierno no existe un prejuicio determinado al tratar de resolver este importantísimo y trascendental problema nacional. Consideran hoy los Poderes públicos no sólo como una alta conveniencia, sino como una necesidad indispensable, el mantenimiento de un régimen protector en la medida adecuada para el desarrollo y prosperidad de las distintas industrias nacionales, armonizando esta protección y regulándola en condiciones tales, que resulte suficiente para amparar y facilitar el desarrollo industrial sin llegar á un régimen prohibitivo que implique el aislamiento en materia comercial.

»Las Cortes del Reino han de ocuparse necesaria y preferentemente de esta cuestión, y con objeto de aportar la mayor suma de elementos para que sea apreciada no sólo en lo que afecta á nuestros intereses, sino en lo que se relaciona con la política comercial de otros países con que nos pone en más ó menos íntimo contacto el régimen de los tratados, estimé conveniente, sin prejuzgar soluciones, sin adelantar propósitos ni

hacer afirmaciones que puedan comprometer el éxito de la obra y la libertad de movimientos en materia de suyo tan delicada, encargar á persona competente la reunión de datos y la redacción de notas que divulguen y pongan al alcance de todos la historia arancelaria de los últimos veinte años.

»Alemania ha sido la nación que más se ha preparado para estas luchas, que desarrollan una influencia positiva y que constituyen la base de la moderna política internacional. Los últimos tres Cancilleres alemanes han delineado y definido perfectamente la política arancelaria del Imperio y la influencia ejercida por la misma en las relaciones exteriores.

»Sintetizado y recogido ha sido lo que pudiéramos llamar trabajos históricos del Arancel, llevando á término una obra útil que contiene elementos bastantes de preparación para poder discutir con conocimiento de causa y completa seguridad de hechos. En este trabajo sistemático y rico en datos, se aprecia con exactitud la influencia de la política comercial en la especial manera de ser los pueblos modernos. De veinte años á esta parte, el Arancel adquiere mayor extensión respecto de lo que antes era; la industria manufacturera es sólo uno de los factores que le integran; su acción se extiende con poderosa influencia á la agricultura y á la ganadería, buscando el enlace y la solidaridad que debe existir entre todas las manifestaciones del trabajo y de la producción, para poder con todos ellos atender solícita y prudentemente al desenvolvimiento de la riqueza nacional.

»No basta á los Gobiernos, cuando de materia económica se trata, reducir su acción á los presupuestos; éstos han de responder, para ser fructíferos, al estado general de la riqueza del país, no sólo en lo que se refiere á satisfacer los gastos del Estado, sino á comprender con mayor amplitud la totalidad de la producción, lo mismo en su aspecto público que en su aspecto privado. Por eso es parte principalísima de la política económica la que al Arancel se refiere; y sin que éste reúna todas aquellas condiciones adecuadas para el fomento de la produc-

ción, sería inútil pensar en la conquista de situaciones prósperas capaces de satisfacer las necesidades y exigencias de la vida moderna.

»Por causas inevitables se han planteado en nuestro país, actualmente, varios problemas de suma trascendencia, que han de ocupar y preocupar forzosamente á los encargados de las funciones del Gobierno. Estamos atravesando una profunda crisis que afecta á las distintas manifestaciones de la industria. Con la pérdida de nuestras colonias sufrió violentísimo golpe la producción española, porque en Cuba, Filipinas y Puerto Rico perdimos los principales mercados, pérdida que repercutió, como es natural, en nuestras comarcas industriales, y que dió lugar á esa crisis latente, no exenta de peligros de todos órdenes.

»Si es lento el desarrollo de la producción; si toda industria necesita de tiempo para alcanzar un estado de florecimiento tal que la haga capaz de resistir la competencia, no es menos difícil crear y establecer mercados que consuman y absorban los productos de aquélla. Por eso al perder, puede decirse que en un día, los principales mercados á que concurría nuestra producción, la situación que se ha creado no ha podido por menos de originar dificultades gravísimas, haciendo sentir, lo mismo en la masa obrera que en los grandes intereses del capital, los efectos de tan honda y extensa perturbación.

»El Arancel vigente llenó su misión en la época en que se hizo; pero hoy resulta inadecuado para amparar las industrias nacionales, y contiene dificultades de importancia para llegar á un régimen de Tratados. De aquí la necesidad de su reforma, necesidad que va unida á la urgencia de afrontar una política comercial que contribuya al fomento de nuestra riqueza.

»La política internacional persigue en nuestros días propósitos muy distintos de los que persiguió en tiempos pasados. No se busca hoy tanto el aumento de territorio como la apertura y mantenimiento de mercados que consuman los productos de la

industria de los grandes países, desarrollando en los mismos considerablemente la riqueza.

»Puede asegurarse, sin incurrir en error, que los grandes armamentos de las naciones están destinados en nuestra época á garantizar el desarrollo comercial, y que más buscan la utilidad del tráfico en territorios lejanos que la implantación de la soberanía política. Ocupa la atención de la diplomacia moderna, casi exclusivamente, el amparo de los intereses en el movimiento industrial y en el tráfico del mundo, con preferencia á las pasadas combinaciones encaminadas á engrandecimientos posesorios ó á alianzas de carácter ofensivo ó defensivo en pro de principios políticos ó de preponderancia y de grandeza.

»En lo que hace referencia á nuestro país, se nos impone el deber de contener nuestras aspiraciones dentro de límites modestos, pero apartándonos de aquella soledad que nos condujo al desastre de 1898.

»Nuestra salida á la política internacional debemos hacerla por el medio pacífico del Arancel, sin que esto deje de obligarnos á ocuparnos y preocuparnos mucho de contar con elementos materiales de fuerza, no excesivos, pero suficientes, al menos, para convivir con otros y concurrir con ellos á empresas que den muestras de nuestra personalidad, marquen nuestra influencia y acrecienten, desarrollándolos, nuestros intereses.

»El Arancel debe ser la puerta que nos dé entrada á esa política; que si ella prosigue y se desarrolla, no habremos de tardar mucho en recoger el fruto de tan conveniente orientación.

»En el país se siente hoy la necesidad de variar de rumbo y de ponerse en contacto con aquellos otros pueblos que viven vida de trabajo, de transigencia y de progreso: sólo aún, por desgracia, los que dirigen son los que gastan ó, mejor dicho, los que malgastan el tiempo en labor infecunda y en proyectos ineficaces. Causa profunda amargura ver nuestro Parlamento,

nuestra política y nuestra prensa consagrados casi exclusivamente á avivar pasiones, á alimentar odios y empequeñecer todo propósito progresivo, empleando la actividad y la inteligencia en controversias bizantinas, mientras se abandonan ó, por lo menos, se descuidan los grandes intereses nacionales.

»Han pasado, por fortuna, los tristes días de 1898; hemos conseguido normalizar nuestra vida económica, infundir á propios y extraños completa confianza en la solvencia del Tesoro español; las circunstancias son hoy no sólo apropiadas, sino favorables, para implantar una política de reconstrucción que se asome á Europa, que piense en un mañana reparador de los males de ayer.

»Esta debe ser la misión de los hombres que dirigen la política, y la ocupación asidua y constante de las Cortes. Dejémonos de discutir, como el griego decadente de los Paleólogos, si fué creada ó increada la luz del Tabor; desarraigemos los distintos fanatismos que nos empobrecen y nos consumen; hay que emprender otros caminos, seguir otros derroteros, aprovechar las circunstancias que nos invitan á dejar añejas y perjudiciales costumbres, penetrando resueltos en una vida de relación.

»Nos encontramos en la actualidad en momentos muy críticos; si no aprovechamos la política que se ha iniciado con el viaje de nuestro Rey; si no preparamos por medio de la reconstrucción interior de nuestros servicios elementos de vida y organismos que inspiren confianza; si por las relaciones pacíficas del comercio y de la industria no entramos en comunicación con otros pueblos; si no desarrollamos nuestra cultura y no fomentamos nuestra producción; si no organizamos para un porvenir no lejano nuestros medios de defensa, que garanticen intereses é infundan respeto, es indudable que estaremos irremisiblemente perdidos y no figuraremos como factor apreciable en futuras combinaciones, ni se tendrá en cuenta nuestra personalidad nacional en las probables contingencias que guarda el porvenir.»

EL DOGMA LIBRECAMBISTA

Fué el librecambio el sistema comercial que sin duda usaron entre sí los pobladores de la tierra en los tiempos primitivos; pero no aparece como escuela económica en los modernos hasta que *Adam Smith* se presenta como portaestardante, como maestro y fundador de la doctrina, nueva por regresión y salvadora de cuantos conflictos pudieran afligir á la Humanidad.

Suyas son las bases esenciales; pero el fundador de la nueva secta económica no acierta, sin embargo, ni á definir concretamente el dogma de su Iglesia, ni á conseguir que ésta adquiriera la pública notoriedad ni el número de adeptos necesarios para que represente una fuerza beligerante en el campo de la política del comercio internacional, empresa reservada á sus discípulos *Malthus*, *Stuart Mill* y, sobre todo, á los grandes teóricos *Torrens* y *Ricardo*, entusiastas incondicionales del maestro, y aun superiores á él en convencimientos, que establecieron los principios inmutables de la resucitada teoría y sancionaron el Código fundamental por que los afiliados habían de regirse á perpetuidad.

«Bajo un sistema de absoluta libertad comercial, cada país dedica su capital y trabajo á aquellos ramos de la producción que le son más ventajosos.» (*Ricardo: Principios, etc.*, 3.^a edición, 1846, pág. 75.)

«Smith ha demostrado que cuando se permite á todo pueblo cambiar los productos de su actividad, donde y cuando le agrade, se obtiene la mejor distribución del trabajo en el mundo y se asegura la mayor cuantía de riqueza para las necesidades y gustos de la vida.» (*Ricardo: la misma obra*, página 204.)

«Como al consumidor en particular se le irroga perjuicio de obligarle á proveerse en una tienda fija y sola, también á una nación de *consumidores* es perjudicial verse obligada á

comprar en un solo país. Si la tienda ó el país dan las mercancías que se desean á los precios más bajos, pueden estar seguros de vender aun sin aquel privilegio; y si no pueden ofrecer tan barato, entonces pediría el interés general que no se las mantenga y ayude á proseguir un comercio que no pueden ejercer con la misma ventaja que otros.

»La tienda ó el país vendedor podrán perder en el cambio; pero el bien general no está jamás tan seguro como cuando el capital se ha distribuído de la manera más productiva, es decir, bajo la libertad general de comercio.» (Ricardo: en la misma obra, pág. 207.)

Tal es el dogma de la nueva comunión económica, tan intangible que ninguno de sus muchos y esclarecidos adalides posteriores, tanto en Inglaterra, cuna y origen de ellos, como en Francia, Italia, Alemania y España, pasan de teorizar con frases más ó menos elocuentes, pero rigurosamente sujetas en el fondo á estos principios.

Pero aparte de ellos, y cuando de su aplicación práctica se trata, surge la disconformidad ya entre los primeros definidores, pues mientras Ricardo, espíritu lógico, con aquéllos, sin miramientos, para su consecución, en un discurso pronunciado ante la Cámara de los Comunes el 16 de Diciembre de 1819, sostenía que, «cualquiera que sea la dirección que tome la política de otros países, el interés de Inglaterra era opuesto á la protección, y que allí donde eran más baratas las mercancías necesarias, allí debían acudir siempre», Torrens, con más sentido práctico y más independiente de las teorías de *Smith*, afirmaba en 1843 que «el librecambio perfecto es la supresión de las trabas por ambas partes; y que de aceptar el librecambio imperfecto, que consiste en suprimir dificultades una sola de las naciones, quedaría de hecho establecido un monopolio en beneficio de los rivales extranjeros», razonamiento que hoy sostiene *Balfour* en contra de los librecambistas á todo trance, que sostienen íntegra la escuela de Ricardo.

A los temores de que con un régimen tal de libertad pu-

dieran aumentar las importaciones, sin compensación bastante en las exportaciones, opuso Ricardo su teoría cuantitativa del dinero, viniendo en apoyo de la concepción librecambista la frase de *James Mill*, padre del célebre *John Stuart Mill*, de que «los productos se cambian por los productos», conocida en todo el mundo por la «teoría de las salidas», con lo cual quedaron convencidos los que sólo convencerse deseaban, y ya aquellos temores dejaron de ser obstáculo para la propagación de la doctrina.

Pero el verbo del librecambio fué, en realidad, *Cobden*, que, aunque inferior á *Torrens* y *Ricardo* en ilustración, los aventajó en radicalismo, en vigor y en elocuencia, condiciones que, unidas ó su extraordinaria actividad, le convirtieron en el mayor agitador político de su tiempo.

Para *Cobden*, el proteccionismo era una perversión de los hombres; el librecambio, una ley divina tan incontrastable como las leyes mismas de la Naturaleza, significando ir contra ella tanto como atentar á las que rigen el Universo; y de esta fe, de este entusiasmo ciego por la idea, se alimentó su inquebrantable confianza en el triunfo, que pronosticaba afirmando: «si introducís el librecambio en toda su sencillez, no habrá arancel en Europa que no sea reformado á ejemplo del nuestro en el espacio de cinco años», y «yo veo en el librecambio el principio que ha de obrar, en el mundo moral, como la ley de gravitación universal en la Naturaleza; une á los hombres entre sí, suprime las diferencias de raza y de creencias y de lenguaje y nos mantiene en perpetua paz».

Paz, concordia, fraternidad universal, Arcadia feliz é ideal cuya semilla, lanzada en época en que las ideas filosóficas habían entrado en el corazón y el cerebro de la ilustrada y generosa juventud, creó entre lo más florido de ella numerosos prosélitos en la mayor parte de las naciones del viejo mundo, y especialmente en Francia con Juan Bautista Say y Bastiat á la cabeza, y en España, donde figuraron como campeones de la nueva escuela tan portentosos cerebros como Echeagaray,

Moret, Figuerola, Azcárate, Castelar, Canalejas y otros que después han constituido el orgullo nacional en el último tercio del pasado siglo, y que influídos por la naciente aurora de libertad que por entonces comenzaba á percibirse en los horizontes patrios, creían de buena fe que cuando se dudaba de la armonía providencial, era cierta la de la Naturaleza, y que el interés del individuo y de la colectividad resultaban idénticos, siendo la única y eficaz panacea para todos los problemas, así políticos como religiosos y económicos, la libertad sin trabas ni restricciones.

Tan poderosos directores y auxiliares llevaron, como no podía menos de suceder, á la escuela librecambista la certeza, ya indiscutible, del inmediato éxito; y evidente es que ante el incontrastable empuje de las nuevas ideas, apoyadas por la parte más brillante de las nuevas generaciones, la escuela proteccionista, falta de organización y sobrecogida por la asombrosa actividad de sus contrarios, había de quedar, si no disuelta, por lo menos obscurecida y anulada. Los contados mantenedores en público de ella, cuya inteligencia directora era *List*, no atreviéndose á cohonestar la crítica de sus adversarios, respecto á las prohibiciones, monopolios, reglamentos y corrupción del mercantilismo, no veían ya en la Aduana sino un medio educativo y pasajero, pues los países tropicales estaban destinados, á perpetuidad, á cambiar los productos de su suelo por las manufacturas de las naciones industriales de la zona templada; pensamiento que, fundado en la división internacional del trabajo, constituye, como es sabido, una de las bases del librecambio.

LA CUNA DEL LIBRECAMBIO

Ningún terreno más abonado, entre todas las naciones del globo, que Inglaterra, patria de los creadores del librecambio, para que las ideas librecambistas fructificaran, porque válida de su posición insular, inexpugnable hasta ahora y pro-

moviendo la discordia entre las naciones continentales, había conquistado, en dos siglos de guerras comerciales y coloniales, una enorme supremacía mercantil y realizado en su industria, á fines del siglo XVIII y principios del XIX, la admirable transformación que la adelantó en casi un siglo á los demás países.

Tal supremacía, ya evidente antes de las guerras iniciadas por la Revolución francesa, adquirió tanto desarrollo después de la paz que siguió á la caída de Napoleón I, que de una parte la necesidad con que se hallaban los ingleses de dar salida al exceso de su enorme producción industrial, que las demás naciones habían forzosamente de aceptar sin competencia por su perfección, y de otra la conveniencia de surtirse de productos alimenticios y primeras materias para la fabricación á precios económicos, explican bien á las claras que Inglaterra recibiera con simpatía un sistema que, como el del librecambio, tendía á suprimir trabas y represalias en el tráfico, proporcionándole un doble beneficio en la introducción y en la extracción.

Las nuevas ideas no vencen, sin embargo, sin lucha; y los Tories proteccionistas no solamente resisten al principio su empuje, sino que aun elevan los derechos sobre cereales en favor de los propietarios (*Land-Cords*) de tierras. Pero el programa de la reforma liberal adquiere de día en día nuevos prosélitos, aun entre aquellos que no son comerciantes ó industriales; y aunque tímidamente al principio, al fin es iniciada por *Canning* y *Huskinsson* con el pretexto de dar mayor sencillez y claridad á las tarifas arancelarias, demasiado complicadas entonces. El movimiento parece detenerse al dejar el último la cartera de Comercio, que había desempeñado desde 1823 á 1827, durante cuyo tiempo autorizó la entrada, antes prohibida, de ciertos tejidos, y acordó la rebaja de los derechos de importación de algunas primeras materias; pero toma nuevo impulso con la reforma parlamentaria de 1832, que dió decisivo influjo político al comercio y á la industria.

Las agitaciones de 1836 y 38 allanaron el camino de la transformación arancelaria, llevada á cabo por Sir Roberto Peel en 1842, 45 y 46, que llegó hasta la supresión absoluta de derechos para las materias primas, y estableció otras importantes reducciones para las manufacturas, y por Gladstone en 1853 y 1860, fecha esta última en que, reducido el arancel inglés á 48 artículos de interés fiscal, se halló de hecho establecido el librecambio en Inglaterra, sin que para ello fuera obstáculo el perjuicio que experimentaron los productores agrícolas, cuyos intereses hubieron de ceder ante los de la industria por la mayor importancia de éstos.

DIFUSIÓN DEL LIBRECAMBIO

Pocos obstáculos hubo de encontrar la nación inglesa para la propaganda de sus principios económico-comerciales, porque á su interés de colocar en el mercado del mundo su exuberante y perfecta producción industrial, correspondía el de las demás naciones, que, aparte de recibir productos manufacturados de ninguna ó escasa é imperfecta producción en ellas, encontraban en la Gran Bretaña el mejor mercado para sus cereales, lanas, vinos, carnes y toda clase de primeras materias; y así se ve que ante tan comunes conveniencias, Rusia reduce sus derechos en 1844, 1850 y 1857, siguiendo la misma política Suecia, Dinamarca, Bélgica y Holanda; Suiza se adhiere al régimen liberal á raíz de la unión de 1849; *Cavour*, el fundador de la unidad italiana, ante la necesidad y conveniencia de conquistar las simpatías de Francia para el Piamonte, sigue los derroteros trazados por Napoleón en el Tratado de Comercio *Cobden-Chevalier*, que en 1860, y á espaldas de las Cámaras de su país, celebró guiado tal vez, más que por convencimientos económicos, por motivos de popularidad y por el deseo de adquirir la benevolencia inglesa para sus planes políticos internacionales.

Menos inconvenientes aún podía encontrar la reforma en

Prusia, que, sujeta especialmente desde los tiempos de Federico el Grande al régimen proteccionista, halló en él importantes ventajas económicas, pero no menores dificultades para la obra de la hegemonía política alemana, sueño siempre alimentado por aquella nación. Persiguiendo esta esencialísima idea unificó en 1810 las tarifas arancelarias de todo el reino; y aunada la conveniencia política con la propaganda de las ideas librecambistas, difundidas con gran aceptación, promulgó la ley de 1818, que al par que establecía de modo cierto la unidad fiscal en el reino de Prusia, acabó con las prohibiciones de importar géneros extranjeros, extremando, una vez constituido el *Zollverein* en 1834, las prácticas de libertad de comercio, en oposición al proteccionismo austriaco y como barrera puesta á esta Nación, que desde 1849 pugnaba por entrar en la Unión aduanera alemana, con fines mucho más políticos que económicos.

Francia era, sin duda, el país europeo que por los adelantos de su riqueza debía oponerse con mayor tesón á la política librecambista, para evitar la competencia inglesa; y así lo hizo desde fines del siglo XVIII hasta la caída de Luis Felipe; pero Napoleón III, elevado á la presidencia de la República por el voto popular y al Imperio por un golpe de Estado, buscaba en el halago á la opinión pública la fuerza que había de sostenerle; y como el número de consumidores es siempre superior en todos los países al de productores, á beneficiar á la clase más numerosa se encaminaron sus reformas de 1853, que si bien produjeron protestas de los industriales ante el Poder legislativo, no bastaron á detener al emperador en sus propósitos, que determinaron el Tratado franco-inglés de 1860, base de los celebrados por Inglaterra con Bélgica, Italia, Prusia, *Zollverein* y Austria, y por Francia con las mismas naciones y Suiza, Holanda, Ciudades Hanseáticas, Mecklemburgo, Suecia, España y Portugal.

Este período de la política liberal fué brillante. Todo progreso técnico de la producción, que conduce necesariamente á

la manufactura primero, al maquinismo después, no es imaginable sino en el cuadro de la división interlocal del trabajo; la producción en masa obtenida en un punto, se irradia y extiende sobre una superficie cada vez mayor como mercado, y el territorio cuyas diversas partes son solidarias entre sí por el intercambio se ensancha; las barreras tienen que desaparecer para que el progreso se realice; pero el librecambio, rebajando derechos y suprimiendo barreras, no era la única ni aun siquiera la principal causa de tanta grandeza; porque de no coincidir con la época de los ferrocarriles, del telégrafo, de los rápidos transportes y de los grandes progresos en todos los medios de comunicación, no hubiera producido tales efectos. Con aquellas facilidades era lógico que gran parte del comercio local se convirtiera en nacional, y una porción del nacional, más ó menos importante, tomara el carácter de internacional.

El librecambio, sin las manufacturas, sin la progresión de la agricultura, sin los grandes territorios económico-político-unitarios, sin caminos, ferrocarriles y fletes baratos, habría sido para el mundo la libertad de movimiento otorgada teóricamente á un paralítico; y de teoría no hubiera podido pasar con los elementos de transporte usados aún durante una buena parte del siglo XIX. Fué, pues, su misión hacer posible la obra y en cierto modo completarla.

Tantas excelencias, sin embargo, no bastan á consolidar el fruto alcanzado por tantos y tan ilustres propagandistas; y así, cuando al comenzar el último tercio del siglo XIX consideran el triunfo indiscutible y asegurado por la experiencia de tan brillantísimos resultados, sin que en realidad pueda señalarse apóstol de la doctrina contraria, surge una reacción en sentido proteccionista que arrastra á todas las naciones del globo, excepto á Inglaterra, al parecer, con una rapidez infinitamente más acelerada que la que se empleó para la difusión del librecambio.

La armonía de los intereses generales se perturba al cho-

que de la protesta obrera y de la lucha de clases; la idea cosmopolita cede el puesto al nacionalismo exclusivista; la de la solidaridad económica de las naciones es sustituida por la de independencia económica; el equilibrio político, en cuanto á la posesión territorial, se rompe; y se inicia una era de nuevo repartimiento del planeta, sustituyéndose los respetos al derecho internacional, una de tantas utopias admitidas convencionalmente y cantadas por ilusos de buena fe, con la explotación y despojo del más débil, consagrándose el derecho de la fuerza como superior á todos los demás por la famosa y novísima teoría de los pueblos muertos ó moribundos.

EL BALUARTE DEL PROTECCIONISMO

Entramos, pues, en un período de franca reacción proteccionista, cuyos orígenes no es dable, en realidad, precisar matemáticamente; pero que tal vez pudieran irradiar de aquella antigua colonia inglesa que hoy se llama los Estados Unidos del Norte de América, cuya riqueza industrial, agrícola y financiera, y cuya preponderancia en la política del mundo han nacido, se han desarrollado y han alcanzado una prosperidad superior en muchos puntos á la de su antigua metrópoli, mediante un sistema absolutamente opuesto al de ella en los tiempos modernos.

Nada, en efecto, se iguala ni se aproxima al asombroso desarrollo adquirido por los Estados Unidos desde 1783, fecha de su independencia, en que carecía, por imposición de sus dominadores, de toda clase de industrias, hasta nuestros tiempos, en que todas ellas alcanzan el mayor grado de prosperidad y perfección conocido; y esta industria y este poderío, nacidos al amparo de la política proteccionista, imperante desde los primeros momentos de la independencia, fueron sin duda los factores iniciales de la propaganda práctica antilibrecambista en el resto del mundo, porque venían á demostrar que si una nación con elementos superiores á todas las demás, como

Inglaterra, podía practicar la libertad de comercio mientras no hubiera industrias similares en los demás países, cuando éstas se desarrollaban en ellos, aunque fueran proteccionistas, sus productos competían ventajosamente con los de aquélla en el mercado universal, desalojando de él muchas mercaderías británicas que antes tenían la exclusiva.

Dicho queda que la idea proteccionista fué la predominante en los Estados Unidos desde que tuvieron vida propia, idea que, aunque templada por los intereses de los señores de las grandes plantaciones algodoneras y de los rebaños de esclavos, fué mantenida por *Alejandro Hamilton*, el ilustre colaborador de *Washington*, y definida por él en 1791 en un Informe sobre las manufacturas.

Territorio económico único; instituciones económicas unitarias; creación de una industria propia, y evitar á todo trance el librecambio de los Estados Unidos con las naciones de industria desenvuelta, Inglaterra entonces, como ruinoso para aquéllos, eran sus principales exigencias, que revelaban una fuerza de previsión en materia económico-política que ningún americano ha demostrado después.

La guerra de secesión, 1860-65, dió fin á la supremacía de la aristocracia esclavista; la dirección de la política pasa del Sur al Nordeste, cuna y asiento de la actividad industrial, y mientras los colonos recibían en tierras públicas el premio de sus servicios en el ejército del Norte, los industriales eran el principal factor político como mejor informados de las necesidades del país en general.

Los gastos de la guerra en una Hacienda cuyo ingreso principal es el de Aduanas, juntamente con las aspiraciones industriales, produjeron el elevado arancel de 1864. La colonización interior y la red de ferrocarriles aumentaron de modo increíble los productos y la exportación agrícola, al propio tiempo que la industria explotaba los enormes recursos del país y conquistaba rápidamente el mercado interior al abrigo de los aranceles.

La rebaja arancelaria de 1872 es anulada en 1875, sin que las reformas posteriores tengan importancia. Diez años después, la crisis agrícola se refleja en nuevos empeños industriales; repartidas las tierras públicas, la inmigración no puede ya ser lanzada á la agricultura del Oeste; hay que emplearla en la industria, y entonces empieza á comprenderse allí lo que aún no ha comprendido la democracia española: que no las ideas democráticas, sino el reparto abundante de tierras públicas salvó á la América del Norte de las luchas sociales que afligen á Europa.

En aquel pueblo práctico por excelencia, la cuestión arancelaria es la bandera que marca la divisoria entre los partidos políticos, y en derredor de ella se libran los combates que llevan ó arrojan á los partidos del poder. Representan los republicanos la idea proteccionista á todo trance, mientras los demócratas, aun hallándose muy lejos del librecambio, aspiran á tarifas más moderadas; bajo la presidencia de *Cleveland* logran aquéllos impedir la rebaja del Arancel, y con la de *Harrison* aprueban las enormes tarifas *Mac-Kinley* en 1890; los *trusts*, cada vez más extendidos y numerosos, imponen la brutal fuerza absorbente del capital; y los demócratas, aprovechándose del malestar producido por la crisis de 1893, obtienen la reelección de *Cleveland*, y sustituyen, en 1894, las tarifas *Mac-Kinley* por las de *Wilson*, algo más moderadas; pero dura poco la tendencia liberal, puesto que el país, en las elecciones siguientes, vuelve á dar el triunfo á los republicanos con *Mac-Kinley*, que acepta, en 1897, el arancel *Dingley*, hoy vigente, verdadera obra maestra del proteccionismo.

De las inclinaciones que algunos suponen haber creído advertir en *Mac-Kinley* durante los últimos tiempos de su vida, hacia una reforma de la política comercial de los Estados Unidos, en sentido menos restrictivo, y que otros barruntan en el actual presidente *Roosevelt*, no habría para qué ocuparse en este momento en que sólo se relatan hechos reales, efectivos y consumados, de público dominio; pero en el terreno de las su-

posiciones, que á nadie está vedado, puede aventurarse la afirmación de que, siendo el capital el que ejerce predominio en Norte-América, y éste partidario del proteccionismo, del que tan maravillosos resultados ha obtenido, no parece probable que cambie ni permita cambiar la orientación económica.

Por otra parte, el desenvolvimiento de las ideas que en sentido liberal se atribuyen á *Roosevelt* están en abierta pugna con sus entusiasmos por el poder militar y naval, á los que no puede llegarse en los Estados Unidos más que á costa del Arancel, principalísima fuente de ingresos de la Hacienda yanqui; y como no es país aquél importador de mantenimientos, y los artículos fiscales constituyen el medio más eficaz de que dispone para tener abiertos á los productos suyos los mercados americanos, sólo puede obtener los grandes productos de la renta de Aduanas que necesita, gravando los géneros manufacturados; resultando así que el interés fiscal y el proteccionista convergen á un mismo fin: al de sostener las tarifas elevadas. Ni aun los tratados de comercio lograron cambiar de modo sensible el sistema seguido por la Unión, pues sus acuerdos comerciales no se apartaron nunca de él.

Termina el período histórico de la política arancelaria de los Estados Unidos, y ya pueden ser permitidas algunas consideraciones que, naturalmente, no pretenden adquirir el valor de hechos inconcusos ni de profecías, pero que tienen el fundamento de lo que la experiencia del pasado puede hacer esperar en lo futuro.

Aun con el enorme desenvolvimiento actual de la industria norteamericana, con los inmensos recursos del país y la perfección técnica de sus producciones, una rebaja importante en el Arancel sería verdaderamente desastrosa para la nación; porque si la mayoría de las industrias se hallan en condiciones de soportar la competencia extranjera, no podría evitarse de momento una crisis profunda por pérdida de parte del mercado actual, y en el porvenir que se debilitase de un modo permanente su poder de exportación, que hasta ahora, al amparo

del Arancel y ayudado por los *trusts*, ha podido forzar la conquista de los mercados, necesidad cada día más vital á la gran República, en cuya exportación dominan todavía los productos del suelo, pero que, terminada la rápida colonización interior, ha de ser superada muy pronto por la de manufacturas, como lo requiere el enorme desarrollo que su elaboración alcanzó desde 1880, en que el número de establecimientos industriales era de 253.852 con un valor de 5.369 millones de dolars de mercancías producidas hasta 1900, en que aquéllas llegan á 512.734 y éstas á 13.000 millones.

La mayoría de los Estados del Centro y Sur-América tienen como mercado principal, ó por lo menos como uno de los más importantes de exportación, los Estados Unidos, acomodando éstos sus tarifas al trato que cada uno de aquéllos otorga á los productos norteamericanos. Por este medio, por el influjo del capital americano y por el más expedito de la presión política, fuerzan la exportación de sus manufacturas en aquel Continente, no obstante la poderosa concurrencia que ingleses y alemanes hacen sentir; y no parece aventurado suponer que, más que en la idea de la expansión territorial, por solo el territorio, esté basada en la comercial la doctrina de *Monroe*, que se mecía en 1803, cuando aún éste no había llegado á la presidencia ni pronunciado sus famosas frases, con la compra de la Luisiana; con la anexión de la Florida en 1819; con la posterior de Texas, Nuevo México, Arizona y California, que arrancaron á México; la compra de Alaska á Rusia en 1867; la anexión de Hawaii; la de Puerto Rico y la de Cuba, verdadera colonia americana en materias comerciales; la de Panamá, tomado recientemente á Colombia, y la absorción que con unos ú otros pretextos viene realizando de buen número de Repúblicas hispano-americanas, sobre todo en las del Centro; y como estos territorios no bastan á las necesidades de expansión comercial de los Estados Unidos, la posesión de Filipinas, más bien regaladas que conquistadas, y la de Guaira, les ha permitido poseer una base en el extremo Oriente que no tar-

dará en ser ensanchada, aunque para ello sea preciso realizar, como ya se ha hecho, una centralización y aparato administrativo que les eran extraños; mantener un ejército considerable y aumentar colosamente su poder naval, con otros gastos secuela inseparable del imperialismo, sean cuales fueran los motivos que lo impulsan.

DEFENSA DE INGLATERRA CONTRA LOS ESTADOS UNIDOS

Evidente es que este espíritu de absorción política y comercial manifestado por los Estados Unidos á raíz de su independencia, no podía pasar inadvertido para las demás naciones del mundo, y especialmente por aquellas amenazadas de mayor perjuicio y que se consideraban con elementos de defensa. Por eso, el genio de Disraeli, á quien no se ocultó el enorme influjo que en el porvenir del Reino Unido podría ejercer el triunfo de los Estados del Norte en la guerra de secesión, á los resultados de ésta respondió refundiendo inmediatamente sus posesiones norteamericanas en el *Dominio del Canadá* y construyendo el ferrocarril canadiense del Pacífico, que unía la estación militar de Esquimault, en aquel mar, con el puerto militar de Halifax, en el Atlántico, para facilitar el envío rápido de tropas, que desde la Metrópoli podían llegar en menos de quince días á la costa occidental del Canadá.

Nadie como Disraeli sintió la política imperialista, que alguna voz aislada consideró necesaria desde mediados del siglo XIX, ni hizo por ella tanto ni tan genial. Ya en 1865 decía á sus conciudadanos con la sinceridad propia de un gran patriota: «Estamos en vísperas de grandes acontecimientos; la cuestión que tenemos que resolver es la de si este país está dispuesto á renunciar á sus posesiones y colonias de América, ó si, por el contrario, está decidido á mantener su unión con ellos», añadiendo con frases que *Roosevelt* repite ahora en América, que el país debía disponerse á soportar los gastos militares que eran necesarios, pues en otro caso habrían de

apercibirse los ingleses á soportar la invasión de su propio territorio; en 1872 exponía ante el Parlamento el programa político de consolidación del Imperio, y su llegada al poder, dos años más tarde, inaugura la era más brillante de la historia británica moderna.

La escuadra, descuidada como carga inútil durante el régimen liberal, se alista y refuerza en grandes proporciones: Inglaterra acomete las empresas de Chipre, Egipto, Birmania, Zanzíbar, Wistú, Uganda, el país de los Matabeles, y prepara la lucha de razas contra los holandeses africanos, que había de terminar con la conquista de Orange y el Transvaal; se renuncia á ir preparando las colonias para ser independientes, y según *Beaconsfield*, la autonomía, concedida por los liberales, debe ser el primer paso para la constitución del Imperio, basada en la unión militar y en la unión aduanera, ineficaz ésta si no se abandonaba la idea del librecomercio.

Encontraba el imperialismo bastante preparado el terreno en que podía moverse, porque los ensayos de protección en las colonias autónomas y la crisis que á la sazón se sentía, por la concurrencia extranjera, habían quebrantado la fe en las ideas librecomerciantes; y al programa que la Sociedad impulsora (*Revivers of Trade*) ó protectora del comercio presentó en 1868, sigue la fuerte agitación *for free trade* (librecomercio) ante la depresión comercial observada, proponiendo tratados de comercio á corto plazo, y retorsión y exclusión de las colonias de la cláusula de naciones más favorecidas otorgado á terceras potencias, en caso necesario.

Durante el gobierno liberal de *Gladstone*, 1892 á 1895, se contiene la tendencia imperialista; pero el mismo año de su caída *Chamberlain*, ministro de Colonias del gobierno conservador, en el decreto de 1895 referente á la deuda de la colonia Australiana, permitió á las colonias otorgarse entre sí ventajas arancelarias de carácter diferencial; trato que empezó á regir en el Canadá en Abril de 1897 con el 12 1/2 por 100 en beneficio de la Metrópoli, elevado al 25 por 100 desde 1.º de

Julio de 1898 y á 33 $\frac{1}{3}$ desde igual día y mes de 1900, y que habiendo sido objeto de reclamaciones por parte de Bélgica y Alemania, á quienes perjudicaba, originó la denuncia de los pactos comerciales con estos países.

Posteriormente, en Junio, Julio y Agosto de 1902, se celebró en Londres, entre los primeros ministros de las colonias, una Conferencia colonial de cuyo programa formaba parte el problema de la unión aduanera; resolviéndose con carácter confidencial, que no obligaba, pero que representaba tendencias y propósitos, entre otras cosas:

1.º La Conferencia reconoce que el principio de las ventajas diferenciales del comercio entre la Metrópoli y las colonias de S. M. habría de avivar y facilitar las relaciones comerciales y fortificar el Imperio mismo por el desarrollo de los recursos é industrias de cada una de sus partes.

2.º La Conferencia reconoce que, dadas las circunstancias actuales de las colonias, no es practicable la adopción de un sistema general de libertad comercial entre la Metrópoli y las posesiones ultramarinas de la Gran Bretaña.

3.º Con el fin de fomentar el comercio entre las diversas partes del Imperio, es de desear que las colonias, que todavía no han emprendido una política de esta clase, otorguen, hasta donde sus circunstancias lo permitan, una preferencia importante á los productos del Reino Unido.

4.º Los primeros ministros de las colonias hacen presente, con el mayor empeño, al Gobierno de S. M., que sería oportuno y conveniente otorgar en el Reino Unido un trato de favor á los productos de las colonias, sea liberándolas de los derechos actuales ó que se establezcan en adelante, sea por rebaja de los mismos.

5.º Los primeros ministros presentes en la Conferencia se obligan á poner en conocimiento de sus Gobiernos respectivos, en la primera ocasión, los pensamientos fundamentales de la declaración presente; y á rogarles que adopten providencias que hagan posible la realización de los mismos.

Los representantes presentes de las colonias están dispuestos á recomendar á sus respectivos Parlamentos el trato preferente de las mercancías británicas en los siguientes límites:

Canadá.—El trato diferencial vigente de 33 $\frac{1}{5}$ por 100 y una ventaja ulterior de determinados artículos por rebaja de los derechos actuales en favor del Reino Unido ó por elevación de los derechos sobre las demás importaciones extranjeras, ahora libres.

Australia.—Trato diferencial, cuya clase y cuantía no se determinan.

Nueva Zelanda.—Ventaja general de 10 por 100 de los derechos actuales para las mercancías producidas en Inglaterra, ó trato diferencial proporcional de determinados artículos sobre la base de lo propuesto por el Canadá, Colonia del Cabo y Natal. Ventaja del 25 por 100 ó un equivalente en el caso de no estar los productos expresamente tarifados, estableciéndose el trato diferencial por recargos sobre las mercancías de otras procedencias.

Posible es que en algunos de estos acuerdos hubiera algo de espejismo destinado á deslumbrar á los extraños, y que el Canadá, sin el arancel *Dinglay* de sus vecinos los Estados Unidos, no hubiera llegado tan fácilmente á tales concesiones; pero resulta innegable que la mayoría de aquéllos tendían á la realidad, y así quedó demostrado en la Conferencia aduanera en *Bloemfontein* el año de 1903, donde los representantes de la Colonia del Cabo, Natal, Transvaal, Colonia de Orange y Rodesia meridional suscribieron acuerdos otorgando trato de diferencia á las mercancías de la Metrópoli en proporción de 25 por 100 menos que las de los demás países, en general, sin perjuicio de condiciones especiales para determinados artículos, entre ellos las máquinas destinadas á las explotaciones mineras; ventajas que serían aplicables á las demás Colonias británicas con la condición de reciprocidad.

Empiezan á regir estos acuerdos el 15 de Agosto de 1903, y ya en 28 de Octubre siguiente el Canadá concede á la Unión

Aduanera del África del Sur el mismo régimen diferencial vigente en aquel dominio para la Metrópoli; Nueva Zelanda, por la elevación de derechos sobre procedencias de otras naciones, establece desde 1.º de Abril de 1904 un beneficio para los productos británicos de 20 á 50 por 100, y aun del 100 por 100 en algún artículo, para que, según frases del primer ministro, *Leddon*, «los vampiros comerciales extranjeros no continúen chupando la sangre de la Colonia»; política seguida asimismo por *Deakin*, otro partidario de *Chamberlain*, que ha sustituido á *Leddon* en la presidencia australiana.

Sin embargo de todos estos síntomas, al que puede añadirse el de la Conferencia azucarera de Bruselas, la mayoría del pueblo inglés no parece entregado aún al movimiento imperialista; dibujábase en el mismo seno del Gabinete *Balfour* una gran divergencia de doctrinas; y aunque éste y *Chamberlain* estaban conformes en la necesidad de abandonar el régimen vigente, el primero no consideraba á la nación preparada para una reforma que gravase los mantenimientos, mientras el segundo entendía necesario implantar, sin demora, el proteccionismo propiamente dicho con gravamen sobre aquéllos, en beneficio de las mercancías de esta clase procedentes de las Colonias.

Chamberlain, bien fuera por estas diferencias de criterio, incompatibles con la unidad de acción del Gobierno, ó por el deseo de recabar su libertad de acción para futuras propandas, dimitió en 9 de Septiembre de 1903, sin que por ello cesaran las controversias, que, por el contrario, acentuaron su acritud entre el hijo de aquél, que continuaba formando parte del Gabinete, y lord *Londonderry*.

Preciso es reconocer también que la reacción librecambista se ha acentuado en el pueblo inglés recientemente, dando, por regla general, en las elecciones parciales, el triunfo á los candidatos antiproteccionistas, y que, llamados los liberales al poder, el partido conservador en la oposición habrá de definir su unidad de criterio, contra *Chamberlain* ó con *Chamberlain*,

en el problema económico-comercial, que es el gran problema presente y futuro de la política inglesa; pero puede asegurarse que el sucesor y heredero legítimo de las doctrinas de *Disraeli*, convencido de que el régimen de libertad deja indefensa la producción nacional ante el colosal avance de Alemania y los Estados Unidos, no cejará en la empresa de convencer á sus compatriotas, á los que ya ha dado la primera voz de alarma haciéndoles saber que «las exportaciones del Reino Unido, comparadas con las de aquellas dos naciones, están en estado de estacionamiento».

La parte más firme y saneada del comercio inglés es el que mantiene con sus colonias; y como esa parte no aumenta proporcionalmente á la población del Imperio, ni á la que se pierde en la exportación á países extranjeros, con el trato diferencial en favor de sus distintos territorios se pretende, según *Chamberlain*, llegar á establecer la balanza mercantil atrayendo sobre el mercado inglés cerca de 23 millones de libras que representa el comercio exterior de las Colonias, dando ocupación á 700.000 trabajadores y sustento á 4 millones de almas aproximadamente.

Para conseguir estos fines habrían de resultar gravados los productos extranjeros: en 2 chelines por quintal los cereales y con derechos proporcionales sus harinas, dejando libres ambas mercancías cuando procedan de las Colonias y posesiones británicas; en 5 por 100 la carne y los productos lácteos, con la misma franquicia para las Colonias; sería preciso establecer un trato diferencial en favor del vino y de la fruta colonial y rebajar un cuarto los derechos sobre el té, el café y el cacao de procedencia británica, compensando la baja de 2,8 millones de libras anuales que se produciría en la renta de Aduanas, con un recargo de 10 por 100 sobre las manufacturas extranjeras, que rendirían 9 millones anuales de libras, con un exceso de 6,2 sobre la baja, que se aplicaría á reducir los derechos de los artículos alimenticios de principal consumo entre las clases menos acomodadas del país.

Naciones de la misma raza, de iguales bríos é idéntica voluntad para aspirar al predominio en el mercado universal, Inglaterra y los Estados Unidos del Norte-América, ambas utilizan desde su separación en pro de este fin, juntamente con los elementos del suelo, los que la industria del hombre ha logrado crear con sus maravillosos inventos en la época moderna; pero los sistemas económico-comerciales son diametralmente opuestos; pues mientras la primera fía su prosperidad al librecambio, la segunda la hace depender exclusivamente del proteccionismo, convirtiéndose así en verdaderas sedes de cada una de las tendencias.

De sus respectivos procedimientos y de los resultados obtenidos toman base en estos últimos tiempos los partidarios de una ú otra escuela, originándose, como era natural, por tratarse de los dos países más ricos y de industria más perfecta del globo, las vacilaciones que se observan para optar decididamente y con carácter general por uno de los dos.

La prioridad en la práctica del librecambio y de la protección en estos Estados en la nueva era de la política económico-comercial, ha sido causa de que se analicen las causas y el desarrollo del sistema seguido en cada una de ellas con mayor detenimiento que el que ha de emplearse en el de las demás naciones que no aportaron ningún fundamento nuevo á la lucha, limitándose á derivar de las de aquéllas lo que creyeron beneficioso dentro de las circunstancias de tiempo y de ocasión peculiares á cada nacionalidad; pero como los mayores elementos de juicio son base de mejor acierto para el que ha de juzgar, conveniente es conocer, aunque sea por medio de un ligero examen, qué método siguieron éstos y qué resultado obtuvieron.

RUSIA

Algún punto de semejanza se observa en la Constitución del imperio económico de la Unión americana con el del Estado ruso; en éste, como en aquélla, se cuenta con enorme y

compacto territorio que alcanza á todas las zonas; las reformas del arancel obedecen á razones fiscales, siendo la base de las exportaciones la producción agrícola y los productos del suelo; en ambos países, los empujes de la industria se encuentran amparados por la protección, y el acrecimiento económico y político se apoyan en una corriente imperialista agresiva y brutal.

Pero en la democrática América, la industria, desde que empieza á florecer, todo lo domina, todo lo vence, todo lo avasalla, lo mismo política que económicamente, mientras que en Rusia, el país clásico del absolutismo y el terror, es el Gobierno el que desde su principio domina á la industria; el mercantilismo del conde *Kan Krin* es el que preside el desenvolvimiento ruso, cuya política de expansión militarista agresiva va encaminada á facilitar el desarrollo económico del Imperio.

La época moderna, y no necesitamos ir más lejos, de la economía rusa, empieza con la liberación de los siervos en 1861, creando el proletariado libre y sustituyendo con ayuda eficaz de la red de ferrocarriles la economía natural por la del dinero.

Al principio, el interés de la exportación es el predominante, y á él se sujeta el arancel de 1868, no obstante los apuros que á la Hacienda rusa habían producido la libertad de los siervos, las construcciones ferroviarias y las reformas del Ejército y Armada, cuyos gastos no alcanzaban á cubrir los ingresos, no obstante la mejora de su situación económica y financiera y la enérgica política de recaudación mantenida por el ministro *Reutern*.

Con motivo de la guerra ruso-turca, que exigió nuevos y cuantiosos dispendios, se creó el papel moneda; y para salvar el enorme desnivel que el pago de la Deuda exterior producía en la balanza internacional de pagos, se decretó que desde 1.º de Enero de 1878 se cobraran en oro los derechos de Aduanas, medida adoptada en España el año de 1892, aunque aquí, sin representar nuevo gravamen, los siervos y los antiguos señores sufrían de consuno los efectos de la emancipación, por-

que mientras éstos derrochaban sin tasa ni medida las indemnizaciones recibidas, aquéllos no podían con el producto de las tierras que les habían sido adjudicadas atender al pago de las redenciones y los impuestos, llegando á ser la situación tan angustiosa, que á fines del reinado de Alejandro II las propiedades de los nobles se hallaban afectas á más de 400 millones de rublos de deudas; en muchas partes los aldeanos tenían sin satisfacer más de una anualidad, y en el Gobierno de *Chernigow* cerca de seis anualidades.

Los peligros de una nueva guerra no habían cesado ni en San Estéfano ni en Berlín, y la animosidad del Zar contra Austria después del Congreso, si no se tradujo en guerra, originó nuevos gastos de armamento y preparativos que vinieron á agobiar con nuevas cargas la ya abrumada Hacienda rusa.

En estas difícilísimas circunstancias, tanto por la inaplazable precisión de acudir en auxilio del Tesoro, como por el convencimiento de que un país para ser independiente ha de estar provisto de cuantos elementos puedan emanciparle en un caso determinado de la tutela extranjera, nació el arancel de 1877, cuya tendencia, fuertemente proteccionista, iba encaminada á remediar ambos males, dotando de nuevos ingresos á la Hacienda y estimulando el desarrollo de la industria nacional, tendencia confirmada y fortificada en 1882, 1891, 1895 y 1903, y á todas luces realizable en un país como Rusia, que en su enorme territorio abraza las más distintas zonas, y obtiene en ellas cuantas primeras materias necesita para su vida material é industrial.

La Hacienda rusa, durante el período que tratamos, estuvo dirigida por tres ministros; *Bunge*, desde 6 de Mayo de 1881 á 1.º de Enero de 1887; *Vychnégradski*, desde 1.º de Enero de 1887 á 30 de Agosto de 1892, y *Witte*, desde esta última fecha hasta 16 de Agosto de 1903.

Profesor el primero, de sólida ciencia, talento extraordinario y de gran entereza y rectitud, dióse inmediatamente cuenta,

al llegar al Ministerio, de los males que aquejaban á su patria en materia económica, y estimando como seguro remedio el desarrollo de la industria, merced á una protección suficiente, y la reorganización de los impuestos con la base de una estricta justicia, elevó los derechos arancelarios de gran número de partidas, en 1882, estableciendo un nuevo recargo del 20 por 100 en 1885 sobre la mayoría de los artículos contenidos en el Arancel; suprimió la capitación, rebajó las redenciones é hizo sentir todas sus energías en la recaudación de los demás tributos que directamente no afectaban á los campesinos, víctimas hasta entonces de los preferentes rigores del fisco. Pero estas reformas no alcanzaron á cubrir el progresivo déficit del presupuesto, que de 18,8 millones de rublos en 1884, llegó á 49,5 en 1886, y *Bunge*, ante tal fracaso, presentó su dimisión.

Otro catedrático, como él, *J. A. Vychnégradski*, fué su sucesor, que para obtener un *superávit*, ansiado á toda costa, abandonó como ineficaz la imposición directa, dedicando sus preferentes cuidados á la indirecta que pesaba especialmente sobre los campesinos: forzó las exportaciones, utilizando para ello tarifas especiales de ferrocarriles, y obligando á la población rural á la venta inmediata de las cosechas para pagar los impuestos corrientes y los atrasos; restringió la importación protegiendo á la industria por medio de elevadísimos aranceles; gravó las primeras materias para estimular su producción en el país, y estableció utilísimos derechos para la introducción de productos semifabricados de la industria siderúrgica, máquinas, manufacturas y semimanufacturas de la industria textil, productos químicos, alcoholes, cervezas, etc., etc. Los resultados obtenidos por estos procedimientos, en cuanto á la renta de Aduanas, fueron en millares de rublos: 1887, 97,0; 1888, 118,4; 1889, 122,3; 1890, 125,6; 1891, 121,7; 1892, 122,6, y 1893, 147,1; y en la liquidación del presupuesto, que en 1887 había cerrado con un *déficit* de 21,6 millones, los siguientes *superavits*: 1888, 36,6; 1889, 45,7; 1890, 35,7; 1891, 18,6; 1892, 12,1; 1893, 35,1.

Las esperanzas de los más optimistas se habían colmado; pero como el sistema no tenía sus raíces en el perfecto conocimiento de la riqueza contributiva del país, y dependía solamente de extremar á capricho el rigor fiscal en materia recaudatoria, hallábase expuesto al fracaso por muchas y delezna- bles causas. Una mala cosecha en el distrito de Volga, el año de 1891, fué suficiente para que el artificio desapareciera, ocasionando no sólo una baja considerable en la recaudación, sino un aumento de gastos de más de 120 millones de rublos para acudir á remediar la espantosa miseria que afligía á considerable número de provincias rusas, y especialmente á las de los gobiernos de *Khansas* y *Samara*.

Jerjerg y *Witte* entran en 1892 á regir los destinos de la Hacienda rusa; y aunque, en oposición á su antecesor, blasona de seguir las huellas de *Bunge*, continúa la política del *superávit* sin contemplaciones, iniciada en la última gestión ministerial; el Tesoro sigue nutriéndose de la recaudación indirecta; la exportación continúa forzada; la protección llega á los últimos límites con el Arancel de 1895, y realizada la alianza franco-rusa, se inicia la era de los empréstitos, aún no cerrada, pasando los millones del ahorro francés á remediar los desarreglos del Estado ruso.

La gran obra de *Witte* consiste en que, dejando á la iniciativa privada amplio campo de aplicación, sabe impulsar desde el Gobierno la actividad industrial; y, protegida por un arancel casi prohibitivo la industria, especialmente la siderúrgica, estimulada de modo directo por los pedidos del Estado, se desarrolla con rapidez asombrosa; el capital extranjero afluye á las empresas nacionales, y muchas sociedades industriales de Occidente trasladan la fabricación al otro lado de la frontera.

El progreso industrial es enorme; pero como, por falta de educación de la masa obrera, los productos no llegan á ser tan perfectos como sus similares de otras naciones, el principal mercado de ellos radica en el Estado y en la clase agrícola, que representa el 87 por 100 de censo; por razones financieras aquél

y por deficiencia de las cosechas ésta, tienen que reducir sus pedidos, y la crisis, ya latente desde el otoño de 1889, se presenta con las inevitables suspensiones de pagos y las quiebras; muchos capitalistas pierden las tres cuartas partes de su fortuna, pero las fábricas no se cierran, se *recsifican*, y aunque la industria rusa produce más caro que la de Occidente, el Estado sigue siendo su consumidor á los precios que él mismo fija, aceptados por los fabricantes ante la amenaza de abrir la frontera á los productos del extranjero.

Los gastos de la expedición á China en 1900 originan un nuevo aumento en los derechos de Aduanas, y para preparar la renovación de tratados internacionales se revisan las tarifas de 1895, sustituyéndolas con las de 1903, mucho más elevadas; y aunque por efecto de complicaciones con el Japón, bien recientes para que sea preciso relatarlas, y por los sucesos de carácter político interior, actualmente en pleno desarrollo, la situación económica de Rusia sea poco bonancible, no puede negarse que sus productos, al amparo de un régimen cada vez más protector, han podido llegar á exportarse por valor de 2.516 millones de francos en 1903, contra 1.596 en 1900, cifras que ahorran cualquiera otro razonamiento.

PRUSIA Y DESPUÉS ALEMANIA

Indicado queda que Prusia, ante el deseo y la necesidad política de arrebatarse al Imperio austriaco la supremacía sobre los Estados alemanes, hubo de abandonar el régimen proteccionista por que se regía, especialmente desde los tiempos de Federico el Grande, y adoptar las doctrinas de *Adam Smith*, que se reflejaron en la unificación de tarifas acordada en 1810, en la ley de 1818, en el tratado franco-prusiano de 1862 y en las reducciones arancelarias de 1868, 1869, 1873 y 1877, fecha esta última en que Alemania pareció haber aceptado de modo definitivo el librecambio.

No era, sin embargo, muy bonancible la situación comer-

cial alemana en esta época, porque la supresión de los derechos sobre los hierros, decretada en 1873, había producido el aniquilamiento de la industria siderúrgica nacional, incapaz de competir entonces en calidad y precios con las similares extranjeras, que invadieron su propio mercado; y como las manufacturas y productos agrícolas corrían igual suerte, la crisis que empieza en 1873 y se agrava desde 1875, se manifestó con toda su fuerza y con terribles consecuencias para el capital y el trabajo después de 1877, como resultado natural y lógico de las tarifas excesivamente liberales de este año, llegando á tanto el desastre, que el propio emperador Guillermo no pudo eximirse de llamar la atención de su canciller *príncipe de Bismarck* para que, prescindiendo de prejuicios de escuela, acudiese á remediar la ruina completa que amenazaba á la industria del Imperio.

Como consecuencia de este requerimiento imperial, la reacción proteccionista iniciada en el terreno particular algún tiempo antes por *List* y *Roscher*, llega á las esferas oficiales; y en 1879 se aprueba el Arancel que dió comienzo á la nueva era de protección, acentuada progresivamente en 1885, 1887 y 1902, y á cuya sombra la potencia productiva alemana en todas sus ramas ha adquirido tan portentoso desarrollo, que sólo en manufacturas se eleva la exportación desde 1.950 millones de marcos en 1892, hasta 3.281 en 1903, causando serias preocupaciones á los demás países productores, y en especial á Inglaterra, á quien de continuo viene restando mercados.

ANTONIO GARCÍA ALIX

LA MUJER DE OTRO

(CONCLUSIÓN)

II

Al día siguiente por la noche había función en la Opera italiana. Ivan Adreitch entró en la sala como una bomba. Nunca se le había conocido semejante furor por la música. Sin embargo, sabíase que gustaba de ir á echar un sueño de una ó dos horas en la Opera. Hasta pretendía que es muy grato roncar mientras que «la prima donna maya, como una gatita blanca, su romanza». Pero esta opinión data de lejos, de la estación última. ¡Ay! Ahora Ivan Andreitch no duerme, ni por la noche, ni en su casa...

Precipitóse, pues, como una bomba en la sala llena de gente. La acomodadora le miró con desconfianza, y dirigió una ojeada al bolsillo exterior de aquel hombre impetuoso, esperando ver relucir el mango de un puñal. Digamos á este propósito que por aquel tiempo la Opera estaba dividida en dos partidos, á favor de las dos primeras tiples, respectivamente. Los dos partidos gustaban tan violentamente de la música, que las acomodadoras empezaban á inquietarse ante una pasión tan decidida. No hay, pues, motivo para asombrarse de que la acomodadora, al ver el ímpetu juvenil de un viejo de pelo blanco y escaso, que había doblado la cincuentena, y que

pertenecía á la sociedad elegante, recordase involuntariamente las palabras de Hamlet:

«Cuando la vejez tiene caídas tan espantosas, ¿qué no hará la juventud?»

En cuanto entró en la sala, Ivan Andreitch dirigió una rápida mirada circular á todos los palcos de la segunda galería... ¡Oh sorpresa!, su corazón cesó de latir; *Jella* estaba allí! En el mismo palco veíase al general Polovitsine, á su mujer, á uno de sus parientes y también al ayudante del general, un joven muy sutil. Había además un paisano... Ivan Andreitch concentró en este desconocido toda su atención, toda la ocuidad de su mirada; pero de pronto el paisano pasó á colocarse tras el ayudante, y quedó en la sombra.

«¡Está ahí y dijo que no vendría!...»

Este «desdoblamiento» de *Glaflira* en cada uno de sus pasos es lo que mataba á Ivan Andreitch. ¡Ah!, el joven paisano había sumido al viejo esposo en una desesperación definitiva. Dejóse caer en su butaca...

¿Qué hay en esto, sin embargo, de extraordinario?

Hay que notar que la butaca de Ivan Andreitch estaba muy próxima á los proscenios, y precisamente debajo de aquel palco traidor de las segundas galerías; de suerte que, para no ver casi nada de lo que ocurría encima de su cabeza, necesitaba hacer las más desagradables contorsiones. Se irritaba y se sofocaba como un samwar. Todo el primer acto fué para él nulo: no oyó una nota.

Dícese que lo bueno que tiene la música es que se la puede referir á todos los sentimientos que uno experimenta: si se está alegre, se encuentra alegría en ella; si triste, tristeza. En los oídos de Ivan Andreitch rugía una tempestad. Y para remate de su enojo, delante, detrás, á sus lados, en todas partes, reían, charlaban: tenía el corazón desgarrado. Por fin terminó el primer acto. Pero en el momento en que bajaba el telón, ocurrió á nuestro héroe una aventura, una aventura... ¡Oh!, ¡qué aventura!

A veces cae un programa de una galería superior. Por poco que la obra languidezca y que los espectadores estén con ganas de bostezar, este accidente constituye un acontecimiento público. Todos siguen con interés el vuelo del papel, que, de zig-zags en zig-zags, debe necesariamente caer entre las butacas, sobre una cabeza que no se lo espera; y ¡qué placer entonces el de asestar mil pares de ojos sobre aquella cabeza confusa! Yo tengo también siempre un poco de miedo á los gemelos de las señoras; los colocan al descuido en la barandilla de los palcos, y bastaría el menor empuje con un codo para arrojarlos sobre una cabeza no advertida. Pero hago inoportunamente esta observación trágica.

En cuanto á la aventura de Ivan Andreitch, era, hasta entonces, inaudita. Recibió sobre el cráneo, no un programa... Confieso que no sé cómo decir lo que recibió sobre el cráneo. ¿Cómo decir esto? Sobre la respetable calva del celoso Ivan Andreitch cayó un objeto infame, inmundo é inefable: ¡un billete de amor, perfumado! El pobre hombre se estremeció como si le hubiese corrido por la cabeza un ratón ó algún bicho repugnante.

Y de que era un billete de amor no cabía duda. Por de pronto estaba perfumado, y todos saben que, en todas las novelas, los billetes de amor están perfumados; además, estaba plegado y replegado en una forma tan pequeña, tan traidora, tan coqueta, que se le hubiera podido fácilmente esconder en un guante de mujer. Debió de caer por casualidad, puesto que probablemente no estaba destinado á Ivan Andreitch, y las cosas ocurrieran tal vez así: *se había* pedido el programa para recibir al mismo tiempo el billete, y alguna sacudida inesperada del ayudante (que no dejó de excusarse muy sutilmente de la torpeza) hizo que se escapara el billete de la manecita temblona; y podéis imaginaros lo que se asombró la mano tendida al paisano cuando recibió el programa solo, desamparado. ¡Desgraciado y hartó real acontecimiento! ¿Mas para quién más desdichado que para Ivan Andreitch?

—¡Oh Destino!—murmuró, bañado en sudor frío, con el billete en la mano,—¡oh Destino! *La bala encuentra al culpable...* No, no es esto; yo no soy culpable; más bien es esto otro: *Sobre el pobre Makar caen todas las balas de la casualidad* (1).

¡Cuántas cosas pueden pasar por un cerebro aturdido con tan imprevisto acontecimiento! Persuadido de que todo el mundo se reía de él (se engañaba, porque todos estaban ocupados en aplaudir á la tiple), no se atrevía á alzar los ojos, como si en una reunión distinguida y numerosa se le hubiese escapado alguna *disonancia*. Por fin, se decidió á mirar en torno suyo.

—¡Qué hermoso!—le dijo un pollastre, sentado á su izquierda.

El pollastre estaba en el colmo del entusiasmo, y aplaudía con las manos y los pies. Dirigió á Ivan Andreitch una mirada distraída, y después se puso á aclamar á la cantante. Ivan Andreitch pensó: «No ha observado nada». Se volvió, y vió á un señor que le daba la espalda, mirando á la sala. «Por aquí todo va bien igualmente», se dijo. Los de delante nada podían haber visto. Tímidamente, pero esperanzado, miró al proscenio próximo á su butaca, y se estremeció: había allí una señora que reía como una loca, tapándose la boca con el pañuelo.

—¡Oh, las mujeres!—murmuró Ivan Andreitch levantándose para salir.

Ruego ahora al lector que sea juez entre Ivan Andreitch y yo. Veamos: un gran teatro, como todos saben, contiene un anfiteatro y cuatro galerías de palcos. ¿Por qué, pues, Ivan Andreitch creía indiscutiblemente que el billete había caído precisamente *del* palco (ya sabéis á qué palco aludo), y no de otro de la tercera galería, por ejemplo, en donde también había damas? La pasión es exclusiva, y los celos es la más exclusiva de las pasiones, á lo que creo.

(1) Proverbios rusos.

Ivan Andreitch corrió al *foyer*, se puso junto á una luz, abrió el billete y leyó:

«Hoy, en cuanto termine la función, en la calle de G..., esquina á la calle de L... skg, casa K, tercer piso de la escalera derecha. Entra por la escalera principal. Estate allí sin falta, por Dios.»

Ivan Andreitch no reconoció la letra, pero siguió con su comunicación; ¡puesto que se daba un cita!...

«Sorprender, cortar el mal de raíz... O mejor desenmascarar desde luego á la traidora...»

Pero ¿cómo hacer? Ivan Andreitch subió hasta la segunda galería y volvió á bajar en seguida, prudentemente. No sabía qué hacer. Corrió al otro lado y, por la puerta abierta de un palco, examinó lentamente los palcos fronteros.

«Este es», murmuró. En el sentido vertical de las cinco galerías había mujeres jóvenes en todos los palcos: el billete podía, por lo tanto, haber caído de cualquiera de las cinco galerías. Pero esto no tranquilizó á Ivan Andreitch; ninguna evidencia hubiera podido tranquilizarle. Durante el resto de la representación anduvo como un loco por los pasillos, y en cuanto terminó la función, corrió á la calle de G... proyectando «cogerla en *flagrante delito*» y obrar más enérgicamente que la víspera. No tardó en llegar á la puerta de la casa, cuando se le adelantó un joven que subió rápidamente las escaleras. Ivan Andreitch llegó al tercer piso en el momento en que el joven entraba en la habitación.

Ivan Andreitch hubiera querido hacer una pequeña pausa ante la puerta—no la habían cerrado,—reflexionar razonablemente en la conducta que debía seguir, *tomarse tiempo para tener un poco de miedo*, y adoptar por fin una resolución irrevocable. Pero precisamente en aquel momento oyó pararse un coche en la puerta de la casa, y después unos pasos en la escalera acompañados por un acceso de tos. Ivan Andreitch abrió la puerta y se precipitó en la habitación con toda la grotesca solemnidad de un marido ultrajado. Una criada y un criado le

cerraron el paso. Pero detener á Ivan Andreitch era imposible. Atravesó dos habitaciones oscuras, y surgió como una aparición en la alcoba de una dama joven y bella que le contempló con terror. Oyéronse pasos en la habitación próxima.

—¡Dios mío! ¡mi marido!—exclamó la dama juntando las manos y palideciendo horribilmente.

Ivan Andreitch comenzaba á comprender *que no había tenido bastante miedo en la escalera*, y que había dado un paso en falso. Pero ¿podía retroceder?... Ahora, que no sé por qué Ivan Andreitch no salió directamente al encuentro del marido; declarar que se había equivocado, excusarse y desaparecer, sin gloria, pero sin vergüenza, era lo que debía haber hecho. Obró como si se hubiese creído un Don Juan ó un Lavelace. Se escondió bajo la cama.

Pero lo más asombroso todavía fué que la dama no protestó. Había sin duda perdido la palabra, porque no dió un grito al ver á aquel hombre, nada joven, buscar un refugio en las intimidades de la alcoba.

El marido entra, tosiendo y soplando, saluda á su mujer, y cae en una butaca como si acabara de llevar una carga de leña.

Ivan Andreitch, tímido como un ratón ante un gato, no se atrevía á respirar. Con infinitas precauciones se estiraba para extenderse cómodamente bajo la cama, cuando de repente una mano cogió la suya.

¡Había otro hombre bajo la cama!

—¿Quién está ahí?—dijo en voz queda Ivan Andreitch.

—Sí, en seguida voy á decirle quién soy. Cállese.

—Pero...

—¡Cállese!

Y el otro apretó tan fuertemente la mano de Ivan Andreitch, que por poco chillaba éste de dolor.

—Caballero...

—¡Chist!

—Suéltame, ó grito.

—Pruebe á hacerlo.

Ivan Andreitch enrojació de vergüenza. Ciertamente, el desconocido era vigoroso. Tal vez se había ya encontrado más de una vez en situación estrecha. Pero Ivan Andreitch era novicio y se sentía sumamente molesto. ¿Qué hacer? Se sometió y calló.

—Amor mío—empezó á decir el marido,—vengo de casa de Pavel Ivanovitch. Hemos jugado al *whist* y... (golpe de tos), y (tos)... ¡Ay! mi espalda... (tos), mis riñones (tos)... ¡Diablo de almorranas! No puedo parar (nueva tos)...

—Caballero: hágame el favor, por Dios, de estrecharse un poco—dijo quedamente el desdichado Ivan Andreitch.

—No tengo sitio.

—Sin embargo, comprenda usted que no puedo estar así. Es la primera vez que me encuentro tan mal.

—Y yo es la primera que tengo un vecino tan desagradable.

—Pero...

—Silencio.

—¿Cómo silencio? Es usted un grosero; yo soy de más edad que usted.

—¡Calle!

—Usted no sabe con quién habla.

—Con un señor que está debajo de una cama.

—Pero yo estoy aquí por equivocación, mientras que usted, si no me engaño, la inmoralidad...

—Cállese... Comprenda que si nos oyen estamos perdidos... Oiga, ¿están hablando?

—Tedosey Ivanovitch—dijo el marido, aprovechando un reposo de la tos—me ha recomendado un medicamento para este pertinaz catarro... Porque lo que tengo no es más que un catarro, ¿verdad?

—Claro que nada más—contestó la mujer.

—También pudiera haber degenerado en tisis... ¿Crees tú...?

—No digas esas cosas, por Dios.

—Vaya, querida mía, desnúdate y vamos á acostarnos...
Es un catarro atroz...

—¿Está usted contento? ¡Nos ha oído!

—Es que estoy padeciendo horrores. Estoy sangrando de la nariz.

—Bueno, pues siga y cállese.

—¡Hombre!... Pero ¿con qué casta de pájaro me encuentro? ¿Quién es usted?

—¡Bastante adelantaría usted con saberlo! ¿Acaso me importa á mí saber su nombre? Pero, en fin, ¿cómo se llama usted?

—¿Que cómo me llamo? Déjeme más bien que le explique por qué tanta aventura...

—¡Calle! siguen hablando...

—Te digo, mujercita mía, que oigo murmullos.

—Nada de eso: es que tienes mal puesto el algodón de los oídos...

—¡Ah! á propósito de algodón: ¿sabes si aquí, encima de nosotros...?

—¿Encima?—repitió en voz baja el joven;—yo creía que estábamos en el último piso; ¿es el segundo?

—Pero ¿qué le importa á usted eso?—replicó en el mismo tono Ivan Andreitch.—También yo creía que estábamos en el último piso. ¿Habrá otro?...

—Te aseguro que oigo rumores—dijo el viejo, que por fin cesó de toser.

—¿Lo oye usted?—murmuró el joven, estrechando las dos manos de Ivan Andreitch.

—Que me hace usted daño; suélteme...

—Calle...

—De suerte—dijo el viejo—que he encontrado á una linda mujercita.

—¿Qué muchachita? ¿En dónde?

—En la escalera... Se me había olvidado... A veces me falta bruscamente la memoria... Es el brebaje...

—¿Cómo?

—Sí; es preciso que beba ese brebaje que llaman milhojas; dicen que me hará bien...

—Decías que habías encontrado á una linda mujercita...

—¿Eh?

—Sí; á una linda mujercita en la escalera.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tú mismo.

—¿Yo? ¿Cuándo?... ¡Ah! sí...

—¡Si acabará este vejestorio!—suspiró el joven.

—Caballero, estoy aterrorizado. ¿Qué estoy oyendo? ¿Sucederá hoy lo que ayer?

—¡Silencio!...

—Sí, sí—replicó el viejo;—la recuerdo. ¡Qué pizpireta! ¡Con unos ojillos y un sombrerito azul!...

—¡Es ella! ¡Llevaba un sombrero azul! ¡Dios mío!—murmuró Ivan Andreitch.

—¡Ella! ¿quién es ella?—dijo el joven, apretando las manos de su compañero de cama... de debajo de la cama.

—¡Calle!—dijo á su vez Ivan Andreitch;—están hablando.

—¡Qué pizpireta!—replicó el viejo.—Se conoce que viene á esta casa á ver á algunos amigos.

—Pero ¿qué te importa á ti todo eso?

—No te incomodes—replicó el viejo, sonriendo.—No seguiré, si te enfadas. Me parece que hoy estás de mal humor...

—¿Cómo ha caído usted aquí?—preguntó el joven.

—¡Ah! ya ve usted ahora cómo es usted el que me interroga.

—No; después de todo, me es igual; cállese si quiere... (¡Váyase al diablo! ¡Qué estúpida aventura!)

—No se incomode, joven. No sé lo que digo; no he tenido intención de ofenderle á usted. Quería decir que hay algo anormal en el interés que se toma usted en este asunto. ¿Quién es usted? Un desconocido...

—Vaya, déjeme en paz—interrumpió el joven, que parecía buscar la solución de un problema.

—Permítame. No crea usted que esté yo irritado y que quiera engañarle; he aquí mi mano. Dígame, por de pronto, por qué casualidad se encuentra usted aquí. Y repito que no me crea usted enojado; he aquí mi mano. Tal vez tenga un poco de polvo; pero ¿qué importa esto á los sentimientos elevados?

—Pero ¿quiere usted dejarme en paz con su mano? ¡No se puede uno menear aquí, y me está usted poniendo esa mano encima!

—¡Qué manera de tratarme!—exclamó Ivan Andreitch en un acceso de tímida desesperación.—Sea usted cortés, por lo menos. Vamos, podríamos simpatizar... Estoy muy dispuesto á rogarle que venga á comer á mi casa...

—¿Cuándo la habrá encontrado?—murmuró el joven, evidentemente inquieto.—Tal vez me estará esperando. Es preciso salir de aquí...

—¿De quién habla usted? ¡Dios mío! ¡Y yo aquí metido!

Y, en señal de desesperación, Ivan Andreitch trató de ponerse boca arriba.

—¡Cueste lo que cueste, salgo!

—¿Qué hace usted, caballero? ¿Qué va á ser de mí?—dijo en voz baja Ivan Andreitch, agarrándose á los faldones del frac de su vecino.

—¿Y á mí qué me importa? Quédese aquí, y no se mueva; si no, le digo al viejo, para que no me tome por el amante de su mujer, que usted es mi tío, y que ha derrochado usted su fortuna en aventuras como ésta.

—Nadie lo creería. Es una cosa absurda.

—Vamos, no charle y permanezca tumbado. Pase aquí la noche, y mañana se larga, sin que le vean. Cuando me vean salir, no van á sospechar que todavía queda alguien bajo la cama.

—¿Y qué sucederá si toso? Hay que preverlo todo...

.....

—Oigo ruido arriba—dijo el viejo, que acababa de desca-
bezar un sueñecito.

.....

—Joven, me marchó.

—Y yo me quedo. ¡Váyase!... Diga, ¿no es usted el *marido*?

—¡Qué cinismo! ¿Por qué el marido? Soy soltero.

—A otros con ésa.

—¿Por qué no sería yo el amante?

—¡Bonito amante!

—¡Oh! escúcheme y compadézcase de mí. No soy el mari-
do, pero lo es mi mejor amigo, un compañero de la infancia...
Un día me dijo: — Sospecho de mi mujer. — ¿Por qué? — le
pregunté. — Los celos son ridículos. Ten cuidado. — Poco im-
porta; tengo sospechas. — Pues bien — le contesté solemne-
mente:—tú eres mi mejor amigo. Juntos hemos corrido nues-
tras aventuras...—Joven, ya no sé lo que me digo: me ha tras-
tornado usted.

—Hace tiempo que debe usted de estarlo.

—Está bien; me figuraba su respuesta... Ríase, búrlese;
también yo tuve mi época, representé el papel de seductor, y
ahora... ¡Ah, Dios mío!; me parece que me va á dar algo en
la cabeza.

.....

—¿Quién ha estornudado? ¿Has sido tú, amor mío?—pre-
guntó el viejo.

—Debe de haber sido arriba—se apresuró á replicar la
mujer, espantada por el ruido creciente que hacían los dos
hombres debajo de la cama.

—Puede ser. Será el jovencillo que he encontrado, el jo-
vencillo de finos bigotes...

.....

—Probablemente se referirá á usted, joven.

—No. Desde el momento en que yo estaba aquí con usted,
no puede él haberme encontrado... Y deje usted de pasarme
sus manos sucias por la cara.

—¡Dios mío!, pierdo el conocimiento.

Arriba se acentuaba el ruido.

—En efecto—observó el viejo;—arriba es en donde hacen ruido. ¡Qué estrépito! ¡Y precisamente encima de su alcoba! ¿Quieres que dé queja?

—¡Qué impaciente eres!

—Bueno, no haré nada. Pero, la verdad es que estás muy nerviosa hoy.

—¿Quieres complacerme? Vete á acostar.

—¿No me quieres ya?

—Sí, pero estoy cansada.

—Bueno, me voy.

—¡Oh!, no, quédate... no, no; vete.

—¡Vete, quédate!... ¿Pero qué es lo que te pasa? Vaya, te dejo. Buenas noches.

.....

—Se va—dijo el joven;—alégrese usted.

—¡Que Dios nos salve!

—Esta es una lección para usted.

—¿Cómo una lección? Es usted un poco joven, caballero, para darme lecciones.

—Se las doy, sin embargo.

—¡Cielos! Voy á estornudar.

—No sea usted facineroso.

—¿Qué hacer? Haga el favor de coger mi pañuelo del bolsillo, y démelo... ¿Por qué me veo castigado de esta manera?

—Aquí tiene el pañuelo... Se ve usted castigado por sus celos. Por fútiles apariencias, corre usted como un loco, viola los domicilios, introduce usted el desorden...

—¿Qué desorden?

—Asusta usted á una joven, que tal vez caerá enferma; turba usted la digestión de un anciano, lleno de reumatismos; en fin...

—¿Pero con qué derecho...?

—Y comprenda que esta comedia puede tener un desenlace

trágico; que ese viejo puede enfurecerse al verle salir de debajo de la cama... Pero, no, con usted no puede haber nada trágico, y, cuando salga de aquí, será cosa de que todo el mundo se ría á mandíbula batiente. Quisiera verle á usted de día; ¡debe usted de hacer una linda figura!

—Lo probable es, caballero, que en su rostro de usted no se vea otra cosa que el sello de la inmoralidad.

—Le aconsejo que no hable de inmoralidades... Yo me he equivocado de piso. Lo que no comprendo es cómo me han dejado entrar; es probable que la dama esperaba á alguien que no es ni su marido, ni yo... ni usted. Pero, en todo caso, mi falta no excusaría la de usted. Usted es un viejo ridículo y celoso. ¿Y sabe usted por qué estoy todavía aquí? Por lástima de usted. Porque ¿qué haría usted sin mí? ¿Cómo saldría usted del atolladero?

.....
—¿Por qué ladra tanto la perra?—dijo el viejo.

En efecto: la perrita de la señora acababa de despertarse del sueño que había echado sobre una almohada, y, con el hocico bajo la cama, ladraba furiosamente.

—¡Maldita perra!—dijo Ivan Andreitch;—va á descubrirlo todo.

—¡Aquí!—gritó la señora.—¡Linda, Linda, aquí!

Pero la perrilla se obstinaba en querer hacer presa en la cara de Ivan Andreitch.

—¿Pero qué tiene?—preguntó el viejo.—Tal vez haya ratones debajo de la cama ó estará Lucero. Sería él el que me pareció oír estornudar hace un momento...

—No se mueva—dijo el joven;—ya nos dejará.

—No me coja las manos, haga el favor.

—No hable, no se mueva.

—Me está mordiendo las narices. ¿Quiere usted que la deje?

Ivan Andreitch logró desprender sus manos, y de pronto cesaron los ladridos de la perra; lanzaba un sordo ronquido.

—¡Ah!—exclamó la señora.

—¡Miserable! ¿Qué hace usted?—dijo el joven.—¡Suéltela! ¿Acaso no conoce usted el corazón de una mujer? ¿No comprende que nos entregará á los dos, si estrangula usted á su perra?

Pero Ivan Andreitch, amparándose en su derecho de legítima defensa, no escuchaba nada, y estranguló á la perrilla.

—¡Linda, Linda!—gritaba la señora.—¡Dios mío! ¿Qué la están haciendo? ¡Linda, Linda! ¡Bandidos! ¡Bárbaros! ¡Me pongo mala!

—¿Pero qué significa esto?—exclamó el viejo, saltando de su butaca.—¡Linda, Linda!... ¿Se la habrá comido Lucero, por casualidad? Hay que pegar á Lucero, querida mía; hace ya más de un mes que no se le ha pegado... ¿Pero qué tienes? Estás pálida... ¡Eh!... ¡Venid aquí!

—¡Salvajes, facinerosos!—seguía gritando la señora, desplomada en un sofá.

—¿De quién hablas?

—De unas gentes que están aquí, ahí, debajo de la cama... ¡Oh Dios mío! ¡Linda!...

—¡Qué!... ¿Gente debajo de la cama?

El viejo tomó una vela y se inclinó para mirar debajo de la cama. Ivan Andreitch permanecía inmóvil, más muerto que vivo; pero el joven espiaba cada movimiento del viejo, que se fué al otro lado, á la cabecera de la cama, y se agachó para mirar. En seguida el joven se esquivó.

—¿Quién es usted, pues?—dijo la dama en voz baja.—Y yo que pensaba...

—El miserable asesino de Linda está debajo de la cama—contestó el joven en el mismo tono.

Y desapareció.

—¡Ah! ya veo alguien—dijo el marido cogiendo el pie de Ivan Andreitch.

—¡El asesino, el asesino!—gritaba la señora.—¡Oh, Linda, Linda!

—¡Salga!—vociferaba el viejo dando patadas.—¡Salga!

¿Quién es usted? ¡Responda al punto! ¡Dios, qué hombre tan raro, qué hombre tan raro!

—En nombre del cielo, caballero, no llame usted á nadie— imploró Ivan Andreitch;—es completamente inútil. No soy lo que usted piensa... Caballero, es una equivocación que voy á explicarle—balbuceaba el desdichado sollozando.—Todo esto es que mi mujer... ó más bien, la de otro. Yo no estoy casado. Es un amigo, un compañero de la infancia.

—¿Qué compañero de la infancia?... ¡Usted es un ladrón! ¿Qué compañero de la infancia?

—No, caballero, no soy un ladrón, soy... Sí, es mi compañero de la infancia. Me he equivocado de puerta. Yo no soy lo que usted piensa... Padece usted, caballero, un error... Señora—añadió Ivan Andreitch juntando las manos y dirigiéndose á la joven,—usted es mujer, usted me comprenderá... He matado á Linda. Por culpa de mi mujer. Soy muy desgraciado, bebo las heces de mi copa...

—¿Pero cómo ha entrado usted aquí?—preguntó el viejo, que comenzaba á comprender que Ivan Andreitch no era un ladrón.—¿Cómo ha entrado usted? Como un ladrón, como un malhechor.

—No, caballero, no como un malhechor. Me he equivocado de puerta. Tengo el vicio de ser celoso; voy á confesárselo todo, como á mi propio padre, como realmente podría usted serlo, dada su edad.

—¿Cómo mi edad?

—¡Vaya! Tal vez he ofendido á usted. En efecto, una señora tan joven y la edad de usted... Quería decir que es muy agradable ver una pareja tan distinguida y tan proporcionada. Pero no llame usted á nadie, por Dios. Las gentes se reirían, las conozco... Conozco á los criados; también tengo yo criados, caballero... Es una chusma innoble... ¿Me engaño, señor?... ¿Tengo tal vez el honor de estar hablando con un príncipe?

—No. Dígame, en lugar de adularme, cómo ha entrado usted aquí.

—Excúseme, alteza... ¡ah, no! caballero. Se parece usted al príncipe Karotkukoff, á quien he tenido la honra de ver en casa de mi amigo el señor Puzireff.

—¿Pero cómo ha entrado usted? ¿Quién es usted?—exclamó la señora.

—Sí—apuntó el viejo,—¿quién es usted? ¡Y yo que creía que era Lucero que estornudaba debajo de la cama! ¿Quién es usted? ¡Hable!

—No puedo hablar, caballero: escucho sus ingeniosidades... Pero voy á decirlo todo... no llame usted á los criados, trátame con magnanimidad... Crea usted, señora, que es una historia muy cómica... Un marido celoso... ¡Se va usted á reir! Ciertamente, yo he matado á Linda; pero... ¡Cielos! pierdo la cabeza...

—¿Quiere usted decirme, sí ó no, cómo ha entrado usted?

—A favor de la obscuridad, caballero... Perdóneme; soy un marido ultrajado que me he equivocado de puerta: esto es todo. No soy un amante: su esposa es pura é inmaculada, si me está permitido expresarme así.

—¿Qué? ¿Está usted loco? ¿Cómo se atreve usted á hablar de mi mujer?

—¡Todavía tiene el descaro el asesino de Linda!...—exclamó la señora llorando.

—Caballero, comprendo que acabo de decir una impertinencia: no fué tal mi intención. Tómeme usted por un loco, se lo ruego; prefiero esto. Le aseguro que me hará un favor tomándome por un loco. Yo soy el tío... Es decir, yo no puedo ser el amante: esto es lo que quería decir... ¡vaya! otra impertinencia... No se ofenda usted, señora; usted comprende el amor, ese sentimiento elevado que... cuyo... En otros términos: yo soy un viejo, ó más bien un hombre maduro; yo no soy, pues, su amante. Un amante es Richardson... no, Lovelace. Ya ve usted que sé los clásicos. ¿Se ríe usted? ¡cuánta bondad! Me felicito de haber provocado su hilaridad, estoy encantado...

—¡Qué personaje tan ridículo!—decía la señora riendo.

—Sí, muy ridículo—dijo el viejo, muy contento de ver reír á su mujer.—Ridículo y lleno de polvo. ¿Pero cómo ha entrado?

—En efecto, caballero, parece una novela. ¡En plena noche, en una capital, un hombre debajo de una cama! ¡Qué historia tan rara! Pero, en fin, dejemos esto. La señora me permitirá que le ofrezca una perrita en sustitución de la que tan desdichadamente... La que destino á usted es un animalito asombroso, una bola de seda. No se alimenta más que de azúcar.

—¡Qué estrambótico es!—exclamó la señora sin dejar de reír.

—Sí, muy estrambótico—asintió el marido haciendo el dúo; —y está muy sucio.

—Caballero, me siento completamente feliz. Si me atreviese, le tendería la mano. Sospechaba malamente de mi mujer, pero ahora mis ojos se abren y sé, siento que es inocente.

—¡Su mujer!—decía la señora llorando de risa.

—¡Quién le hubiera creído casado!—dijo el viejo.

—Sí, caballero, sospechaba de mi mujer, es verdad. Sabía que en esta casa hay un lugar de citas en el tercer piso; me equivoqué de puerta, y... me escondí debajo de la cama.

—¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja!

Ivan Andreitch hizo coro.

—¡Qué agradable es—exclamó—el estar así todos de acuerdo y contentos! Porque mi mujer es inocente, ¿no es verdad, caballero?

—¡Ja, ja, ja! ¿Sabes, querida, quién es su mujer?

—No; ¿quién?

—La mujercita que encontré en la escalera, la del pollastre del bigotillo, apostaría.

—No, caballero. Le juro que no es ella.

E. M.—Marzo 1907.

—¡Ah! no pierda usted el tiempo—exclamó la joven;—suba al piso tercero: tal vez los sorprenderá usted.

—Voy á escape. Pero seguramente no encontraré á nadie. Ella estará en casa durmiendo.

—Vaya, vaya de prisa, y mañana venga á decirnos lo que ha ocurrido, y tráiganos á su mujer. Quiero conocerla.

—Ciertamente. Servidor. He tenido mucho gusto...

—Y no se olvide usted de la perrita.

—Cuenta con ella, señora—contestó Ivan Andreitch, que había ya franqueado el umbral del cuarto.—Es una monada. Servidor de ustedes. Muy honrado...

Ivan Andreitch saludó y salió.

Una vez en la calle, permaneció largo tiempo como en espera de un ataque de apoplejía. Se quitó el sombrero, se enjugó la frente inundada de sudor frío, cerró los ojos, reflexionó, y se dirigió á su casa.

Tuvo el placer de enterarse de que Glafira Petrovna había vuelto del teatro hacía mucho tiempo, aquejada de un fuerte dolor de muelas.

Ivan Andreitch pidió agua para lavarse las manos y la cara; se cepilló, y pasó á ver á su mujer.

—¡Bonita conducta! ¿En dónde has estado? ¡Qué cara traes! Tu mujer desfallece y se te busca en vano por todas partes. ¿Me estabas persiguiendo? ¡Es vergonzoso! Pronto te van á señalar con el dedo.

—Querida mía...

III

Por fin Glafira se cansó de hacerse perseguir á través de San Petersburgo por su viejo marido. Renunció á las citas dadas en la Opera ó en otras partes, y se decidió á recibir á sus... amigos en su casa. Ahora bien: la excelente mujer de Ivan Andreitch Shabrine tenía seis amigos ó, para hablar más

francamente, seis amantes. (Preciso es descansar el séptimo día.)

Añadamos que los había elegido entre lo selecto de San Petersburgo. Nos limitaremos á los dos que ya conoce el lector, Alexey Petrovitch Torogoff y Mikail Paulovitch Bobinitzine. Estos dos jóvenes, muy diferentes, daban, por decirlo así, las dos *notas* extremas de la *octava* de Glafira. Torogoff era todo dulzura, todo ingenio: guapo muchacho, de fino bigote, atildado. Bobinitzine, por el contrario, era un mocetón de poca chispa y pocas palabras. Era sólido, extremadamente vigoroso.

—Querido—le dijo un día Glafira á su marido:—estoy cansada de la gente; me voy á dedicar á la vida interior.

—¡Ah!—dijo Ivan Andreitch con profunda admiración.

—¿Te asombra? Siempre me has desconocido.

—No, no—protestó Ivan Andreitch, que no sabía si alegrarse ó entristecerse de aquella novedad;—pero, querida, necesitas distracciones, á tu edad...

—Ninguna; solamente tú, querido mío.

—¡Oh!... La verdad es que tu resolución me colma de alegría. Ciertamente que nunca te hubiera censurado por salir demasiado...

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Ivan Andreitch se turbó. Sin embargo, no quiso interpelearla respecto á aquella risa.

—...Pero temía que concluyese por fatigarte.

Glafira redobló en su risa. Su marido sintió impulsos de impacientarse, pero siguió con calma:

—¿De manera que te has hastiado de fiestas?

—Por completo.

—De todos modos, si no quieres frecuentar la sociedad, recibe en casa.

—¡No! —exclamó Glafira afectando una gravedad que disimulaba mal su gana de reir;—deseo la vida del hogar, la soledad.

—Sin embargo, la princesa Khorokoff...

—¡Jamás!

—La generala...

—¡Jamás!... Escucha: hay algunas personas á las que consentiría en ver aún, pero estoy segura de que te desagradan... ¡eres un tirano tal!... prefiero no insistir.

—¿Cómo puedes decir que soy un tirano, querida mía?

—Además, también tú desagradas á esas personas... habría conflictos... eres tan irascible, tan violento... ¡Ah! si me prometieras no presentarte nunca...

—Ciertamente: lo que quieras; me presentaré, no me presentaré... lo que quieras... Pero ¿puedo saber...?

—¡Oh! sí. El señor Bobinitsine.

—¡Ay!—exclamó Ivan Andreitch como si le hubieran dado un pisotón.

—¿Qué tienes?

—Nada. El señor Bobinitsine, un muchacho muy simpático...

—El señor Polieneff.

—¡Ay!

—¿Otra vez?

—Nada, nada. ¿También el señor Polieneff? Sí, ciertamente; el señor Bobinitsine, el señor Polieneff.

—El señor Torogoff.

—¡Ay, ay!

—¿Pero qué te pasa? Se diría que cada uno de esos nombres tiene espinas para ti.

—De ningún modo... muy bien, sí. Bobinitsine, Polieneff, Torogoff.

—Y Berseneff, y Nintokay, y Orsadoff.

Ivan Andreitch se dejó caer en una butaca; contemplaba á su mujer con estupor admirativo. De repente, su rostro se iluminó: en suma, no le disgustaba poder vigilar á todas aquellas gentes sin correr.

—Muy bien, muy bien—dijo.—¿Y qué días recibirás?

—Los seis días de la semana—declaró categóricamente Glafira, manteniendo á duras penas su seriedad.

—Los seis días de... ¡Ah!

—Y desde hoy voy á repartir las invitaciones; no te olvides de que no deben verte.

—Sin embargo...—trató de protestar tímidamente Ivan Andreitch.

Pero un imperioso gesto le impuso silencio.

A poco tiempo de esta conversación, Glafira recibía en su saloncito *boudoir* á Bobinitsine. Desde la puerta, en cuya cerradura tenía pegado el oído, Ivan Andreitch oyó esta conversación:

—No, no creerá nunca eso. Es desconfiado, receloso...

—Y cobarde—dijo la gruesa voz de Bobinitsine.

—Y cobarde también, puede ser; pero no le creo tan libertino.

«¿De quién hablan?», se preguntaba Ivan Andreitch.

—Pues lo es. Le han sorprendido debajo de una cama, la cama de la mujer de un funcionario viejísimo y achacoso.

«¡Canalla!»

—Si eso estuviera probado—dijo la voz clara de Glafira—me daría todos los derechos contra él... y las represalias.

—Ciertamente, señora; todo San Petersburgo admira la fidelidad de usted con un hombre que la engaña indignamente.

Ivan Andreitch oyó una risita ahogada; pero lo que no pudo oír fueron estas palabras que Bobinitsine dijo en voz baja á Glafira:

—Concluyamos: este papel me molesta; no he venido para representar una comedia. ¿Crees que está detrás de la puerta?

—No lo dudes—contestó Glafira en el mismo tono.

—Entonces voy á aplastarle las narices—dijo Bobinitsine, levantándose.

—No, todavía no; quiero antes darle una lección.

Siguió el cuchicheo. Ivan Andreitch se preguntaba con in-

mensa inquietud qué es lo que pasaba allí. De pronto resonó de nuevo el vozarrón de Bobinitsine.

—¡Ah! eso, señora, pasaría de la raya.

—Seguramente.

—Vamos á verlo. No creo que un hombre de honor des-cienda nunca á escuchar detrás de una puerta.

Y en seguida Ivan Andreitch, á quien el miedo paraliza-ba, recibió en la frente la puerta de la habitación. Dió un gri-to de dolor, y huyó. Antes de llegar al extremo del pasillo, oyó que el vozarrón decía:

—No había nadie.

Pero el «accidente marital» más grave de Ivan Andreitch, la aventura que ocupó durante ocho días la crónica escandalo-sa petersburguesa, ocurrió al día siguiente.

Ivan Andreitch decidió hacer una hombrada; antes de que llegara el visitante de turno — correspondía á Torogoff, — se metió en la habitación de su mujer y se agazapó debajo de un diván, de blandos muelles, mueble predilecto de Glafira.

Llegó Torogoff y se sentó en el diván. A los pocos momen-tos entró Glafira. El joven se levantó con el beso en los la-bios; pero ella se puso un dedo en la boca, y dijo con tono afable:

—Bienvenido, Alexey Petrovitch. Imagínese usted que es-taba buscando por todas partes á mi marido.

Con la mano indicó debajo del diván. Torogoff compren-dió, y se echó á reir. Después dijo:

—¿No ha mirado usted debajo de las camas? Es el escondi-te habitual de Ivan Andreitch.

—¿Quiere usted callarse? Nunca he creído esa historia.

—Esa credulidad la honra, pero no deje de mirar debajo de las camas.

Glafira, que deseaba prolongar la situación, replicó:

—Dejemos esto. ¿Cuándo es el próximo baile de Skor-puloff?

—Dentro de quince días. ¿Irá usted?

—No; ya sabe usted que he renunciado al mundo.

—¿A su edad? Es un crimen.

—Me consagro á cuidar á mi marido. Envejece, no puedo disimulármelo; necesita cuidados, afección. Me ama, le adoro; nuestra vida es una larga luna de miel.

—Es un hermoso cuadro.

Los dos interlocutores hacen una pausa para no soltar la carcajada.

Después siguen hablando de cosas indiferentes, cuando, de pronto, se abre la puerta, y anuncian al señor Bobinitsine.

—¡Qué feliz casualidad! — dice Glafira, tendiéndole la mano. (Acababa de enviarle un aviso rogándole que acudiera.)

Glafira se sienta en el diván entre los dos jóvenes, y dice á Bobinitsine:

—Estaba diciendo al señor Torogoff que he perdido á mi marido.

—¡Cómo!

—Y yo la aconsejaba que mirara debajo de las camas.

—Sí, conozco yo también la historia — dijo Bobinitsine. — Celebraría encontrar á Ivan Andreitch debajo de una cama.

—O debajo de un diván como éste — añadió Torogoff.

Aquel hubiera sido el momento para Ivan Andreitch de poner fin á semejante escena, puesto que no podía dudar de que su presencia bajo el diván era conocida. Pero era incapaz de resoluciones enérgicas.

De repente, Bobinitsine exclamó:

—Hace mucho calor aquí. ¿Quiere usted, señora, que acerquemos el diván á la ventana?

Glafira, muerta de risa, no pudo responder, pero se puso en pie asintiendo con la cabeza.

En el acto, Torogoff y Bobinitsine cogieron el diván por los dos extremos, y lo alzaron un poco para llevarlo junto á la ventana.

Glafira, que esperaba ver á su pobre marido tumbado en el

suelo, quedó asombrada al ver que no había nadie; pero, conforme se llevaban el diván, se oía como si arrastraran unas botas... ¡Ivan Andreitch iba agarrado á los flecos, como un náufrago á una tabla!...

—¡Qué ruido tan raro!—exclamó Bobinitsine.—Me parece, señora, que este diván requiere alguna compostura. Oiga usted.

Y comenzó á sacudir el mueble; de pronto lo dejó caer de golpe... Se oyó un gemido...

Cuando levantaron el diván, apareció Ivan Andreitch desvanecido.

.....

A consecuencia del escándalo tuvo que separarse de su mujer, á la que se vió obligado á pasar, por sentencia de los tribunales, una pensión anual de cien mil rublos.

T. DOSTOIEVSKY

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

(En uno de los últimos números de *Le Figaro* encontramos el siguiente artículo:)

EL BUEN SENTIDO DE UN MÍSTICO ESPAÑOL

Tentado estoy de hacer á Don Quijote responsable de un sentimiento exagerado que generalmente tenemos respecto al idealismo trascendente de los españoles, al misticismo, al ascetismo de sus doctores, de sus santos y de sus santas. Si, al lado del buen caballero, se evocan ciertos personajes de Calderón, á los que un sueño extravagante arrastra lejos de la tierra, en pleno espacio, ciertos cuadros de santidad sobrenatural de Ribera ó de Zurbarán, cuyas figuras, elevadas por el éxtasis, flotan y voltijean sobre el suelo, ó las fantasmagorías enfermizas de los «Sueños», de Goya, inclínase uno á creer que al otro lado de los Pirineos las almas tuvieron alas de una amplitud extraordinaria y que no vivían á gusto sino en la región de la sublimidad más refinada. Dícese, á la ligera, que los grandes cristianos de España gustaban, desde la salida hasta la puesta del sol, y más particularmente todavía en las sugestivas horas de la noche, las turbadoras delicias de la visión seráfica. Si se hace á San Ignacio de Loyola la merced de haber tenido, en su genio, dotes bastante apreciadas de político, de psicólogo y de diplomático, se imagina á la virgen de Avila, Santa Teresa, poseída por el deslumbramiento de las

perpetuas apariciones celestes. Y sin embargo, si jamás mujer alguna, resuelta á reformar la religión de sus hermanas, tuvo el sentido delicado, preciso de los estados más fugaces de la conciencia, tal mujer fué esa monja maravillosa. Sería curioso poner en parangón los preceptos de Santa Teresa relativos á la disciplina moral del claustro con los consejos que daba, en el siglo XIV, un notario de Florencia, Francisco de Barberino, en su poema del *Reggimento delle donne*. El italiano realista, algo escéptico, contemporáneo de Bocaccio, concordaría sin trabajo con la gran carmelita. La misma solicitud en refrenar los peligrosos impulsos de una piedad vagabunda, la misma desconfianza respecto del confesor y del director, el mismo designio de restringir en lo posible la influencia del sacerdote sobre la conciencia religiosa de la mujer. En los mismos tiempos de Barberino, una italiana de Toscana, dedicada, por vocación extraordinaria, á las cosas políticas, y á la que atormentaba la crisis atravesada entonces por la Iglesia romana, manifestó, en la manera de cantar á los Papas las verdades que éstos no conocían ó no querían comprender, una libertad de espíritu y una clarividencia muy propias para asombrar á nuestros contemporáneos.

Madame Jane Dieulafoy acaba de revelarnos una figura original, digna de figurar entre aquellos cristianos de tan sabio misticismo. El libro de Fray Luis de León sobre *La perfecta casada*, traducido del español, nos lo presentan enriquecido con una biografía y notas. Los consejos espirituales de ese fraile, provincial de los agustinos de Castilla, profesor de Sagradas Escrituras en la Universidad de Salamanca, son, todavía hoy, excelentes para recomendarlos á la meditación de las esposas, de las madres de familia, de las mujeres destinadas á ocupar en el mundo un puesto distinguido.

Este agustino fué un letrado de alto mérito, humanista, exégeta, hebraizante, dialéctico, músico. Una irresistible vocación le llevó muy joven al claustro. En 1544 pronunció los votos monásticos. «Desde mi infancia, escribe, mi único deseo

fué servir á la Santa Iglesia, y en este servicio he gastado mi salud y mi vida.» Hay cierta melancolía en estas palabras. Luis de León debió, en efecto, á su misma ciencia el sufrir muy rudas pruebas. Había acumulado en su cerebro todo el tesoro de erudición clásica, de filosofía, de teología, de lenguas sabias que archivaban, por aquel entonces, en Salamanca, en Alcalá, los maestros más ilustres de España. Podía permanecer, en su cátedra de Salamanca, un profesor todo reposo, un escolástico regular, adornado con las gracias helénicas, esparciendo, entre las espinas de su erudición ortodoxa, las flores cogidas en los jardines de Platón, de Virgilio y de Horacio. Su conocimiento del hebreo le perdió. Para un doctor del siglo xvi, español, era una empresa peligrosa el dedicarse á la exégesis de la Biblia, á la crítica independiente de los Setenta ó de la Vulgata. Fray Luis empezó, con un candor simpático, por meter en un puño á los teólogos dominicos, que eran descontentadizos y amos de la Inquisición y del Santo Oficio. Después su versión en lengua vulgar y su comentario del *Cantar de los cantares* hicieron que estallara el incendio. La obra, manuscrita, fué escrita para edificación de una patricia, prima del autor. Devuelto por esta dama á Fray Luis, el cuaderno fué copiado traidoramente por un agustino converso; á los pocos meses, el comentario, impreso, corría por todas las Españas hasta el Perú. El escándalo fué enorme, porque la traducción de las Sagradas Escrituras estaba prohibida. Las catedrales se conmovieron. Recordóse á propósito que también Lutero era fraile agustino.

La tempestad se desencadenó con inaudita violencia sobre la cabeza del temerario exégeta. Multiplicáronse contra él las acusaciones más extravagantes. Su primer delito era saber hebreo, que pasaba por la lengua «de los ángeles caídos». Descubriéronse judíos convertidos entre sus antepasados. Era visiblemente luterano, puesto que ponía la Biblia al alcance de los sencillos. Ciertamente, también dudaba del Mesías y de la vida eterna. Algunos testigos afirmaron que no decía jamás

sino misas de *Requiem*, hasta en los días de fiesta, misas sacrílegas, que despachaba al galope.

Denunciado al Santo Oficio el 17 de Septiembre de 1571, encarcelado el 27, Fray Luis vivió durante cinco años frente á la hoguera. El legajo de su proceso no forma menos de 900 páginas de impresión, y contiene, escrita por su mano, la defensa del acusado, «el más bello monumento elevado á su genio, escribe madame Dieulafoy, á su temple de alma, á su rectitud, á su virtud, á su confianza en Dios». Durante cinco años, aquel hombre luchó palmo á palmo por el honor de su conciencia religiosa. Saboreó todos los horrores de los calabozos de la Inquisición. ¡Los Padres de la Iglesia, Homero, Píndaro, Sófocles, Virgilio le consolaban en aquella gran miseria! Y, lejos del mundo, de la luz, de toda familia, escribía ese libro asombroso, *La perfecta casada*, tratado de vida cristiana para uso de las mujeres, inspirado en los *Proverbios* de Salomón, rico de experiencia española, lleno de incomparable sabiduría. Tal serenidad, tal constancia en el martirio conmovieron, por fin, á la Inquisición. El Tribunal de Valladolid, después de un interminable procedimiento, no había encontrado en las obras de Luis más que una sola proposición sospechosa de herejía. Le condenaba al tormento, pero á un «tormento moderado», á causa de la extrema delicadeza de su salud. El Tribunal Supremo de Toledo, más humano, pronunciaba una absolución completa y definitiva. Devolvían, al mismo tiempo, al heroico doctor una cátedra de Sagradas Escrituras. Entró en Salamanca como triunfador y empezó tranquilamente su primera lección con estas palabras casi sublimes:

«*Dicebamus hesterna die...* (Decíamos ayer...)»

Sus cinco años de sufrimiento se habían desvanecido como un sueño.

Las damas españolas pudieron leer entonces, sin inquietud, el libro de Fray Luis de León.

Aprendieron en él esta gran lección, inesperada, sin duda,

para muchas de ellas: que hay cristianismo, y del más profundo, en el cumplimiento de los deberes domésticos, en el culto del hogar íntimo, en el buen orden de la casa, en la vigilancia con los servidores, en la educación de los hijos, en la buena gracia sonriente que agrada al esposo, en la gravedad de las conversaciones, en la sencillez del vestido y en esa dignidad austera en que descollaban las matronas romanas en el gobierno de su familia. Este religioso censura los excesos de devoción femenina, la perpetua visita á las iglesias. «Hay mujeres casadas, dice, que se ocupan tan poco de su casa como si perteneciera á su vecina, y se pasan la vida en el oratorio leyendo el devocionario y calentando, tarde y mañana, las losas de las iglesias, y mientras tanto la criada se pierde, la hija contrae enfermedades peligrosas y el marido se da á los diablos.» A este cuadro no le falta sino el manejo del abanico. Yo he visto en la catedral de Sevilla á una señora que daba de rodillas vuelta á las naves. Esta «calentaba» la catedral. Pero ¿no estáis oyendo aquí á madame de Maintenon condenando los abusos de las austeridades y de los retiros? «Cuando una mujer instruída, escribía ella, haya faltado á vísperas por hacer compañía á su marido enfermo, todo el mundo la aprobará. Cuando digan que una mujer hace mejor en educar á sus hijos é instruir á sus criados que pasarse las mañanas en el oratorio, parecerá muy bien semejante religión.»

Desde luego comprenderéis las consecuencias de esta razonable doctrina. Fray Luis lleva á las mujeres á las obras serias de la conciencia. Con una perspicacia de confesor y una habilidad ligeramente irónica de hombre de mundo, les señala los peligros que la ociosidad, la coquetería, el refinado adorno del tocado hacen correr á las indolentes, á las aturdidadas, á las soñadoras. Condena el lujo extravagante, los brillantes, las perlas, los perfumes violentos, los afeites multicolores que hacen del rostro de una mujer bella una paleta de pintor. Pero su austeridad se inclina á amables indulgencias. Permite la

careta, la «careta bonita». «Que pinten la tela y respeten la piel.» Invoca á Aristóteles y á los cómicos griegos al lado de Salomón, contra la mentira de los cabellos postizos, del pelo pintado de azafrán que imita el rubio inglés ó alemán, de los moños altos ó colgantes. ¿En qué se mete usted, reverendo padre?, dirán tal vez las personas de espíritu ligero. Él las respondería que, en realidad, todos esos ridículos ornamentos amenazan el honor y la paz del hogar conyugal, que la mujer perfecta se contenta con agradar solamente á los ojos de su marido, desdeña la admiración de los otros, cuida de no desplegar fuera de su casa su belleza, como un estandarte que flota al viento. Como el notario florentino, juzga peligrosas las prolongadas estancias de las mujeres en la ventana. Aquí aparece, en el libro de Luis de León, una nota de costumbres muy españolas, muy frecuente en el drama y la novela picarescos, «la viejecita», la heroína siniestra de la obra más shakespeariana de nuestros vecinos, la Celestina, mensajera de amor, vendedora de joyas, de perfumes, de filtros, portadora de billetes olorosos. En cuanto la víbora se desliza por alguna parte, la casa se encuentra muy amenazada.

Que la esposa, por su modestia, su prudencia, sea la salvaguardia de la dignidad del hogar, está bien. Pero estas virtudes esenciales no son el único tesoro que la mujer perfecta aporta á su marido. Tiene, además, el deber de mostrarse amable. «Mujer, escribe Fray Luis de León, Dios te ha creado para consolar y alegrar á tu marido, á fin de que encuentre en ti el reposo de sus fatigas, que los hijos encuentren el amor, los servidores la piedad.» Que la esposa sea, pues, según las palabras de la Escritura, «la gracia de la casa». Es bastante decir que ella debe moderar el juego de su lengua, abstenerse de vanas charlas y de disputas. «He conocido á una mujer que disputaba comiendo, y cuando llegaba la noche seguía disputando, y cuando el sol nacía disputaba aún, los días de fiesta y los días ordinarios, y durante toda la semana, y todo el mes, y todo el año.» El caso es, sin duda, sumamente raro.

Pero sabido es que los teólogos prevén y analizan todos los casos de conciencia, hasta los más inverosímiles.

Me he complacido en poner de manifiesto algunos de los puntos morales de este delicioso libro. La mujer que abrace el ideal imaginado por el doctor de Salamanca no será ni una asceta, ni una iluminada, ni una taumaturga, sino una criatura razonable, excelente y digna de amor. Madame Dieulafoy ha tenido la ingeniosa idea de añadir á este opúsculo la misa de velaciones. Encuadernado en terciopelo blanco, con broche de oro, sería de un consejo más eficaz y más amable que los fríos y duros artículos del código de Napoleón.

EMILIO GEBHART



CRÓNICA LITERARIA

El libro de la decadencia: Del periodismo y de la política,
por M. Ciges Aparicio.—Madrid, 1907.

Un nuevo libro del Sr. Ciges Aparicio acaba de publicarse. Se titula: *El libro de la decadencia: Del periodismo y de la política*, y es el cuarto en una serie, de cuyos anteriores volúmenes hablé hace algún tiempo á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA. Esta tetralogía, de que forman parte un libro consagrado á la vida carcelaria en una prisión de la Habana, otro á escenas de hospital, otro á cuadros de la vida de cuartel y de la guerra de Cuba, y ahora éste que aspira á reflejar interioridades del periodismo y la política, no obedece á un plan lógico, ni á una concepción orgánica y completa de sátira social, que pretenda recoger los principales aspectos de las costumbres ó los órdenes de hechos culminantes, en que pueda ejercitar su censura y su indignación el moralista. Y digo moralista, porque, aunque yo no sé que el Sr. Ciges pretenda moralizar, todo satírico resulta á la postre un moralista. Estos libros tienen un notorio y marcadísimo carácter autobiográfico. Sus asuntos, pues, dependen de los lances de la vida del autor, de las experiencias sociales que le ha deparado la fortuna, lo cual le coloca en situación distinta de la de aquel que realiza una investigación cualquiera y elige para ello determinado objeto. Aquí el asunto aparece dado, con toda la irregularidad y toda la concreta precisión con que en las existencias individuales se presenta la realidad, de la cual á cada hombre

le cabe experimentar una parte pequeña, cuyas fronteras sólo es dable ensanchar por medio del estudio de lo que á otros acaece. El carácter limitado y parcial de estos libros y de la serie que forman es consecuencia de su carácter autobiográfico. A esta misma índole deben la extremada concreción de su asunto. No se trata en ellos ni de la vida carcelaria en general, ni de lo que es la beneficencia hospitalaria, ni de lo que la milicia representa en paz y en guerra, en la práctica, ni de la fisonomía actual del periodismo y la política en España. Exclusivamente se trata de la cárcel en que estuvo el autor, del hospital en que padeció dolores físicos, del cuartel en que moró algún tiempo, de la campaña que hizo, del periódico en que escribió y de aquella zona de la política que pudo observar directamente. Pero se engañaría quien pensara que estos casos concretos son experiencias individuales sin trascendencia alguna. Algo de la general se refleja en los casos particulares. Lo universal emana, al fin y al cabo, de una suma de hechos singulares.

El carácter de estos libros quizás depende de la idiosincrasia del autor. Son libros intensos, fuertes, producen honda emoción, tienen innegable atractivo literario. En cambio, el autor ha publicado una novela, *El Vicario*, bien escrita, pero que ni por la fábula, ni por los caracteres, ni por la intensidad dramática estaba á la altura de esas otras obras. De suerte que si, partiendo de la desigual calidad de la novela y de los libros autobiográficos, tratáramos de reconstruir la personalidad espiritual del autor como pensador y como artista, vendríamos á parar á la conclusión de que el Sr. Ciges es un observador agudo de la realidad inmediata, de los hechos que se ponen á su alcance, pero que su imaginación creadora, sus facultades inventivas son muy inferiores á ese dón de clara y penetrante visión de las cosas, de donde emana la facultad de representarlas en vivientes y cálidas imágenes. Posible es que el Sr. Ciges, que es joven aún, y cuya obra por consiguiente no puede considerarse acabada y completa como la labor de

un literato que ha dado de sí cuanto podía dar, publique otros libros que desvirtúen ó debiliten esta conclusión; mas por el momento, y como juicio provisional, parece muy verosímil.

*
* *

El libro de que vamos á tratar ahora, ese *Libro de la decadencia: Del periodismo y la política*, ofrece un manifiesto interés social. ¿Qué más social que su asunto? El periodismo y la política son hechos eminentemente sociales. Y lo primero que se le ocurrirá al que haya leído atentamente el libro y observe el silencio con que ha sido acogido, y que sólo han interrumpido dos ó tres artículos literarios, será que en España no puede haber libros de escándalo, porque falta pasión para ello en el ambiente. He de hacer la salvedad de que al hablar de escándalo no quiero decir que el Sr. Ciges haya procedido como un vulgar buscarruidos que persigue el estruendo de la calle, para sacar de ahí notoriedad ó lucro. No es esa la contextura ni el matiz de su libro. Pero lo que en ese libro se cuenta es de naturaleza propia para provocar disputas apasionadas, para ser refutado con indignación por unos, alegado como triunfante argumento por otros, para excitar la curiosidad de todos, para originar, en suma, ruido y escándalo. Tengo por seguro que un libro en que se hicieran imputaciones semejantes, publicado en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en los Estados Unidos, en Italia, se hubiera convertido rápidamente en asunto político, hubiera salido de la jurisdicción de la crítica literaria, para entrar en la amplia tribuna del periodismo político; acaso habría tenido resonancia en las Cámaras, habría determinado duelos, procesos; hubiese sido, en suma, un libro de sensación, de esos que durante algunas semanas absorben la atención del público y de los cuales se venden con rapidez miles de ejemplares. En otro estilo y con otra orientación, *La France juive*, de Drumont, no tenía acaso mayores requisitos para apasionar al público, á no ser bajo un aspecto, el de que la cuestión del antisemitismo es más vasta, está más extendi-

da y tiene más ramificaciones sociales que el estado interior de un partido y la corrupción de sus elementos de publicidad.

El argumento del libro puede relatarse en pocas palabras. Es la historia, ó un capítulo de la historia, de un joven provinciano que llega á Madrid para sentar plaza en el periodismo. Traba amistad con un bohemio de talento, un abúlico que ha ido cayendo en la vida hasta parar en la embriaguez y en la degradación. Es este último un tipo que mueve á compasión; una figura dolorosa de vencido que no lucha, que no ambiciona, que se resigna á su estercolero, aunque á veces sea sacudida su insensibilidad moral por una ráfaga de amargura al ver cómo suben y medran los que fueron sus compañeros, acaso inferiores á él en entendimiento, y al comparar su mísero estado con lo que hubiera podido ser si la fortuna le hubiese empujado, ó una voluntad tenaz asistida de dón de gentes encarrilara su vida. Las amarguras de la miseria de levita y la mezcla de abyección, de orgullo y de apatía del hombre fracasado, que, siendo inteligente y culto, ha ido descendiendo y encanallándose, por falta de condiciones para hacerse un puesto en la sociedad, están pintadas por Ciges en páginas de honda y penetrante tristeza que, siendo episódicas, son desde el punto de vista artístico las mejores del libro.

El aspirante á periodista entra por fin en un periódico. Pronto siente allí desilusión y repugnancia. Entre lo que el periódico dice al público y lo que se habla en la sala de redacción hay una contradicción manifiesta. En la letra de molde, entusiasmo por los ideales, campañas aparentes de moralidad, respeto y amor á las figuras del Estado Mayor republicano. Por dentro, se ve que todo es tramoya y apariencias: un escepticismo completo respecto de las ideas y de los hombres, burlas sangrientas de todo, la pluma usada como trabuco ó como ganzúa. Esto es lo que ve el novel redactor mientras trabaja silencioso en su mesa, entre compañeros que hacen lo menos posible y se burlan de aquel desconocido laborioso. También en esta parte es triste y desconsolador el libro, no sólo

por la crudeza con que en él están pintadas las miserias humanas, sino porque al cabo esas miserias que pinta no tienen grandeza alguna, carecen de todos los rasgos que pueden prestar al crimen y al vicio alguna elevación, ya que no le libren de la censura moral que merece. El espíritu del narrador no se muestra, sin embargo, frío y despiadado, ni se limita á pintar el mal con insensibilidad de testigo indiferente. Alguna vez, una oleada de compasión le sube á los labios y presta calor de humanidad á las escenas. Tal es aquella en que el director del periódico cuenta al novicio sus desengaños de la política y de la vida.

Después el protagonista va á dirigir un periódico de provincias, é interviene en conspiraciones republicanas. Lucha allí con rivalidades locales: con la cobardía de unos, la malicia de otros y el egoísmo de todos; se opone á chanchullos, y acaba por retirarse de una palestra donde no se puede ser caballero del ideal, ni apenas persona decente. El ambiente moral es distinto, pero no más puro que el de Madrid. *El libro de la decadencia* es un libro radicalmente pesimista. El Sr. Ciges no ha puesto en él más que lo feo, lo deforme, lo repulsivo y lo deprimente, lo asqueroso y lo grotesco que puede haber en las decadencias del periodismo y de la política. Los enemigos de los republicanos (porque entre éstos pasa la acción) harían una gran propaganda repartiendo este libro á millares entre las gentes.

El procedimiento artístico seguido por el Sr. Ciges es el de la novela; diálogo, representación plástica de escenas. La mayor parte de los personajes son innominados, pero los retratos son tales que no necesitan rótulo. Al cabo de años, si este libro del Sr. Ciges no mete más ruido del que ha metido hasta ahora, el que le encuentre en un baratillo y lo lea podrá creer que se trata de una novela política, y es fácil que le parezca exagerada y parcial en demasía. Hoy mismo, una parte del público dudará si se trata de una invención novelesca ó de una página histórica, de esa historia que generalmente no se es-

cribe, pero en que está la clave de muchos acontecimientos de bulto. Mas para los que estén algo iniciados en interioridades del periodismo y la política, esa duda será muy limitada, y la falta de nombres no les hará obscuro el relato. A lo sumo podrán dudar si la realidad está más ó menos adornada, ó, por mejor decir, más ó menos deshonrada en el libro; si el autor ha fantaseado mucho, poco ó nada; pero no pasarán á creer de ningún modo que en la obra se trate de seres ni de sucesos imaginarios.

*
*
*

Más difícil es desentrañar otro punto. ¿A qué fin obedece este libro? ¿A un fin moral? ¿A un fin ó á un impulso puramente artístico? ¿Se ha propuesto el Sr. Ciges corregir los males que pinta, haciendo de ellos una sátira personal y sangrienta? ¿O ha respondido únicamente su obra á la tendencia de hacer libros personales, subjetivos, literatura vivida, que es un aspecto del individualismo en el arte? Me inclino más á lo segundo, y desde luego tendría que hacer grandes reservas acerca de la finalidad moral del libro y su eficacia, si esa finalidad tuviera.

Hay que confesar que *El libro de la decadencia* ha aparecido en un momento muy propicio para que tales libros se escriban, esto es, en un momento de gran descrédito de la política y del periodismo. El descrédito de la política es antiguo, y obedece á muchas causas. Que no hemos tenido, en general, buenos políticos ni la política española moderna ha sido acertada, lo revela con elocuente claridad el estado del país, donde al cabo de un siglo de instituciones representativas, todo lo que las compone está prendido con alfileres; donde la vida pública es superficial y está formada de un tejido de apariencias, y donde ninguno de los progresos sociales que puede fomentar ó impulsar el Estado ha adquirido desarrollos proporcionados á los que en otras naciones ha alcanzado. Pero no todo este fracaso hay que ponerlo á cargo de los políticos profesionales. La política la hacen todos, por acción y por abstención. Ese

desdén hacia la política es una forma cómoda de encubrir la pereza y la apatía generales en todo lo que es oficio de ciudadanos. Nadie quiere molestar, y todo el mundo se escandaliza de que los negocios públicos no vayan mejor, y encuentra en ello una razón para perseverar en su propósito de no molestar. Otra razón poderosa del descrédito de la política es que el régimen moderno ha surgido en España en una época en que la decadencia nacional estaba ya muy avanzada y era difícilísimo de contener, dado caso que fuese posible lograrlo. Es dudoso que con otro régimen cualquiera nos hubiese ido mejor.

Cuanto al descrédito del periodismo, es más reciente, como también es relativamente reciente la fuerza y el desarrollo del periodismo. Ese descrédito se ha manifestado principalmente desde la guerra con los Estados Unidos. El pecado principal de los periódicos ha sido el pecado de insinceridad. Así, siendo eco de los errores de todos, incluso de los de aquellos que tenían más obligación de acertar que los periódicos, han cargado éstos con las culpas de todos, por ser los voceros, los oradores del pueblo, mientras los demás callaban y asentían, y llegada la hora del ajuste de cuentas, se lavaban las manos y han encontrado cómodo achacar todas las responsabilidades á la prensa. Las responsabilidades comunes en los regímenes democráticos se condensan en los que llevan la voz pública, en los que aparecen á la cabeza de la sociedad. Pero al cabo, prensa y política son resultado del estado social, y si éste no es bueno, no pueden serlo ellos tampoco.

El libro del Sr. Ciges, si se difundiera entre el público, contribuiría á aumentar ese descrédito, y á aumentarlo con injusticia, haciendo una mala obra, porque él habla de casos particulares, y fácilmente sacaría de su obra el vulgo consecuencias generales. El periodismo español no es el periodismo que ha pintado el Sr. Ciges, ni tampoco la política en general es tal como él la retrata. Habrá casos más ó menos numerosos de tal rebajamiento; pero el término medio no es ese, ni esa la base objetiva del concepto genérico. Por eso es el libro de Ci-

ges un libro pernicioso, bueno para leído por los literatos y los que entiendan sus alusiones, pero una mala lectura para la generalidad.

Verdad es que á esto podría objetar el autor, y tendría razón, que en su libro hay poquísimas generalidades, que todo es en él personal y concreto. La única concesión que ha hecho á la generalidad aconsejada á la sátira, al *dicere de vitiis, parcere personis*, es la de no nombrar á los personajes de su obra; concesión bien pequeña, puesto que los retratos están hablando. Y esto suscita otra cuestión: la de si es lícita la sátira personal llevada á tal extremo. Por lo menos es peligrosa, pues abre la puerta á todo género de libelos. Podrá ser justo algún libro de esta clase; pero hay grandes probabilidades de que los más sean apasionados y aun calumniosos. Es un ramo de la literatura que no conviene fomentar. Y el libro del Sr. Ciges, hay que decirlo con franqueza, tiene los dos inconvenientes: para los que están en el secreto es una diatriba personal de las más virulentas, y para el público lego en el asunto un texto infamante para el periodismo y la política.

Sin embargo, no hay que alarmarse demasiado. Los libros tienen aquí poquísimo eco, y lo más probable es que el del señor Ciges no tenga consecuencias buenas ni malas. En épocas de gran publicidad y de poquísimo respeto á todo, las más agrias censuras pierden su fuerza, y el libro que mayor escándalo produzca allí donde haya atmósfera para ello, no causa efecto parecido al de los antiguos libelos ó al de cualquier pasquín desvergonzado de los que solían aparecer á veces en épocas de autoridad y de silencio. Se habla tan mal de todo y de todos en estos tiempos, que ya el hablar mal, con razón ó sin ella, no produce impresión. A lo más producirá en los espíritus delicados una impresión deprimente de tristeza y de repulsión. Es poco agradable para la vista y para el olfato ver remover el basurero de las miserias humanas.

E. GÓMEZ DE BAQUERO



REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—OCULTISMO: Las fuerzas naturales desconocidas.—LINGÜÍSTICA: Cómo se habla el español en España.—HISTORIA: Abdul-Hamid en la intimidad.—LITERATURA: *Los señores Moloch*, de Prevost.—*La señora Butterfly*, de Puccini.—Clara Viebig.—FILOSOFÍA: La creencia y la fe.—COSTUMBRES: Los delitos por el automóvil.—IMPRESIONES Y NOTAS: El derecho, ¿es la fuerza?—Dos retratos de Voltaire.—La política moderna y los antiguos combates de gladiadores.

OCULTISMO

LAS FUERZAS NATURALES DESCONOCIDAS.—Siendo alumno astrónomo del Observatorio de París en 1861, á los diez y nueve años de edad, entró en relaciones Flammarion, según lo relata en *La Revue* de París, con Allan Kardec, por haber leído su *Libro de los Espíritus*, que se armonizaba con la obra que por entonces estaba escribiendo sobre *La pluralidad de mundos habitados*. Con este motivo se hizo miembro asociado libre de la Sociedad de estudios espiritistas, y aquél fué el comienzo de sus trabajos de ocultismo.

Las sesiones eran curiosas: comenzaban por la «invocación á los buenos espíritus» hecha por el Presidente, y en seguida los mediums escribientes, sentados á una mesa, comenzaban á escribir lo que los espíritus les inspiraban, y luego se leían los escritos resultantes, sin mesas ni veladores parlantes ni móviles, á los que Allan Kardec no daba crédito. Flammarion mismo hizo la prueba y llegó á escribir sobre asuntos de astro-

nomía firmando *Galileo*; pero declara estar convencido de que Galileo no entraba para nada en aquel dictado, que no era sino el eco de lo que pensaba quien lo escribía. De aquellas sesiones, y de las celebradas por otras sociedades semejantes con las que entró en relación, saca Flammarion la materia de sus actuales afirmaciones.

Para recibir las comunicaciones de los espíritus se empleaban tres métodos: la escritura manual, la tablita con lápiz sobre la cual se ponen las manos, y los golpes ó movimientos convencionales de una mesa. El primero, empleado por Allan Kardec, es una especie de autosugestión; se escribe en la lengua propia, sobre asunto conocido y según las ideas del que escribe; de modo que, aunque hay en la cosa algo extraño y anormal, pues las frases brotan de la pluma sin darnos cuenta de ello, el pensamiento está asociado al acto, aunque inconscientemente. El hecho de los mediums que escriben en lengua desconocida sobre asuntos ignorados, no ha podido Flammarion comprobarlo nunca, y en todo caso podía ser debido á la telepatía, á la inspiración de otra persona presente, á la transmisión del pensamiento (1).

(1) Yo mismo puedo atestiguar de uno de estos hechos. Un catedrático, director hoy de un Instituto, fué á visitarme en Salamanca en el verano de 1894, y habiéndonos dicho que recientemente había descubierto sus ignoradas aptitudes para servir de receptor del pensamiento ajeno, se prestó á varios curiosos experimentos de transmisión, tales como los de (vendados siempre los ojos) descubrir lo que habíamos ocultado en tal ó cual sitio; acertar el libro, la página y la palabra en la que estábamos pensando; tocar en el jardín (calle de Serranos, donde vivían mis padres) la hoja del árbol que estábamos mirando, etc. Deseoso de apurar los experimentos, se me ocurrió preguntarle si sería capaz de escribir lo que yo le dictara con el pensamiento, y me dijo que no lo había hecho nunca, pero que suponía que sí; le dí papel y lápiz, y le dicté una frase cualquiera que escribió sin dificultad; luego le dicté en francés el famoso verso de Corneille «Faites votre devoir et laissez faire aux Dieux», que también escribió sin tropiezo, y para apurar la cosa le dicté una frasecita en alemán, lengua totalmente desconocida para él, y el anagrama alemán de mi nombre, que acababa yo de formar para usarlo en ciertos artículos, «Franz Donaumoor Jaeger», y todo lo escribió tal y

El segundo método, el de la tablita ó pizarra con lápiz ó pizarrín, lo estudió Flammarion principalmente en casa de la señora de Girardín, y reconoce que aquello es sencillamente la prolongación de nuestra mano y nuestro cerebro. El tercero, el de la tiptología ó golpeamiento, es el que ha empleado con preferencia. Varias personas se colocan en torno de una mesa, y al cabo de cinco, diez, quince ó veinte minutos, según los casos, se oyen golpes en la mesa ó se perciben movimientos de ésta ó ruidos de sierra, de martillo, de lapicero, etc. Esos efectos físicos son hechos indiscutibles que prueban la existencia de una fuerza desconocida que, según Flammarion, es «una fuerza física de orden psíquico». Si se tratara de movimientos sin concierto, podría pensarse en los nervios ó en la electricidad; pero esos movimientos son ordenados y se ajustan á la convención establecida para que signifiquen una respuesta.

Hay, pues, una causa invisible que produce esos golpes; pero ¿está dentro ó fuera de nosotros? ¿Nos desdoblamos sin saberlo, ó estamos rodeados de un medio inteligente ó de seres invisibles, almas errantes de difuntos ó entes de otro orden? El movimiento de una mesa podría atribuirse á una fuerza desarrollada por nuestro sistema nervioso; pero cuando esa mesa da una serie de golpes convencionales, hay que atribuir su efecto inteligente á una causa inteligente; puede ser el mismo médium, pero todos los que han experimentado suficientemente el asunto saben que el fraude no lo explica todo.

Las sesiones de espiritismo las clasificaba Flammarion de un modo original: 1.º Caricias amorosas. 2.º Charlatanismo de los mediums abusando de la credulidad de los asistentes. 3.º *Algunos* investigadores serios. De los cientos de sesiones en que Flammarion ha tomado parte, no vacila en afirmar que los mediums más formales hacían trampas; pero asegura

como yo lo iba pensando y dictando con mi pensamiento, siendo de notar que la forma de letra que empleaba era muy parecida á la mía, bastante diferente de la suya. El hecho de la transmisión del pensamiento no podía ser más evidente.

que hay hechos evidentes no explicables por tramoyas de ninguna clase. Es de notar que las respuestas están siempre en relación con el grado de instrucción, aptitudes y gustos de los asistentes. La mesa produce ruidos de sierra, de fusilería, de trabajos de taller; se pone á veces tan ligera que flota en el aire, y otras tan pesada que no la pueden mover dos hombres; todo esto es pueril, vulgar y hasta grotesco, pero son hechos que hay que consignar para penetrarse bien de que se trata de algo que la prestidigitación ni la juglería pueden explicar.

Puede suponerse que el médium golpea la mesa y construye así las frases dictadas; pero se necesitaría una memoria prodigiosa para obtener exactamente tales combinaciones de letras (1), sin contar con que semejantes dictados se han obtenido también en reuniones íntimas sin que nadie hiciera trampa. En cuanto á que vengan espíritus superiores, San Pablo, San Agustín, Pitágoras, Newton, etc., á ponerse en comunicación con nosotros dictándonos sus pensamientos, es hipótesis que por sí misma se elimina. Cuando Flammarion actuaba de médium, sus dictados eran generalmente disertaciones astronómicas ó filosóficas firmadas por *Galileo*; emanaban evi-

(1) Los dictados son de todas clases: cortos, largos, en prosa, en verso y con las combinaciones más barrocas, pues á veces están dictados al revés ó bien alternando las letras. Así, por ejemplo, un dictado dice:

Suov imrap enger en edrocsid ed tirpse'l siamaj euq.

Hay que empezar por la última letra y leer: «que jamais l'esprit de discorde ne règne parmi vous (que jamás reine entre vosotros el espíritu de discordia).

Otro dictado dice así:

Acmairsvnoouussevtoeussbaoimsoentsfbiideenlteous.

Sloeysepzrmntissaeinndtieetuesnudrrvaosuessmaairlises.

Esto hay que leerlo saltando una letra, es decir, por letras impares primero y pares después, resultando lo siguiente:

Amis, nous vous aimons bien tous,
Car vous êtes bons et fidèles.
Soyez unis en Dieu; sur vous
L'Esprit-Saint étendra ses ailes.

dentamente de su propia inteligencia y jamás contenían nada que Flammarion no supiera. Lo mismo ha sucedido con todos los demás dictados: ningún punto de historia oscuro ó misterioso ha sido jamás resuelto por esas supuestas comunicaciones. Todo nos induce á pensar que somos nosotros mismos los autores de esos dictados.

Taine explica las comunicaciones médiumnísticas por una especie de desdoblamiento inconsciente de nuestro espíritu. Esta hipótesis es admisible, dadas las numerosas observaciones que se han recogido sobre los casos de doble conciencia; se aplica á gran número de hechos, pero no los explica todos; la escritura automática se comprende, pero no los golpes ni los movimientos de los objetos, ni siquiera los dictados al revés. Se habla mucho de hechos inconscientes, de la subconciencia, de la conciencia subliminal, etc. ¿No serán sólo palabras, *flatus vocis*?

Tras estas indicaciones, Flammarion dedica gran espacio á la narración de sus experimentos con Eusapia Paladino. Es una mujer ordinaria, nacida el 21 de Enero de 1854, casada con un comerciante de Nápoles, iletrada hasta el punto de no saber leer ni escribir y sin opinión sobre los fenómenos espiritistas. El resultado de los experimentos hechos lo recoge Flammarion en una lista por orden decreciente de certeza, tal como sigue: 1.º Alzamiento de la mesa. 2.º Movimientos del velador sin contacto. 3.º Golpes de martillo. 4.º Movimientos de la cortina. 5.º Silueta opaca pasando ante la lámpara roja. 6.º Sensación de barba en el dorso de la mano. 7.º Toques. 8.º Arranque del cuaderno. 9.º Lanzamiento del lápiz. 10. Transporte del velador sobre la mesa. 11. Música de la cajita. 12. Transporte de la guitarra por encima de la cabeza. 13. Huellas de una mano y de un rostro.—Los cuatro primeros hechos, y aun los dos siguientes, son incontestables; el 7.º puede ser fraudulento; los demás casos son absolutamente ciertos, 99 por 100 de exactitud; pero Flammarion quisiera observarlos de nuevo para asegurarse más.

Ninguno de estos fenómenos nos enseña nada *del otro mundo*; son hechos de orden puramente material. Pero el alzamiento de la mesa á 40 centímetros, hecho positivo, innegable, en plena luz, prueba la existencia en nosotros de una fuerza desconocida que anula la acción de la gravedad; Flammarion, que hace tantas reservas en otros casos, dice que tiene «la certeza absoluta de que el médium no ha levantado ese peso de más de siete kilos ni con sus manos, ni con sus piernas, ni con sus pies, ni tampoco ha podido hacerlo ninguno de los asistentes, y que la mesa ha sido levantada por su superficie superior». Es de notar que varias veces, y desde el alzamiento de la mesa, Flammarion había dicho en alta voz: «Aquí no hay espíritu»; cada vez que lo ha dicho, dos golpes de protesta muy violentos han resonado en la mesa.

Las conclusiones que pueden deducirse son éstas: del médium se desprende una fuerza invisible; los asistentes aumentan esta fuerza al unir sus voluntades con la del médium, formando la cadena; esta fuerza no es inmaterial; es una substancia que emite radiaciones ú ondas invisibles, pero bastante poderosa para producir los efectos anotados; en la oscuridad puede condensarse, tomar cuerpo, obrar como nuestros órganos, golpear violentamente una mesa, tocarnos; obra como sér independiente, pero esa independencia no existe en realidad, pues ese sér transitorio está íntimamente ligado al organismo del médium y su existencia aparente cesa cuando cesan las condiciones de su producción.

El mismo Flammarion se asusta de escribir lo que él llama «enormidades científicas», comprendiendo lo difícil de su aceptación; pero no encuentra otro modo de explicar los hechos observados, y yendo más allá que Schiaparelli, afirma la existencia cierta de fuerzas desconocidas, psíquicas y físicas, capaces de mover la materia, y que quizá contribuyan poderosamente á dilucidar el problema capital de la naturaleza del alma.

LINGÜÍSTICA

CÓMO SE HABLA EL ESPAÑOL EN ESPAÑA.—Tal es el título de un artículo de *La Instrucción Primaria*, revista pedagógica de la Habana, cuyo autor, Amado Nervo, comienza por declarar que no tiene la «singular pretensión» ni piensa incurrir en «la peregrina petulancia» de afirmar que en Méjico hablan mejor el castellano que en Castilla, no obstante lo cual, sostiene que en Castilla no se habla castellano mejor que en Venezuela, Colombia y Méjico.

Dice Nervo que el español, y especialmente el castellano, tiene siempre una crítica, más ó menos acerba, para la manera de pronunciar la lengua que tienen los americanos, y que nosotros, los españoles, hallamos insoportable su dicción y nos reímos de ella. «Aquí—dice,—donde todas las voces son graves, donde la pronunciación de las *jotas* es siempre mojada, donde el acento es generalmente gutural y ronco, nuestro diapasón relativamente agudo, nuestro timbre frecuentemente metálico, la dulzura á veces excesiva de nuestras inflexiones, choca extraordinariamente; no basta que algunos *adaptables* lleguen hasta pronunciar con corrección la *c* y la *z*; no hallarán gracia en ninguna parte si su voz no es grave, y sibilante su dicción.»

No hay tal cosa: el castellano tiene diversidad de matices, y uno de ellos es el andaluz, del que, con toques extremeños especialmente, es una variante el suramericano; la pronunciación de la *c*, la *z* y la *j* no es privativa de América, ni la lengua ha tenido que realizar ninguna evolución para que se produzca el fenómeno que indica el Sr. Nervo; el andaluz confunde *casa* con *caza* lo mismo que el americano, y el extremeño pronuncia *juego*, *hijo* lo mismo que el mejicano, no con *j* mojada, porque eso no tiene sentido, sino con *j* aspirada, trasunto de la aspirada fuerte del árabe. ¿Por qué, pues, nos ha de chocar esa pronunciación, si precisamente nos hace mucha gracia,

siendo el dialecto andaluz el que nos sirve en el teatro para expresar los matices más delicados de lo gracioso del genio nacional? Déjese Nervo y los que como él piensen de tales cavilidades: en el americano no nos choca ni puede chocarnos la pronunciación, que es lo que debe ser, una de tantas variantes del habla castellana como las que tenemos en la Península (andaluz, extremeño, panocho, montañés, charro, bable, etc.; y nótese que nada digo de catalán, valenciano ó mallorquín ni de gallego ó portugués, ni menos de vascuence, por ser lenguas ó dialectos enteramente distintos del castellano); lo que nos choca y nos duele no es la pronunciación ni menos los arcaísmos, ni siquiera los regionalismos, pues todo eso lo encontramos perfectamente legítimo y digno de respeto y hasta de aplauso, sino los barbarismos y los solecismos, los extranjerismos de toda clase, de palabra y de sintaxis, y los descuidos é incorrecciones con que suele emplearse nuestra lengua, esta herencia común de todos nosotros, los de allá y los de aquí; eso es lo que ridiculizamos, no porque nos complazcamos en reirnos de ello, pues harto nos duelen semejantes atentados á la lengua madre, sino por ver si logramos fijar la atención y lograr la enmienda, ya que con un poco de buena voluntad es tan fácil conseguirlo, pues no se trata de nada que afecte á lo esencial del idioma, sino á detalles de forma sencillísimos de corregir.

El mismo Nervo, por ejemplo, emplea en su interesante artículo, que en general está muy bien escrito, un giro insólito que no puede menos de chocar á todo oído castellano: «por lo que ve». ¿De dónde saca semejante modismo? «Por lo que ve á las demás provincias de España», «tanto en lo que ve á la pronunciación como á la expresión de nuestra lengua», «por lo que ve á la pronunciación del castellano», «por lo que ve al primer cargo», «por lo que ve á la aspiración de la hache», etcétera. ¿Cómo no ha de extrañarnos este modo de hablar y este machaqueo de un giro insólito (los ejemplos citados se encuentran en dos páginas tan sólo), cuando tenemos en castellano

para expresar la idea misma del Sr. Nervo tantas otras formas?: «por lo que hace», «en cuanto á», «en lo que toca», «en lo que atañe», «respecto á», etc. ¿Por qué no variar de giros si con ello gana el discurso en gracia y elegancia? ¿Por qué introducir ese giro más, que ninguna falta nos hace? Eso es lo que aquí parece mal, no la formación de nuevas voces ajustadas á los procedimientos neológicos, ni la introducción de vocablos que responden á seres que no tienen nombre en castellano, ni las variantes de pronunciación, hijas de la evolución de los sonidos en las distintas comarcas en que se habla el castellano.

«No conciben — dice Nervo — que nosotros podamos hacer evolucionar la lengua; no nos conceden siquiera que pongamos en ella ese ligero é indispensable matiz regionalista; no soportan que usemos tal ó cual modesto y discreto modismo especial.» No hay tal cosa; lejos de repugnarnos nada de eso, nos parece tan natural y tan legítimo, que lo encontramos digno de aplauso; lo que ocurre es que una cosa es «hacer evolucionar la lengua» por procedimientos lícitos y naturales, como los que antes hemos expuesto, y otra violentarla y desfigurarla con imposiciones exóticas. «El madrileño—sigue—que dice *azararse* por *azorarse*, se irrita de veras porque los mejicanos decimos *ahorita*, que en suma no es más que un humilde y castizo diminutivo.» Los madrileños del *azararse* los conocemos; pero ¿qué madrileños son esos que se irritan por el *ahorita*? Todo verdadero castellano, no digo docto ni ilustrado, sino simplemente capaz de sentir inconscientemente el valor de su lengua, encontrará delicioso ese *ahorita* tan expresivo como natural, y que tan bien traduce con elementos genuinamente castizos el «ahora mismito» que él mismo emplea.

«El madrileño que os espeta este dichoso adverbio *entusiastamente* á cada instante, se escandalizará sin duda porque vosotros engarzáis en vuestra conversación tres ó cuatro *pues*.» Tres ó cuatro docenas de *pues* os engarzan también muchos madrileños, y no madrileños, de todas las provincias, lo

que no por eso salva á semejante bordoncillo, así repetido, de las censuras que merece; en cuanto al *entusiásticamente*, ni es madrileño ni tiene carta de naturaleza, como no se reclame de alguno de esos indocumentados *chicos de la prensa* de cualquier parte, únicos que la emplean en sus partos periódicos.

Ensalza Nervo los méritos de Bello, Cuervo y Peña, por nadie desconocidos; afirma con Ricardo Palma el incontestable derecho de cada nación americana á usar sus especiales regionalismos, derecho indiscutible y hasta deber digno del mayor aplauso, y dice que á Méjico, en materia de pronunciación, no se le pueden hacer más que dos cargos: la *ce-zeta*, no pronunciada como es debido, y la ligera aspiración que tiene la *hache*. En cuanto al primero, lo mismo puede decirse de los vascos, catalanes, valencianos, andaluces, baleáricos, canarios y filipinos; «no merecemos, pues—dice Nervo,—ni el escándalo, ni el reproche de los prosodistas». Evidentemente; esa variante en la pronunciación, hija legítima del suelo y de la herencia, caracteriza á multitud de subdialectos castellanos, y es perfectamente defendible; no creemos que en España se escandalice nadie por tal cosa; nuestros oídos están hechos á esos diversos matices que nos permiten distinguir á un extremeño de un montañés, á un valenciano de un andaluz ó á un catalán de un gallego, cuando hablan unos y otros castellano, y á eso se limita toda la rechifla; sólo si acaso la gente inculta es la que á veces se mofa de tal ó cual modo de decir regional; pero ¿qué importa ni qué vale la opinión de esa gente?

En cuanto á la aspiración de la *hache*, «ni hemos llegado nunca á decir *jambre* por *hambre*, ni *jacer* por *hacer*, ni debemos olvidar que en sus orígenes esta letra tuvo una distinta y definida aspiración». Es verdad; y puede añadirse que multitud de poesías y de comedias de nuestro repertorio clásico no pueden leerse bien si no es dando valor á la *h*, constituyendo por lo tanto esa pronunciación un arcaísmo de gracioso efecto que no hay por qué criticar.

E. M.—Marzo 1907.

«Jamás en México hemos dicho *cezos* por *sesos*, como en Granada y Málaga; jamás hemos pronunciado *shinshe* por chinche, como en Cataluña y Valencia; jamás de los jamases hemos osado decir *caga* por *caja*, como en Galicia; nunca nos hemos atrevido á decir *e fueno* por *es bueno*, como en Toledo, ni *Madrí*, como en muchos puntos de Castilla la Nueva; ni hemos dicho en algún tiempo *perru* por *perro*, como en Badajoz, ó *monti* por *monte*, como en Santander, ó *ardit* por *ardid*, como en Barcelona, ó *Harah* por *Jerez*, como en Sevilla.»

En lo que tiene Nervo razón que le sobra es en afirmar la invasión de barbarismos y galicismos como *desapercibir*, *presupuestar*, *remarcable*, *aficionado*, etc., aunque en esto se halla España muy distante de igualar á las repúblicas hispanoamericanas. No hay más que coger un periódico ó revista de allá y otro de acá, á capricho, y hacer la comparación: el destrozo del castellano es horrible y verdaderamente lastimoso, siendo en este punto mucho más censurables los españoles que los americanos, pues si éstos tienen la disculpa de la mezcla de razas y del alejamiento, en España no hay disculpa de ninguna clase para los corruptores del idioma.

Nervo propone para remediar los males resultantes de esta corrupción del castellano la más íntima relación mental entre los que hablamos el español; el intercambio de libros; las ediciones baratas de escritores castizos contemporáneos, y sobre todo la instrucción del gacetillero y del periodista, que es desgraciadamente el que ejerce mayor influencia por ser el más leído, sin saber, por su crasa ignorancia, el idioma en que escribe, constantemente maltratado por su pluma incorrecta é inculta.

HISTORIA

ABDUL HAMID EN LA INTIMIDAD.—Sefer Bey nos da á conocer en *La Revue* al actual sultán de Turquía, y en verdad que es una figura digna de estudio tanto como de execración.

El 30 de Mayo de 1876, á las cuatro de la mañana, el general Redif-Pachá entró en la alcoba del sultán Aziz y le notificó su deposición; una hora después Abdul-Aziz estaba destituido y Murad V proclamado; ocho días más tarde, un ayudante del sultán destronado se presenta ante el Consejo de Ministros, dispara cinco tiros de revólver, mata á dos ministros y hiere á otros cuatro; en el entretanto, los conjurados *suicidan* á Abdul-Aziz, y Murad pierde la razón con estas cosas y es reemplazado por su hermano Abdul-Hamid II, el actual soberano, que llega así al trono en plena revolución y con guerra exterior por otro lado. Para consolidarse en el poder se instala en la colina de Yildiz, fortificándola, se desentiende de los mismos que han contribuido á elevarlo, y una vez terminada la guerra ruso-turca con el tratado de Berlín de 13 de Junio de 1878, se dedica á instaurar su régimen, único en la historia.

El problema, para él, se reducía á mantenerse en el poder al abrigo de toda sorpresa, impidiendo toda inteligencia entre los auxiliares de su dominación; para llegar á este resultado no omite ningún medio. Empieza por deshacerse de todos los que le han elevado al poder, cambia toda su corte y elimina á todos los generales de prestigio. Divide el ejército en dos secciones: la primera, á cargo del ministro de la Guerra, espionado por varios oficiales subalternos; y la segunda, su guardia personal, alojada en torno de Yildiz y mimada constantemente, mientras las otras tropas carecen de todo. Un álbum colosal encierra fotografías y biografías de todos los oficiales; pero el ministro de la Guerra no sólo no podrá trasladar á un cabo, sino que no conocerá de vista ni de nombre á los oficiales del ejército; un mariscal repleto de oro es el que estará al frente del ejército, pero sin contacto alguno con el ministro; los regimientos contendrán tropas mezcladas de todas las provincias, y los turcos tendrán jefes albaneses y los albaneses jefes turcos; cada formación de tropa será vigilada por un cuerpo de espías, que á su vez estarán vigilados por otros escogidos por

el sultán. La escuadra se pudrirá en el Cuerno de Oro para que quede inservible y no pueda meterse en aventuras ni conjuraciones. En lo judicial, elimina á todo funcionario recto y prestigioso, llenando los tribunales de personas serviles dispuestas á sentenciar lo que se les mande. Si hay quien lea un periódico sospechoso, lo denuncian, lo encarcelan y lo destie-ran al Africa ó á los desiertos de la Arabia, y si hay quien se atreva á reclamar contra tal arbitrariedad, desaparece del mismo modo, padre, hermano ó amigo. En lo diplomático, el sultán crea un personal cuya misión consiste, no en defender los intereses del país, sino en vigilar la prensa, y comprarla para que no trascienda al público nada de lo que se hace en Turquía; y de este modo asegura el silencio y la impunidad. Un cuerpo de 40.000 espías, elegidos entre bandidos y gente perdida, le tiene al corriente de todo é inventa complots y conjuras para justificar las medidas violentas que quiere tomar.

No hay dirección suprema que contraste los informes de los esbirros; pero éstos se hallan divididos en secciones que se espían entre sí, denunciándose mutuamente; lo mismo sucede en las embajadas: todo el mundo está espionado, y este sistema de espionaje se extiende á todo. Para costearlo se necesitan recursos enormes, y Abdul-Hamid se los ha creado: la famosa caja de la Deuda le permite sacar muchos millones del extranjero; luego incorporó á sus dominios todos los territorios del Estado, haciendo pasar las rentas de su patrimonio de tres á treinta millones; tomó veinte millones de las Aduanas, diez del catastro, otros diez de las contribuciones, y así ha llegado á una lista civil superior á la de los más poderosos monarcas. Como ni aun esto era bastante, ha creado multitud de nuevas órdenes, empleos y grados, que ha vendido para alimentar las insaciables cajas de su tesoro.

El telégrafo y el teléfono están en manos del sultán; no pasa un telegrama ni circula una carta sin pasar por el gabinete negro. Los funcionarios no pueden ir al teatro para que

no puedan verse y conjurarse. Toda reunión, así sea para un matrimonio ó un entierro, necesita ser autorizada por un *iradé*. Las tropas no tienen cartuchos, y los cañones están encerrados en casamatas selladas. Los ministros no se ven, ni á veces se conocen unos á otros; cuando se reúnen en Consejo, cada uno tiene que enviar al sultán un informe aparte sobre lo que se haya hablado en la reunión; personajes extraños al Consejo asisten á él para vigilar á los ministros: nadie se escapa de la red.

De tiempo en tiempo, la prensa europea independiente revela algo de lo que pasa á orillas del Bósforo; pero en seguida rectifica ó calla. Los periódicos de más prestigio no vacilan en desnaturalizar la verdad: es asunto de 500 ó 600 suscripciones que el sultán toma; los representantes de esos órganos poderosos de publicidad no vacilan en convertirse en viajeros de un comercio inconfesable, llenando los corredores del palacio de Yildiz y pregonando la tirada de sus diarios, el prestigio de su información, la importancia de sus relaciones para arrancar al sultán subvenciones y condecoraciones.

Entre las víctimas de este reinado monstruoso, pueden citarse á Muterdjim-Ruchdí Pachá, asesinado en Sarukán; Midhat Pachá, estrangulado en Taíf; Sadik Pachá, envenenado en Lemnos, como los tres antiguos y grandes visires; Savfet Pachá y Aarifé Pachá, antiguos ministros de Estado, muertos de miseria y de ultrajes; Saadula Pachá, «suicidado» en Viena; Musurús Pachá, muerto de disgusto; Hussein Pachá, ministro de la Guerra, desaparecido bruscamente una noche; Kemal Bey, el mejor poeta de Turquía, muerto tísico en su destierro de Mytilene; Said Bey, uno de los grandes escritores, desterrado todavía en Basora; Nazim Pachá, el más sabio oficial de Estado Mayor, encerrado en el presidio de Erzerum; Fuad Pachá, el Skobelev turco, encerrado en Damasco; Suleiman Pachá, uno de los más gloriosos nombres de la guerra turco-rusa, desterrado en Bagdad y asesinado; Osman Pachá, el héroe de Plevna, muerto en su jaula dorada de Yildiz de una en-

fermedad del corazón. Es una lista interminable. La Escuela Militar, la de Medicina y la de Derecho han sido diezmadas varias veces, y se cuentan por cientos los profesores y alumnos que, sorprendidos por la noche, han sido arrancados de su lecho para ser enviados á los confines del Imperio.

Abdul-Hamid, sin instrucción elemental siquiera, había medido y pesado desde muy temprano la política de las potencias europeas; sabe que no obedecen sino al más feroz egoísmo, y ha sacado partido de tal disposición de ánimo. Para asegurarse su complicidad no ha vacilado nunca, conociendo bien las gentes á quienes se dirigía. ¡Qué vergüenza y qué asco! Un embajador le provee de espías de su país; otro se encarga de negociar con la prensa; otro le facilita los medios de burlar los acuerdos de los Gabinetes europeos, incluso el de su país; y un embajador que tiene 400.000 francos de renta, no pone dificultades para que su mujer sea obsequiada con joyas de 50.000 francos de valor; y un dragoman consiente en que le paguen sus deudas de juego, y en medio de los horrores de las matanzas de cristianos en Armenia, Abdul-Hamid envía descaradamente á San Petersburgo 1.200.000 francos en perlas y rubíes, y al Zar no se le ocurre dar un puntapié á semejante regalo, teñido en sangre de los pobres armenios. ¿Y qué pensar del emperador de Alemania, que después de haber visitado el Bósforo y llevado 125 cajas de objetos preciosos, vuelve al día siguiente del degüello, cuando corre por las calles de Constantinopla la sangre de 10.000 cadáveres? ¿Qué necesidad tenía de semejante visita en tal ocasión?

El sultán ha sondeado bien la conciencia de cuantos le rodean; sabe que puede comprarlos á todos: periodistas, ministros, reyes y emperadores; la cuestión es el precio y la forma. Si el cheque y la condecoración no bastan, saca de su valija la concesión de una mina, de un muelle ó de un ferrocarril, y en último resultado la contrata de cañones, fusiles ó barcos con mayoración del 500 por 100 en el precio. Sólo un jefe de Estado, la reina Victoria, ha resistido á la tentación, según

Sefer Bey, que asegura que puede citar hechos innegables y denunciar al mundo ese tráfico indigno.

Rencoroso y vulgar, Abdul-Hamid es cobarde y supersticioso: el rayo le inspira terrores locos; el canto del gallo le exaspera; un gato que pase por el jardín al mismo tiempo que él, hace que se encierre en sus habitaciones días enteros; y si el gato es negro, le cuesta varias noches de insomnio. No ha querido autorizar el alumbrado de gas porque le han hecho creer que podría meterse dinamita en la tubería; no atraviesa las calles de Pera por temor de que los conductos de agua contengan materias explosibles. Desconfiado hasta el exceso, ha desterrado á la más fiel de sus odaliscas, porque se entretuvo en examinar el revólver del sultán, y á su hijo mayor, porque le sorprendió en conversación con una de sus esclavas. Como ejemplo típico de su desconfianza puede citarse el hecho siguiente: Preocupado por la fuga á Europa de los muchos jóvenes que han querido ponerse al abrigo de sus persecuciones, mandó á París á uno de sus mejores espías para que tratase con ellos, y los hiciera volver á Turquía, prometiéndoles montes y morenas; el emisario se hospedó en el Gran Hotel, y ¡cuál no sería su sorpresa al encontrarse con que las habitaciones contiguas á la suya estaban tomadas por otros espías encargados de vigilarle á él!

¡A qué grado de abyección y de ruina ha conducido Abdul-Hamid á su país! Ningún sultán ha perdido tantos territorios como él; su Imperio se ha desmembrado y empequeñecido; ha perdido la Herzegovina y la Bosnia, con casi toda la Tesalia, Bulgaria, Valaquia y Moldavia, Chipre, Creta, Egipto y la frontera asiática con Rusia, y está á punto de perder la Macedonia y la Arabia. ¿Qué le importa todo eso? ¿Qué le importa la descomposición en que se halla su país? Ha logrado su propósito de vivir y de disfrutar el poder, y se dice seguramente: «Después de mí, el diluvio».

LITERATURA

«LOS SEÑORES MOLOCH», DE PREVOST.—Juan Nointel estima esta obra del popular novelista francés como obra mediana por sus medianos personajes, sus medianas aventuras y su literatura mediana. Marcelo Prevost ha elegido para desarrollar la acción de su novela el principado de Rothberg... una Alemania de opereta y de novela de folletín, de princesas desocupadas y sentimentales y de preceptores franceses, belgas ó suizos, que raptan princesas; una Alemania anacrónica con sus pequeñas cortes etiqueteras, con sus príncipes haraganes, princesas indolentes y funcionarios fantochescos. ¿Quién no está harto de reirse de la gravedad bufonesca de esas cortes y de esos cortesanos? Marcelo Prevost quiere, sin embargo, alegrarnos todavía con ese gastado recurso, y produce al efecto *Los señores Moloch*.

Sus personajes son siluetas convencionales, que hacen los gestos que de ellos se esperan: el príncipe Otto de Rothberg, que cuenta entre sus antepasados un emperador, y que se acuerda de ello, hidalgo cortés, violento, cazador y bebedor, amigo de Guillermo, cuyos marciales andares imita; la princesa de Rothberg, princesa Elsa, melancólica, impregnada por la poesía alemana, que sueña con amores románticos; el príncipe heredero, nervioso, entristecido por su educación á la prusiana; el mayor de Marbach, prusiano de origen, y basta; el barón de Drontheim, jefe de policía, cuya hermana Frika es la querida del príncipe; y en la lejanía el arquitecto, el capellán, el maestro de capilla, el presidente del tribunal y el director del Luftkurost, el señor Graus. No hay que olvidar á Luis Dubert, el preceptor, joven parisién venido á menos, ni á su hermana Grita, tipo perfecto é impersonal de la colegiala parisién, adornada de todas las gracias, y fuerte con todas las audacias de su amable travesura.

No olvidemos tampoco á los señores Moloch; es el nombre

que ha puesto Grita al ilustre profesor Zimmermann, de Jena, extraña figura de viejo sabio, colérico y distraído, apóstol elocuente del monismo, adversario exaltado de los hidalgüelos y del emperador, y enemigo personal de Bismarck; representa la protesta de Alemania idealista contra la doctrina de la fuerza, contra el dogma brutal del imperialismo y el pangermanismo del mundo oficial y de las masas ciegas. De su figura ha querido hacer Prevost el alma de su obra, y es, ciertamente, el más vivo y real de todos los personajes, pero está muy cerca de no ser sino una caricatura.

¿Quién no ha comprobado la extraña deformación que sufre la vida francesa en las novelas inglesas y alemanas, ó la vida española en las novelas francesas? Son efectos del tipo nacional que tenemos en la imaginación, y cuyos rasgos esenciales, que han de responder á los que se ha forjado de ese tipo el extranjero, hay que conservar y, á ser posible, subrayar hasta tocar en la caricatura. Marcelo Prevost no se ha tomado el trabajo de estudiar á fondo el pueblo alemán; su libro no encierra informes precisos ni nuevos, limitándose á confirmar lugares comunes, aspectos universalmente conocidos de la vida alemana, y eso es lo que Nointel encuentra censurable en su novela.

Por lo demás, la intriga amorosa del preceptor Dubert y la princesa se desarrolla en un cuadro gracioso, que refleja muy bien la realidad de la pintoresca Turingia. La princesa Elsa, todavía bella, romántica y abandonada; el profesor joven, curioso de aquella simpatía que le consuela en su destierro; ambos dando paseos matinales en los que evocan la memoria del príncipe Ernesto y de su amiga la Gombault, ¿qué habían de hacer sino amarse? Se aman, y la princesa revela su amor en las cartas que dirige á Dubert durante un viaje que tuvo que hacer á Carlsbad. Deciden escaparse juntos, y Elsa lo prepara todo; pero Dubert vacila, se revuelve contra aquella alma extranjera, y en un arranque final, en lugar de llevarse á la princesa, se salva con su hermana Grita, refugiándose en París.

En torno de estos amores se desarrollan multitud de intrigas secundarias, y el agravio principal de que Nointel se queja es de que Prevost no aproveche tan excelente ocasión para ofrecer á los lectores asuntos de seria meditación, y especialmente el estudio concienzudo de Alemania. Pero ¿es que las novelas han de tener precisamente ese objeto? ¿No es esto una crítica de prejuicio?

*
* *

«LA SEÑORA BUTTERFLY», DE PUCCINI.—La última producción del afortunado autor de *La Bohemia* ha sido lanzada como un *negocio* teatral. Es una tentativa industrial que revela el desarrollo que van tomando las grandes sociedades, y los *trusts* de todas especies que reinan y gobiernan en el mundo, y que poco á poco lo van invadiendo todo. Se trata de experimentar si una obra—una ópera hoy, una novela mañana, quizá un cuadro otro día cualquiera—elegida por una sociedad explotadora, puede lanzarse al público en determinadas condiciones de resonancia para imponerla en todos los países y sacar de ella el máximum de rendimiento.

Pablo Flat lo reconoce así en la *Revue Bleue*; se trata de una tentativa en que la industria puede tener gran intervención, pero el arte ninguna; tentativa que puede dar relieve á un corredor de publicidad, pero no á un crítico dramático-musical. Esa es la nota saliente de la ópera de Puccini, lanzada por la sociedad Illica-Giacosa-Puccini-Ricordi, como síntoma preciso y diagnóstico indiscutible del carácter que reviste la hora presente.

Aparte de esto, la nueva ópera es una de tantas vulgaridades vestidas majestuosamente con la pompa teatral. ¿Es invención ó adaptación? Ferrier la ha traducido de Illica y Giacosa, que á su vez la han tomado de John Lang y de David Belasco, que por su parte la han sacado del exotismo cosmopolita y mundial: sabia preparación en que el japonismo, el italianismo, el americanismo y todos los *ismos* se dan la mano para venir á

parar á esa cocina extraordinaria en que predomina como triunfante salsa el exotismo omnipotente.

Imaginaos una aventura de amor exótico, como las habéis leído en *El matrimonio de Loti*, en *La señora Crisantemo*, en todas las raspaduras de la paleta de Loti; arregladla con la atmósfera y el color del país de moda, y tendréis una débil idea de la vulgaridad del argumento de *La señora Butterfly*. Esa heroína de ópera cómica es la imagen simplificada de la que Loti tuvo el secreto de diversificar sacándola de un tipo único, para adaptarla á las exigencias de los distintos climas á que la transportaba: el vestuario es variadísimo; pero el alma es siempre la misma, así como el corazoncito de animal sensual y gracioso que latía bajo aquellos múltiples disfraces. Es la linda Geisha japonesa, Crisantema, Rarahu, y en este caso Cio-Cio-Sam, que se convierte en la señora Butterfly, enamorada del galoneado teniente Pinkerton, con la sola diferencia de que Loti era francés y Pinkerton es un americano.

Animalito sensual, la japonesita de quince años se desliza en los brazos del oficial que la ha prometido el matrimonio, y que no tarda en dar suelta á su mariposa dejándola sola; todo el segundo acto lo llena el dolor de la Butterfly, que se lamenta en todos los tonos como Calipso, y que recibe diversas visitas, sin hacer caso de nadie, ni aun del príncipe Yamadori. Ella es fiel, y aguarda la vuelta de Pinkerton, que vuelve en efecto, pero casado, y esa es la diferencia entre las vueltas de Loti, que, cuando volvía, era siempre solo, y esta vuelta yanki, en la que Pinkerton aparece del brazo de su mujer. La buena Butterfly no puede resistir semejante ultraje, y se abre el vientre, según el método clásico del Hara-kiri japonés. Y se acabó la ópera.

Sobre semejante fábula, que apenas honraría la inventiva de un chico del Instituto alumno de Retórica, el maestro Giacomo Puccini ha derramado las estrepitosas sonoridades de un arte que no tiene de común con la música más que las apariencias exteriores, pero que produce su efecto como *músi-*

ca de paseo en gentes que no se preocupan de buscar en la música la emoción estética. Y esa es la nueva obra de Puccini, lanzada con todo el estrépito de un reclamo de primer orden en pleno París, para que desde allí irradie á todas partes. Para Pablo Flat, y creemos que tiene razón, semejante tentativa de industrialismo artístico es una ofensa á nuestro sentido literario y á nuestro gusto musical.

*
* *

CLARA VIEBIG.—En 1895—dice en la *Nuova Antologia* Gagliardi — casi nadie conocía el nombre de Clara Viebig, hoy querido y popular en Alemania y comenzado á estimar en el extranjero. En un bosquejo autobiográfico, declara la señora Viebig que tiene tres países de origen: Tréveris, donde nació en Julio de 1861; Düsseldorf, donde transcurrió sin nubes su adolescencia, y la extrema Tule, donde pasó algunos años con su madre, después de morir su padre.

Éste era un alto funcionario, de familia rica, y la madre hija de un pastor evangélico; protestante por sus padres, y con las visiones poéticas y sugestivas del catolicismo en su segunda patria, Clara creció libre como flor selvática, en constante contacto con la naturaleza. Un venerable magistrado, Mathieu, amigo de la familia, fué el primero en descubrir las aptitudes de Clara, en los paseos que daba con ella á orillas del Mosela. Clara se aventuraba por las cabañas del Eifel, buscaba la compañía de los miserables y sabía apropiarse su alma ruda y generosa; de allí salió su primer trabajo, una colección de deliciosos bocetos con el título de *Kinder der Eifel* (muchachos del Eifel), serie de idilios y de dramas, de tipos egoístas y calculadores, generosos é indiferentes. A este período de formación del primer estilo corresponden también *Alba y aurora*, *Los aficionados de la vida* y *Todo por el arte*.

La primera solemne afirmación de Clara Viebig fué *Die Wacht am Rhein* (El centinela del Rhin), obra de gran aliento, en la que se ven contrapuestas la rigidez protestante y la mo-

ral católica de manga ancha, la inflexibilidad prusiana y la cordialidad expansiva de los alemanes del Sur, siendo el protagonista un soldado de carácter heroico, y su familia, dividida por las ideas político-religiosas. *El ejército durmiente* es una elocuente protesta contra los pérfidos métodos de gobierno preferidos por Alemania para vencer la heroica resistencia de Polonia á la germanización; es una prueba de altísimo valor cívico al publicarlo en plena campaña de persecución á las ideas de tolerancia que defiende.

Clara Viebig, como todo espíritu verdaderamente independiente, no ha querido nunca alistarse en ninguna bandería, de cualquier clase que fuese. El feminismo ha hecho grandes esfuerzos por conquistarla, pero no lo ha logrado. En la novela *¡Viva el arte!*, en la que ha puesto toda su alma, hace decir á un personaje: «Las mujeres que ostentan una morbosa susceptibilidad sentimental y se rehacen á su guisa un mundo de jarabe, son ridículas; las que gritando «¡mirad, así somos nosotras!» se despojan á sí mismas y á sus hermanas de la última vestimenta, son repugnantes; pero las que intentan poner calzones á su femineidad y se desgañitan gritando «queremos ser iguales á los hombres», esas merecerían unos azotes.»

El libro más altamente humano de la Viebig es *El pan nuestro de cada día*, colección maravillosamente surtida de siervas y de amos, con todas sus virtudes y defectos, mezcla de heroísmo y de mezquindad egoísta, caleidoscopio iluminado por lámparas de verdadera genialidad que hacen pensar en Balzac. La Viebig ha descendido también á los bajos fondos sociales para estudiar los tipos y caracteres que en ellos hormiguean, y ninguna aberración, ninguna infamia del alma popular ha dejado de hallar en la ilustre escritora su pintura exacta. El eminente publicista Hans del Bruck confiesa que «es maravilloso cómo una sola persona ha podido asimilarse condiciones tan diversas para evocarlas tan vivamente». La Viebig se inspira siempre en un gran fondo de amor, de hija para cuanto la es superior, de madre para cuanto está por bajo de ella.

El centinela del Rhin, *El ejército durmiente* y *El pan nuestro de cada día* son obras de conciliación y de justicia. La nota de la maternidad es la que ella sabe hacer resonar mejor, tanto para conmover como para convencer, y á esta nota simpática es á la que debe su grandísima popularidad. Bárbara Holzer, uno de sus tipos del *Eifel*, mata para defender á su criatura; Mina, la heroica paciente de *El pan nuestro*, se transforma en una leona cuando se trata de hacer reconocer al padre y á todos el fruto de un momento de aberración; la señora que en *El centinela*, forzando la consigna, penetra en el lazareto buscando en vano á su hijo de cama en cama, es una aparición inolvidable; *Culpable* es una deliciosa variante del dolor inconsolable de Gretchen por el acto insano que la obliga á suprimir la propia criatura por la inexorable necesidad de su expiación.

El ejército durmiente está todavía siendo alabado por todos, y ya le disputa la atención pública *Einer Mutter Sohn* (Hijo de madre), en cuya obra se plantea el escabroso problema siguiente: «¿Puede una señora, á quien está vedado el goce de la maternidad, proporcionarse su ilusión, privando á una madre del propio hijo para adoptarlo?» La conclusión es desconsoladoramente negativa. Maupassant no lo hubiera hecho mejor.

Clara Viebig es hoy, por la versatilidad de ingenio, agudeza de observación, intensidad de síntesis, pasticidad representativa, y sobre todo por su infatigable laboriosidad, la más á la vista de las no pocas escritoras alemanas dignas de la máxima atención del público ilustrado. Nadie la supera en el dón de infundir alma á los paisajes y á las personas, en reflejar el mundo tal como es, con sus maldades, y especialmente con sus bellezas.

FILOSOFÍA

LA CREENCIA Y LA FE.—En la notable revista internacional *Caenobium*, que ha comenzado á publicarse en Lugano, y cuya

aparición saludamos, deseándole larga y próspera vida, encontramos un interesante trabajo de E. Girau sobre el tema que encabeza estas líneas.

No es lo mismo la creencia que la fe. El verbo *creer* expresa ya una simple hipótesis, ya una opinión fundada, ya una certeza moral, ya un estado de alma próximo á la fe. La palabra *fe* puede expresar sucesivamente un acto irreflexivo de seguridad (tener fe en la inmutabilidad de las leyes de la naturaleza); un arranque espontáneo de confianza (tener fe en la palabra dada); un abandono completo de la voluntad (tener fe en alguien, profeta ó sabio, abandonándose á su dirección); una adhesión completa del espíritu (tener fe en la autoridad de un libro ó de una persona, la Biblia ó el Papa), etc. ¡Qué sonidos discordantes produce el empleo de la terminología religiosa en labios de los adversarios de la religión! La fe se convierte en dogma, la creencia en credulidad; fe y dogma, credulidad y creencia, todo se embarulla en el espíritu.

La fe tiene muy mala prensa á su servicio; pero subsiste siempre. En los días de tormenta de la vida, surge lentamente de los misteriosos repliegues del alma y esparce en nuestro obscuro camino algo de claridad. Pero somos seres racionales y no podemos prestarnos por sentimentalismo á ser juguetes de una ilusión. ¿Es legítima esa fe? ¿Sí, ó no? ¿Es la adversaria de la ciencia imponiendo á sus partidarios la negación de los resultados obtenidos por el saber humano?

Topelius, un escritor finlandés, parece afirmar así en este lindo diálogo:

«—Ahora que el astro del día ha terminado su carrera, levanta los ojos, hijo mío, y mira al firmamento. ¿Ves cómo brillan las estrellas en el puro azul del cielo? ¿Qué son esas estrellas? ¿Lo sabes tú?

—Son los ojos de Dios, padre.

—Sí, es una bonita imagen esa. Pero tú ves la estrella de la tarde, cuyo brillo es tan suave y tan límpido. ¿De dónde viene esa brillante claridad? ¿A quién pertenece la luz que irradia?

—Es el reflejo de la gloria de Dios.

—Sí, ciertamente. Pero tú no ignoras que la estrella de la tarde es un planeta, y te acuerdas de lo que es un planeta, ¿no es verdad? ¿A quién, pues, obedece la estrella de la tarde?

—A la voluntad de Dios.

—Quiero decir que cuál es el poder celeste que la ha sometido á su dominio y que la obliga á girar sin cesar en el mismo círculo.

—La omnipotencia de Dios.

—Desde luego. Pero ¿no comprendes, sin embargo, que es el sol quien la atrae, lo mismo á ella que á los demás planetas? ¿Cómo se llama esa fuerza que todo lo atrae?

—El amor de Dios.

—Se llama gravedad y atracción. Pero ¿qué es lo que impide que esa estrella se caiga en el disco del sol? ¿Cómo explicar esa nueva fuerza?

—Es la sabiduría de Dios.

—Es la fuerza centrífuga. Pero dejemos eso. Tú tienes tu astronomía propia, que no es cosa despreciable. ¿De quién la has aprendido?

—De la palabra de Dios.

—¡Siempre Dios! ¡Oh hijo mío! ¿Quieres hacer un cambio conmigo? Yo te daría con gusto mi poca ciencia si pudiera conquistar en cambio un poco de tu fe infantil... Pero no; ¡guárdate bien de cambiar tu oro por mis guijarros!»

¿Es verdad eso? ¿Hay que renunciar á la ciencia para conquistar esa fe infantil? ¡Terrible alternativa! ¡Fe ó ciencia! Y los más feroces adversarios de la religión y la mayoría de los cristianos están de acuerdo en que esa incompatibilidad subsiste. Y la vacilación en quien se ve obligado á escoger no existe: elige la ciencia. No es posible formarse idea del número de almas piadosas á quienes esa noción tradicional de la fe ha alejado de la religión.

Ahora bien: de que rechacen esa noción inaceptable de la fe, ¿se deduce necesariamente que rechacen *la fe*? No lo per-

mita Dios. Se acusa á la fe de crímenes de que es inocente; la culpable es *la credulidad*, que rechaza todas las objeciones, que se niega á leer, á conocer, á saber, sosteniendo contra viento y marea las creencias menos sostenibles. La fe no es la credulidad ni la creencia: la fe es un estado de alma; la creencia, una operación del espíritu; la fe y el vuelo místico que nos transporta de un salto en pleno misterio, poniéndonos en contacto con lo Invisible, lo Inaccesible, lo Insondeado; la creencia es el balbuceo de nuestra razón, que explica cosas que no comprende; la fe, elevándose sobre las relatividades que pesan sobre nosotros, afirma lo Absoluto; surgiendo entre las limitaciones que nos oprimen, afirma lo Infinito; dominando las iniquidades humanas, afirma la Justicia; victoriosa de las muertes sucesivas, afirma el triunfo de la Vida. «¡Dios está allí!», proclama la fe del patriarca perdido en un país desconocido. «Yo no lo sabía», murmura la razón; y entonces la creencia, *que no duda de nada* y pretende saberlo todo, explica el hecho maravilloso: «Dios se ha revelado en un sueño; habita en esa piedra donde el patriarca ha dormido; hay que levantar piadosamente esa piedra, habitación de Dios, y convertir este sitio en lugar santo, que se llamará *Bethel*, casa de Dios». Y así procede la creencia, marchitando con su torpe pie las flores delicadas que la fe produce.

La creencia, resultado de múltiples influencias, está sujeta á las leyes de la evolución: nace, se precisa, se desarrolla, se debilita y muere; la fe varía en intensidad, pero conserva siempre su carácter: la fe del sabio es de la misma naturaleza que la fe del creyente. A pesar de todas las apariencias y de todas las negaciones, «el mundo marcha por la fe»; los más feroces adversarios de las religiones no marchan sino por la fe. Se puede ser hombre de fe sin prestar adhesión á tales ó cuales creencias. La intensidad de la fe aumenta en razón directa de la convicción, y en ningún dominio se impone la convicción con más fuerza que en el dominio religioso; por eso no es la fe tan viva en nada como en la religión.

La tradición, en su locura de conservatismo, ha acumulado en nosotros las nociones más disparatadas y contradictorias: selvas inextricables de creencias y de dogmas cierran el horizonte, y espesas nubes de especulaciones metafísicas flotan sobre nuestras cabezas; el alma, prisionera de ese pasado, vegeta, indiferente ó dócil. Al lado del *Jesús de la Historia* han brotado multitud de explicaciones piadosas y afirmaciones metafísicas que pronto se han cambiado en creencias y petrificado en dogmas. Y así se ha formado ese árbol robustísimo, á cuyo pie esperan orando multitud de creyentes. Pero he ahí que algunas de sus ramas enferman, y varios creyentes ilustrados y atrevidos se deciden á cortarlas: la multitud protesta; pero los verdaderos hombres de fe no vacilan, y aunque sufren por la dolorosa tarea, cortan las ramas enfermas para salvar el tronco: es el derecho de la crítica científica y razonada, que podrá atacar, en su afán de depuración, alguna fundada creencia, pero que no puede dañar á la verdadera fe, que habita en regiones inaccesibles á la razón. Por grandes que sean los estragos de la ciencia en nuestras movedizas creencias, la fe obligará á la razón á producir otras y otras.

El escritor finlandés tenía razón: la fe del niño es una riqueza inapreciable; pero se equivoca al decir que deben abandonarse los guijarros de la ciencia por los tesoros de la fe. Apoyándonos en las conquistas de la ciencia, podemos remedar perfectamente las inocentes respuestas del niño del siguiente modo:

«—Ahora que estamos solos, padre, y que puedo hablar con el corazón en la mano, dime: ¿cuál es esa misteriosa claridad que á ciertas horas brota de pronto en mi alma?

—Es la mirada de Dios, hijo mío.

—Es una bonita imagen. Pero yo me dirijo al sabio, y he aquí lo que quiero decir: tengo por momentos la impresión de que llevo en mí una voluntad que se opone á la mía, que no quiere cuando yo quiero y que me obliga cuando no quiero... ¿Sabes lo que es?

—Sí, hijo mío; es la voluntad de Dios.

—Mira, papá, te lo suplico: haz el favor de prescindir de las cosas que se dicen á los niños. Te pido tu opinión sobre esas herencias obscuras que sentimos en nosotros, y cuyo aporte misterioso ha modelado nuestra conciencia. Te pregunto en qué medida somos libres. Si soy libre, ¿de dónde viene que me sienta obligado? Si no soy libre, ¿qué es lo que limita mi libertad?

—El poder de Dios, hijo mío.

—¿Es una apuesta? Háblame con formalidad. Te he dicho que me dirijo al filósofo, al hombre de estudio y de investigación. ¿Cómo llamas á esa fuerza cuya irradiación llega hasta mí cuando obedezco su orden misteriosa? ¿Cómo llamas á esa fuerza que, casi aniquilando mi voluntad, me atrae invenciblemente, irresistiblemente, hacia la justicia, hacia la verdad, hacia la belleza, hacia todas las formas de lo que se llama lo divino?

—El amor de Dios.

—¿No es simplemente una manifestación de la ley universal de *atracción*, que los esplendores de lo divino ejercerían sobre los instintos oscuros de nuestro sér? ¿No es una manifestación del mecanismo ciego que conduce el universo?

—Es una manifestación de la sabiduría de Dios.

—¡Siempre Dios! ¡En todas partes Dios! Pero vamos á ver, padre, ¡tú sabes, tú! Tú no te engañas sobre las pretendidas revelaciones. Sabes lo que valen las leyendas bíblicas y la generalidad de las creencias de la antigua Israel ó de las iglesias cristianas. Sin embargo, me das la impresión de que estás ligado á ese pasado de error y de credulidad. ¿Qué haces del inmenso esfuerzo de los siglos, de las bellas conquistas del espíritu humano, de las verdades adquiridas que profesas y que te honras con profesar? ¿No es eso nada para ti?

—Sí, hijo mío; todo eso forma parte del *Verbo de Dios*, que se revela por la razón del hombre. La ciencia ha puesto en tus manos piedras preciosas, oro, diamantes, que la humani-

dad ha pagado con su sangre. ¡No te desprendas nunca de ellos! Auméntalos, si puedes. Busca sin cansarte, como buscan los que, habiendo encontrado, siguen buscando todavía, porque, como dice el Eclesiastés, «el hombre que ha llegado al término no hace más que empezar». Pero no te engañes: lo que te trae la ciencia son *creencias* aún. Consérvalas, sin embargo, preciosamente; son polvo de divino. Lo divino mismo no puedes captarlo sino en su fuente, por la fe. Escucha lo que dice Renan, que confesarás que no es sospechoso de amor excesivo á las religiones reveladas: entre los creyentes, «el último de los simples, con tal de que se practique el culto de corazón, sabe más sobre la realidad de las cosas que el materialista que lo cree explicado todo por el azar y lo finito». Yo soy de su opinión, hijo mío.»

COSTUMBRES

LOS DELITOS POR AUTOMÓVIL.—Interesante como todos los suyos es el artículo que César Lombroso publica en la *Nuova Antologia* sobre los delitos cometidos con el automóvil. Cuando publicó otro semejante acerca de la bicicleta como instrumento auxiliar del delincuente, dijo que no sucedía lo mismo con el automóvil; entonces no estaba este vehículo tan difundido, ni se hallaba, por su precio, al alcance de los ladrones ordinarios; pero Lombroso reconoce que, fuera de estos criminales, hay otros que, asociados, disponen de grandes recursos para la ejecución de sus delitos. Así los ladrones internacionales, que emplean el cloroformo, anestesiando á los viajeros para robarles cómodamente en los trenes de lujo, suelen ser *gentlemen* de tipo distinguido, para no despertar sospechas, como los que se dedican en los grandes hoteles á desvalijar á los incautos, perforando el tabique de la habitación contigua y haciendo pasar por el agujero un tubo con éter para adormecer á los vecinos y poder saquearlos tranquilamente. Hace

unos meses se descubrió en Moscú una pandilla de treinta ladrones internacionales que llevaba el título de *Los Aristocráticos*, y no se permitían robos pequeños, debiendo pasar el que menos de medio millón de francos; el jefe de la cuadrilla, Radzikowski, llevaba un bastón de mil rublos, y todos hacían alarde de sus riquezas.

El automóvil no podía menos de ser usado por los criminales para sus fines, como se ha usado el teléfono para la difamación, la fotografía para los rescates, los seguros para el fraude, el reventador eléctrico que abate de un golpe á los pasajeros para el salteamiento de caminos, los aparatos fotográficos para las falsificaciones de billetes, el radioro para las monedas, la dinamita para las cajas de caudales, el hipnotismo para los estupros, las bombas para los regicidios, las bacterias para los asesinatos.

El primer presunto reo que recorrió Italia en automóvil fué un ex ministro acusado de defraudación; atravesó toda Italia, de Roma al Tirol, y si el amigo que guiaba el automóvil no hubiera revelado lo ocurrido, no se sabría todavía cómo se había realizado la fuga; dos años después, ese mismo acusado, por el mismo medio, pudo regresar á Roma, firmar un acta notarial que necesitaba para su proceso y volverse al extranjero sin dejar huella alguna de su paso. Casale, el asesino del abogado Bianchi, de Perusa, había preparado un automóvil para huir de la ciudad apenas cometido el crimen; pero la policía pudo prevenir su fuga. Gallay, que robó un millón de francos al Banco de Descuento de París, pudo correr de París al Havre con su querida y su botín sin que nadie lo advirtiese, hasta que el flete de un *yacht* vino á descubrir su dirección.

También se sirvió del automóvil otro criminal de París: depositó una fuerte suma en el Banco Nacional, y pocos días después se presentó á un banquero de una ciudad vecina pidiéndole una cantidad considerable que le urgía tener para pagar una deuda de honor, y dando en garantía un cheque contra el Banco Nacional; el banquero comprobó por teléfono la existen-

cia real de la cuenta corriente, y concedió la suma pedida; pero apenas obtenida ésta, el bribón montó en su automóvil y se presentó en el Banco Nacional, retirando su depósito unas horas antes de que el banquero presentara su cheque, dejando burlada la buena fe del banquero.

Más frecuentes que los robos son los raptos de muchachas, generalmente por acuerdo recíproco, pero á veces contra su voluntad; han ocurrido en Sicilia, en Nápoles y en París, algunos seguidos de matrimonio, otros de rescate y uno de muerte de la raptada. El célebre tenor Bonci, casado y con tres hijos, tenía un hotelito en Vallombrosa, en la vecindad de un riquísimo industrial, á una de cuyas hijas enamoró; el 4 de Agosto último invitó á la familia de ésta á una excursión, recorriendo en su *Fiat* Florencia, Liorna y Montecatini y volviendo á su quinta; por la noche se descubrieron los culpables amores, y Bonci sufrió las justas censuras de su conducta; se despidió bruscamente, mandó al *chauffeur* que le esperara á media noche, y escapó con la muchacha á Bolonia, Ferrara y Padua, desde donde volvió á Florencia; sólo entonces comprendió el *chauffeur*, por lo que dijo, que había favorecido un rapto; los amantes, que habían dado un nombre falso en la fonda, partieron para Venecia y aquí se perdieron sus huellas hasta Viena, desde donde la pobre joven robada volvió al seno de su familia y Bonci tornó á consagrarse al arte.

Hace dos años fué víctima el conde de Ossel de su automovilifilismo; tenía en Medan, cerca de París, una quinta, siempre abierta á sus compañeros del auto-club. Una mañana, á las once, recibe un telegrama de su notario diciéndole que le espera con urgencia á las dos; parte, y media hora después llega un magnífico automóvil á la quinta con cinco personas: tres caballeros y dos señoras, cubiertos de polvo, de condecoraciones y de velos; preguntan por el conde, del que dicen son convidados, y al saber que ha salido se muestran desconcertados y preguntan por una fonda donde descansar y almorzar; el administrador, conocedor de la generosidad del conde y te-

miendo una reprimenda si los deja marchar, les hace pasar, les ofrece un almuerzo improvisado, y queda contentísimo de poder dejar en buen lugar el nombre de su amo; los invitados, después de almorzar y descansar, dicen que van á salir al encuentro del conde para darle una sorpresa, y salen, en efecto, en su automóvil. El conde llega, furioso por las noticias de su notario, que no le había teleografiado nada, y al saber la venida de aquellos supuestos amigos, empieza á comprender; entra en sus habitaciones y se encuentra con que han desaparecido todos los objetos de valor que tenía en ellas. Como éste, se han cometido otros muchos robos en los alrededores de París, entre ellos el del prefecto del Sena, el del jefe de la policía y el del ingeniero Michaud.

También se ha utilizado el automóvil para la exposición de niños. Hace pocos meses, en la aldea liornesa de Tombarello, un *chauffeur* de acento forastero bajó de un automóvil y depositó un bulto junto á una pobre casa en medio del campo; cuando llegó la dueña se encontró con un niño y empezó á gritar porque no podía criarlo con sus escasos recursos; otra mujer, no menos pobre, pero más humana, lo recogió y le dió de mamar, encontrando con agradable sorpresa entre sus pañales un billete de mil pesetas.

Todo esto sin hablar de los delitos más frecuentes; los producidos por la velocidad del automóvil que atropella cuanto se le pone delante, por ignorancia, por falta de destreza y por imprudencia de los conductores ó de los atropellados; aunque propiamente no son delitos, pues falta la voluntad, las víctimas son numerosas, y de día en día aumentan más, llegando á ser terrible la indignación contra el automóvil y no estando lejano el momento de las represalias si cuanto antes no se adoptan eficaces medidas para evitar atropellos, y principalmente la de construir caminos especiales para los automóviles, costeados por los automovilistas.

*
* *

IMPRESIONES Y NOTAS

EL DERECHO, ¿ES LA FUERZA?—Dorado Montero, el reputado catedrático de la Universidad de Salamanca, ha publicado en la revista *Derecho y Sociología*, de la Habana, una serie de artículos encabezados con la pregunta que sirve de epígrafe á estas líneas, y cuyas conclusiones parecen ser afirmativas.

Dorado anticipa la declaración de que habrá gentes á quienes no agradará lo que dice. «Tampoco nos agrada, por ejemplo—dice respondiendo á esas gentes—tener antepasados, ó padres, ó hermanos criminales; pero no se trata de agradar ó no agradar; se trata de ver cómo son las cosas y de decir cómo son.» Y son evidentemente como él las expone, con su lucidez acostumbrada; y por dolorosas que sean sus afirmaciones, no hay más remedio que aceptarlas.

«Las leyes—dice, sintetizando su pensamiento—se hallan destinadas á desarrollar la situación de fuerza constitucionalmente establecida, á dar desahogo á las manifestaciones del poder de hecho, que se ha tornado en poder de derecho; á canalizar y asegurar esas manifestaciones. Tienen el mismo carácter que las leyes ó pactos impuestos por un pueblo más fuerte á otro más débil, por el conquistador al conquistado, y por el señor feudal al feudatario. La fuerza soberana, llámese monarca, aristocracia ó clase dominante, impone su voluntad, y esa voluntad es la ley. Y las relaciones de fuerza y de predominio que autoriza y asegura esa otra relación de fuerza que recibe el nombre de ley, son los derechos que unos hombres tienen frente á los otros, las facultades y exigencias jurídicas que pueden alegar. Donde esa autorización y ese aseguramiento faltan, allí no hay derecho. El derecho se alimenta de fuerza. Por eso cabalmente se hace consistir su característica esencial en la coacción, que es fuerza; ya en la coacción actual, ya en la posible. Si no hay derecho sin coacción, no hay

derecho sin fuerza, lo que equivale á decir que uno y otro tienen igual índole.»

*
* *

DOS RETRATOS DE VOLTAIRE.—Gustavo Lanson acaba de enriquecer la colección de los «Grandes escritores franceses» con un estudio sobre *Voltaire*, del que dice Emilio Faguet que es maravilloso, porque en sus 200. páginas ha sabido encerrar Lanson una biografía tan completa de Voltaire que no hay ni un solo hecho importante ni una sola idea de Voltaire que no se encuentre allí definida con precisión y luminosamente explicada.

He aquí un retrato de Voltaire á los treinta años: «Voltaire es un carácter compuesto, no sólo por la variedad natural de sus inclinaciones, sino también por la influencia del tiempo confuso en que vive y los medios diversos que ha tenido que atravesar. No es malo, sino más bien bueno y humano, capaz de impulsos generosos; aborreciendo la injusticia, pero embriagado de amor propio, ávido de todos los goces, sobre todo del goce de sentirse sér y obrar, fastuoso, estrepitoso, impresionable, irascible, chismoso, entusiasta, móvil, curioso, insolente, listo, pillete, niño mimado. Sobre este fondo la vida ha bordado. Hacia los treinta años tiene del burgués la ambición de ennoblecerse, el amor y el orgullo del dinero, de la propiedad, de las buenas relaciones. Tiene una moralidad de bolsista, el desprecio de la pequeña ganancia diaria comprada duramente, el respeto á los negocios gordos y á la especulación. Tiene el gusto de la vida comfortable, de los muebles hermosos, de las alhajas, del lujo del advenedizo. No tiene el resorte del honor: no es por él, es por el mundo por lo que quiere batiirse en duelo. Desenvainar es un gesto no acostumbrado para su brazo de burgués y cuya elegancia no siente su espíritu de filósofo. No tiene el desprecio del dinero. Tiene fausto por vanidad y economía por herencia. Jamás comprenderá el arte noble de dejarse robar; con aires de gran señor regatea á lo burgués. En fin, es hombre de letras, agrio como Vadius, más

pronto á derramar injurias con la pluma que sangre con la espada, y semejante por su acre humor á los folicularios que desprecia; indiscreto como un periodista moderno, y dándose á sí mismo derecho ilimitado sobre la vida, la dignidad y la reputación de los demás. En resumen: su conciencia no está moldeada sobre un tipo definido. Ninguna clase reconoce en él su forma hereditaria de espíritu ni de costumbres: las mezcla todas; de ahí la disposición que todas tienen á rehusarle su consideración.»

Treinta ó cuarenta años después, en Ferney, conserva sus principales rasgos; pero véase cómo han evolucionado en este nuevo retrato: «Un largo viejo descarnado, de ojos chispeantes, envuelto en su bata persa, limpio, derecho, seco, vivo, sobrio, muriéndose siempre y siempre atracándose de drogas, trabajando en la cama parte del día y recibiendo visitas muy *señor de aldea*, encaprichado por sus derechos y honores, propietario hasta el fondo del alma; siempre loco por el teatro, los versos y el ingenio, charlatán delicioso, de alegría encantadora, pero caprichoso, fantástico, irritable, déspota; abierto para quien le acaricia, vidrioso y suspicaz para quien le coge de través; burlón, intrigante en los asuntos de Ginebra y encantado de burlarse de todo el mundo; siempre mordido y mordiendo, arrastrando tras de sí una jauría de enemigos aumentada cada vez más por su gusto; no quedando nunca atrás, y queriendo siempre ser el último en los gritos y en las dentelladas; atormentador diabólico del desgraciado Juan Jacobo, que estaría dispuesto á recoger en su casa; incansablemente agarrado á las pantorrillas de las gentes que detesta, y á veces de las que no detesta, no siempre guardando rencor á los que acribilla con sus mortales sarcasmos; reducido frecuentemente por una indicación, por un buen proceder y reconciliándose con Trublet, con Buffon, sin rencor, ni aun contra los protegidos ó los amigos que le traicionan, que le roban, con tal de que no se envanezcan por ello; servicial, liberal, hasta generoso, alojando, socorriendo, defendiendo, patrocinando no

sé cuánta gente...; pilluelo de París y niño lo más mimado posible, todo amor propio y todo nervios, y no haciendo á nadie con sus locuras tanto daño como á sí mismo.»

*
* *

LA POLÍTICA MODERNA Y LOS ANTIGUOS COMBATES DE GLADIADORES.—J. Novicow compara en *Cœnobium* la actual política internacional con los antiguos combates de gladiadores, y no le falta razón para ello, resultando favorecido el mundo antiguo, pues allí por lo menos la escena de la lucha en el circo era artística, como lo era la decoración, y los combates se efectuaban á la luz del sol, con plena conciencia de los combatientes y de los espectadores sobre lo que iban á hacer ó á presenciar, mientras que la política moderna desenvuelve sus fuerzas y sus pasiones entre tinieblas, tortuosidades y engaños.

Al principio del siglo XIX, Pitt se negaba á tratar con quien no admitiese que la integridad del imperio otomano era absolutamente necesaria á la Gran Bretaña; cien años después se sigue pensando lo mismo en Inglaterra, y á todo el mundo le parece natural que se practique esa política, sin ver que tal conducta es semejante á las luchas de gladiadores y á las ejecuciones feroces de los circos romanos.

¿Qué pasaba en los circos? Que varios seres humanos eran entregados á la muerte y á los sufrimientos más horribles para entretener á los ciudadanos de la Ciudad Eterna; era la explotación más brutal é inicua que puede hacerse del hombre por el hombre. El caso es el mismo ahora: los búlgaros, los serbios, los albaneses, los armenios, los sirios, están condenados á largos años de sufrimientos para que ciertos ingleses tengan mayor comercio ó gocen de mayor bienestar. Siempre lo mismo: la muerte, la mutilación y la miseria de los unos para la mayor satisfacción y goce de los otros.

Los combates de gladiadores eran todavía menos repugnantes que estos juegos de la política internacional. Gran nú-

mero de gladiadores hacían, en efecto, su oficio por su gusto, mientras que armenios y búlgaros son degollados contra su voluntad. Además, las matanzas producidas por el dogma de la integridad del Imperio otomano duran mucho más tiempo y causan mayor número de víctimas que los más sangrientos combates de gladiadores.

¿Por qué aquellos combates indignan y sublevan, y estas infamias no suscitan la protesta de la humanidad? «Porque éstas no afectan á la conciencia social como las otras. Si el sultán hiciera colgar todos los años diez mil vasallos proclamando que lo hace para aumentar la venta de telas de Manchester, la indignación pública estallarí­a en Inglaterra. El número de víctimas que produce el dogma de la integridad de Turquía excede con mucho de diez mil todos los años; hay que contar por cientos de miles los hombres, mujeres y niños que perecen víctimas de la anarquía reinante en el Imperio; pero esos horrores no atraen bastante la atención pública, que los ignora ó no los comprende.

Pero si las masas europeas ignoran lo que pasa, los Gobiernos de Europa lo saben perfectamente. Pero, por desgracia, los hombres de Estado europeos no tienen la impresión de que esos cientos de miles de víctimas perezcan directamente por su culpa; no creen que los verdaderos verdugos son ellos. La *política* atrofia en ellos toda conciencia, y la idea absurda de que se puede edificar la prosperidad de un pueblo sobre la ruina de sus vecinos, hace considerar la conducta más infame como patriótica y gloriosa. Esa política es un crimen.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Vom Bernf unserer Zeit für die Pflege der römischen Rechtsgeschichte,
von A. Zocco-Rosa.—Breslau, 1906.—Folleto de 33 páginas.

El autor de esta publicación es profesor de Derecho romano en la Universidad de Catania, donde tiene establecido, desde hace años, un *Instituto de historia del Derecho romano*, especie de laboratorio para el cultivo de esta disciplina. El Instituto da á luz regularmente un *Anuario*, en el que se incluyen trabajos de interés hechos en el propio Instituto ó para sus reuniones ó asambleas. El director del *Anuario*, que lo es, como del Instituto, Zocco-Rosa, es el que suele insertar en el mismo los escritos y monografías más escrupulosamente elaborados. Aparte de esto, contribuye con numerosos trabajos críticos y de investigación personal á la reconstitución de la historia del derecho romano, de la que es uno de los más diligentes y competentes cultivadores que á la hora presente existen, y eso que son muchos.

Ahora ha escrito, para una serie de estudios que publica y dirige el profesor de Breslau, Dr. Leonhard, acerca del Derecho civil, un opúsculo que lleva por título el que va al frente de esta nota, ó sea *De la vocación de nuestro siglo para el cultivo de la historia del Derecho romano*, que recuerda el célebre de Savigny *De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho*.

En este folleto trata Zocco-Rosa de justificar la necesidad del estudio de la historia del Derecho romano en nuestros días, como lo ha sido en épocas anteriores, y de defender á ese De-

recho histórico de las censuras y acusaciones que se le han dirigido en los últimos años, entre otras, por ejemplo, la de que es un estorbo para la implantación legal de los modernos ideales. El estudio del Derecho romano, por el contrario, según el autor, es perfectamente compatible con éstos, aun cuando hay que reconocer—añade—que con sólo ese estudio no es bastante para satisfacerlos.

El pensamiento de Zocco-Rosa quizás pudiera resumirse en la conocida fórmula de Ihering: *por el Derecho romano, pero más allá del Derecho romano.*

Con ocasión de desenvolver estas ideas, y de una manera casi siempre incidental, traza un cuadro de las cuestiones que á los historiadores del Derecho romano preocupan actualmente y de la más reciente literatura relativa á ellas.

Es un estudio de positivo interés.

P. DORADO

*
* *

El valor de la Ciencia, por H. Poincaré.—Versión española de Emilio González Llana.—Un volumen de la Biblioteca de Filosofía Científica.—Librería Gutenberg de José Ruiz. Madrid.—3,50 pesetas.

Es tan conocida la personalidad científica de Poincaré, que nuestro Echegaray califica á sus dos obras, *La Ciencia y la Hipótesis* y *El valor de la Ciencia*, de admirables monumentos del saber, por la profundidad de pensamiento, por la severidad de juicio y el alto ingenio que revelan, siquiera á veces parezca brotar de sus páginas cierto escepticismo tranquilo, templado al punto por su profundo amor á la Ciencia.

Tiene tan colosal importancia esta preciosa obra, pues examina todos los problemas trascendentales que han preocupado y preocupan actualmente la atención de los sabios, y además está escrita en un estilo tan claro, tan elegante y tan preciso, que despierta el interés, no ya de científicos, sino de todas las personas cultas.

Para Poincaré, las leyes científicas no son creaciones artificiales, y no existe razón alguna para mirarlas como contingentes; por lo mismo hablamos de diversos valores científicos, como hablan del valor los economistas, y el de la Ciencia es real y positivo, y aunque descansa en la incertidumbre, excita á los sabios á ensanchar el círculo de los conocimientos, utilizando las energías naturales y descubriendo otras nuevas que acaso contribuirán á resolver muchos de los problemas de esta época. Una ciencia que hubiera terminado no tendría ya ningún valor ni interés para los sabios, que avanzan siempre, sin preocuparse de la relatividad de nuestros conocimientos, pues, como dice un matemático ilustre, el amor á la sabiduría constituye el fin más glorioso del espíritu humano.

F. F.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Más sobre la europeización</i> , por Miguel de Unamuno.....	5
<i>Modernismo social: Actividad bancaria</i> , por Anselmo Fuentes...	24
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	37
<i>La literatura moderna en Francia</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	49
<i>Diego Velázquez y su siglo</i> (continuación), por Carlos Justi.....	58
<i>Política comercial</i> , por Antonio García Alix.....	94
<i>La mujer de otro</i> (novela), por T. Dostoievsky.....	129
<i>España fuera de España.—El buen sentido de un místico español</i> , por Emilio Gebhart.....	153
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	160
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	168
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y F. F.....	205